

CUENTOS COMPLETOS

CARLOS REYLES

BOLSILIBROS ARCA

CUENTOS COMPLETOS DE CARLOS REYLES

Colonia 1263, Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

CUENTOS COMPLETOS

CARLOS

REYLES

ARCA / Montevideo

Advertencia

Las interpretaciones que Gómez de Baquero, de la *España Moderna,* de Madrid, Rodó, Ferreira, Magariños, Roca, Lugones y otros críticos y "dilettantis" del Río de la Plata han hecho del prólogo de PRIMITIVO, me obligan a publicarlo por segunda vez con algunas aclaraciones y fundamentos que antes no creí necesarios.

A L   L E C T O R

Me propongo escribir, bajo el título de ACADEMIAS, *una serie de novelas cortas, a modo de tanteos o ensayos de arte, de un arte que no sea indiferente a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad* FIN DE SIGLO, *refinada y complejísima, que trasmita el eco de las ansias y dolores innombrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época, y esté pronto a escuchar hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado. En sustancia: un fruto de la estación.*

En Francia, en Italia, en Alemania y otras naciones se han hecho y se hacen continuamente tentativas numerosas —algunas ridículas, otras muy inspiradas y razonables— para multiplicar las sensaciones de fondo y forma y enriquecer con bellezas nuevas de obra artística, para encontrar la fórmula preciosa de arte del porvenir —que no es el naturalismo ni la novela psicológica, como la entienden Bourget o Huysmans, ni siquiera el flamante NATURALISMO, *ni las ideologías de Barrés—; es* OTRA COSA

más ideal y grande, de que acaso sospechó la existencia el Dios de Bayreuth. En España no. A pesar de FORTUNATA Y JACINTA, LA FE, SU ÚNICO HIJO, y otras obras de indagación psicológica, la novela española, nutriéndose sin cesar del vigoroso realismo con que la robustecieron los Cotas, Cervantes, Hurtado de Mendoza, Alemanes, Espineles y Quevedos, es actualmente en su esencia y en sus cualidades castizas —que no consisten en el estudio de caracteres y pasiones, sino en la pintura de costumbres y en la gracia, amenidad y frescura del relato— lo que fué en el gran siglo XVI y principios del XVII: costumbrista y picaresca, cuadros de género de exacta observación, magníficos paisajes, escenas regocijadas, mucha luz y mucha travesura; un procedimiento grande y simple que ha engendrado obras verdaderamente hermosas, pero locales y EPIDÉRMICAS, demasiado epidérmicas para sorprender los ESTADOS DE ALMA de la nerviosa generación actual y satisfacer su curiosidad del MISTERIO de la vida.

Por eso los complejos, los SENSITIVOS, los intelectuales van a buscar en Tolstoy, Ibsen, Huysmans o D'Annunzio, lo que no encuentran en castellana lengua, tan propia por su admirable elasticidad y riqueza para expresarlo y pintarlo todo: con el fuego que la CALIENTA, las pasiones ardientes y los amores locos, que dan la nota aguda del sentimiento; con la sonoridad y el número que la suavizan y hacen muelle y blanda, las languideces y los desmayos de la voluntad y la fineza y ternura voluptuosas de los muslos y los senos de mujer... Todo, todo: el mago de la palabra y el mago del color hablaban aquella lengua.

Admirable el REGIONALISMO de Pereda, admirable y grande el URBANISMO de Galdós; pero en arte hay siempre un más allá, o cuando menos OTRA COSA, que las generaciones nuevas, si no son estériles, de-

ben producir, como las plantas sus flores típicas. Por otra parte, el público de nuestros días es muy otro que el de antaño; los hijos espirituales de Schopenhauer, Wagner, Stendhal y Renán, los espíritus delicados y complejos, aumentan en España y América; es, pues, llegada la hora de pensar en ellos, porque su sentir está en el aire que se respira: son nuestros SEMEJANTES. *Y para nuestros semejantes escribo.*

Los que pidan a las obras de imaginación mero solaz, un pasatiempo agradable, el BAJO ENTRETENIMIENTO, *que diría Goncourt, no me lean; no me propongo entretener: pretendo hacer sentir y hacer pensar por medio del libro lo que no puede sentirse en la vida sin grandes dolores, lo que no puede pensarse sino viviendo, sufriendo y quemándose las cejas sobre los áridos textos de los psicólogos; y eso es muy largo, muy duro... Digámoslo sin miedo: la novela moderna debe ser obra de arte tan exquisito que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo que dilate nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara.*

Para conseguirlo tomaré colores de todas las paletas, estudiando preferentemente al hombre sacudido por los males y pesares, porque éstos son la mejor piedra de toque para descubrir el verdadero metal del alma.

A muchos que ignoran que el dolor es lo más soberbiamente humano que hay sobre la tierra, acaso disgustarán los asuntos que elija; acaso a otros ofendan o irriten las ideas que las Academias pueden sugerir; probable es, asimismo, que sin intento deliberado levante ampollas y reciba insultos y zarpadas. Ninguno de estos peligros se me ocultan; de sobra sé que el ir contra la corriente tiene sus quiebras, y ante mis ojos está la senda fácil por la cual, haciendo rodeos y del brazo de la HIPOCRESÍA, *se su-*

be descansadamente a las alturas... pero, ¡cosas de la ardida juventud!; el camino recto, regado con la sangre generosa de los luchadores, es el que me atrae. Tengo mi verdad y trataré de expresarla valientemente, porque yo, asombrado lector, humilde, y todo, pertenezco a la gloriosa, aunque maltrecha y ensangrentada falange, que marcha a la conquista del mundo con un corazón en una mano y una espada en la otra.

Primitivo, un tanto embarazado, esparció la vista sobre los robustos lomos de los carneros. "Si yo pudiera tendría muchos así, ¡cosa rica!... pero éste, ¡ah! éste me lo llevo" —se dijo, y atropellando agarró a uno de la pata.

¡Lindo ejemplar! Tenía tupidísimo el vellón, sólida la cabeza y las patas cortas. Primitivo se quitó el poncho y con religioso cuidado hundió los gruesos y torpes dedos en la lana del lomo, después en la del *cuarto*, y por último, arrancando hábilmente, con rápido movimiento algunas briznas del costillar, se puso a examinarlas al través de la luz.

—Buena *mecha* y buen *rizo*. —Y dirigiéndose al patrón, que lo miraba sonriendo, interrogó: —¿Y éste, don Juan, es de los *salaos*?

—Sí no hay más que verlo: ése es de los puros; pero aquí hay otros de menos precio.

—No, patrón; vengo con mucho coraje y *pue* que si no me asusta me le *pueble* a los de campanillas —repuso el paisano echándose a reír con la risa picaresca del niño que celebra su propia travesura.

—Así me gusta, Primitivo; adelante, siempre adelante.

—¡Y qué le vamos a hacer! hay que cinchar: el que no cincha no arrastra. —Y contento ante la perspectiva de adquirir algunos de aquellos lindos animales, sintió deseos de comunicarse un poco, explicando a los presentes, acaso para acallar las dudas que le andaban por dentro, las ventajas que le reportaría la compra de buenos reproductores. Siempre que hacía algún desembolso, creíase obligado a dar explicaciones. Era un hombre sencillo.

Entre tanto el patrón examinaba el número y la señal de la pieza elegida.

—Por ser para *vos,* te lo voy a dejar en treinta y cinco.

Primitivo hizo sus cuentas gravemente. "La lana de cien ovejas —calculó—; pero en la mejora de las majadas no más... y en las crías... y algún carnerito que venda..." —y pasándose la *sotera* del *arreador* por detrás del cuello, propuso:

—Mire, don Juan, que es para un pobre. Si me los da a treinta le llevo tres.

Discutieron un buen rato, y, por último, don Juan, que tenía verdadera estima por aquel vecino trabajador y animoso, cedió, y entonces Primitivo, sin ocultar su alegría, metióse otra vez entre los carneros. No sentía los pisotones de las hendidas pezuñas ni las rozaduras de los retorcidos y fuertes cuernos; tocaba a uno, hundía la mano en el vellón de otro, y examinaba el tipo y las arrugas de los que estaban más lejos. El patrón sonreía bondadosamente:

—"Ahora sí que voy a adelantar ligero. Como no me suceda alguna desgracia..." —díjose al tiempo de volcar el cinto, y un cuerpo oscuro le pasó por los ojos.

Mientras por lomas y llanos se encaminaba a su casa, deteniéndose de trecho en trecho para que descansasen los carneros, hacía toda suerte de alegres cuentas y dejaba volar a su antojo la imaginación, hasta sentir que le producía mareos de generoso mosto de la dicha.

Las ovejas no eran de buen origen, pero a fuerza de cuidados había podido mejorarlas un poco; ahora con la infusión de sangre rica que les iba a dar, esperaba obtener rápidos progresos. Y sonreía de placer.

Luego se puso a recordar con fruición, como quien goza del calorcito del fuego, después de haber estado al frío algunas horas, las penurias pasadas para reunir el modesto capitalito de que era dueño, libertarse de la esclavitud del conchabo y trabajar a su antojo. Con la vista en los rugosos cogotes de los carneros, se veía niño, siguiendo el paso de la carreta, cuyo eje con su rechinamiento monótono, lo hacía dormir. ¡Cuántas mañanas de frío! ¡cuántas noches al raso! Luego, garrido mancebo de veinte abriles, trabajando en lo que saliera: yerras, acarreos de tropas, esquilas; después, hombre de veinte y cinco, empleado de puestero en una estancia grande; y, por último, arrendatario, y dueño de sus ovejitas, que se reproducían rápidamente gracias a los prolijos cuidados, a los cuidados casi paternales que él les prodigaba. ¡Ah! Primitivo sabía trabajar. Cuando un borrego, perdido a la madre, balaba de hambre y frío, cobijábalo amorosamente debajo del poncho y se lo llevaba al rancho; allí, al calor del fuego, lo hacía revivir dándole frotaciones y leche con cognac; y esta operación la hacía con tanta frecuencia, que siempre andaba rodeado de una buena cantidad de *guachos* que lo seguían brincando de contento como antes a la madre en la luciente pradera. Primitivo los acariciaba, les quitaba los abrojos, y por las tardes se iba con ellos a la laguna para que comieran el sabroso verde de las orillas. Ellos parecían agradecerle esto último sobre todo; a la vuelta se le metían por entre las piernas, mordíanle las bombachas o le interceptaban el paso, plantándose delante de él en actitud insolente, con los dulces y grandes ojos llenos de alegría y de luz. Y Primitivo, viéndolos alegres y lozanos, sentía un goce purísimo, plácido y tan hondo, que a veces le dilataba el fornido pecho.

Revisando las majadas, si veía débil algún cordero recién nacido, volteaba a la madre para abrirle la teta, que de seguro tenía obstruída; en los temporales encerraba las majadas en los bretes; se libraba del azote del *saguaipé* haciéndoles lamer a las ovejas en todo tiempo piedras de sal; y en el verano, cuando la flechilla enceguecía los borregos, veíase a Primitivo con los animales en las alturas o en la costa de los arroyos, donde no hubiera pasto alto, y sus corderitos se conservaban tan hermosos!

Lo distrajo de sus pensamientos un hombre que a galope tendido avanzaba hacia él. Cuando estuvo cerca, —"Es mi hermano: ¿qué tripa se le habrá roto?" preguntóse; y al verlo tan paquete, agregó: "Eso sí, aunque no trabaje y sólo piense en divertirse, nunca le faltará un peso en el cinto, ni puñal de plata, ni buenas *garras;* mientras que... ¿quién estará en lo cierto?" — Y echándose el sombrero sobre los ojos, esperó.

El hermano de Primitivo era el modelo del gaucho peligroso. Tenía el rostro flaco, aindiado y sin pelo de barba; la mandíbula inferior ancha, como la de los perros de presa, y la mirada traidora. A pesar de eso, cuando enseñaba los blancos dientes parecía simpático. No había trabajado jamás: en el juego solía buscarse la vida, cuando no andaba *hablando gente* para alguna trifulca. Titulábase capitán de los blancos, y entre los suyos gozaba fama de hombre de pelo en pecho. A esta fama debía quizá su fortuna con las mujeres, de las cuales se dejaba socorrer sin mayores escrúpulos, cuando la caprichosa suerte le volvía las espaldas en la carpeta. Por lo demás no era hombre que lo achicaran penas y ahogos; las épocas más calamitosas no

agotaron los expedientes que para vivir tenía, ni hubo tiempo, por malo que fuera, que lo despojase de sus pilchas de mozo paseandero, ni lo apease de su altanería y presunción. Tenía la flexible cintura un poco metida y el pecho saliente; parado adoptaba, sin querer, posturas gallardas, casi provocativas.

Los hermanos no se querían bien: por sus venas corría sangre enemiga. El padre de Primitivo, extranjero pacífico y trabajador, había muerto con el alma llena de odio hacia el hombre que le había robado mujer y hacienda. Éste fue el padre de Jaime. Y los cachorros sacaban las manchas de sus progenitores. Uno poseía las mansas virtudes de los pueblos domesticados por larga vida de necesidades y esclavitud; el otro los hábitos del *milico* en tiempo de guerra, la astucia del perseguido matrero y la filosofía del vago: rasgos que delineaban hace cincuenta años el tipo del gaucho *gaucho*.

Indomable aversión los separaba.

"Trae el caballo *cansao*... ¿qué querrá de mí este peine? ¡Como no me pida plata!" — pensó Primitivo alargándole la punta de los dedos.

Efectivamente, era eso. Jaime venía a pedirle dinero para la nueva revolución que estaba próxima a estallar.

Como Primitivo se resistiera, el revoltoso aseguró para amedrentarlo:

—A los que no nos ayuden les vamos a carnear en grande.

No respondió.

—¿No *oís*?

—Sí, oigo.

—¿Y...?

—Nada... a mí me cuesta mucho lo que gano, para regalarlo.

—Siempre roñoso y *chancleta* —murmuró el indio.

Primitivo hizo un movimiento de cólera y miró a su hermano fijamente; luego, volviendo los ojos hacia los carneros, rascóse la cabeza, recogió velas y se puso a silbar.

Jaime sonrió despreciativamente y dijo:

—Al menos *prestame* tu caballo; el mío está *aplastao* y tengo que volverme en seguida.

Su hermano, sin responder palabra, apeóse y empezó a desensillar.

—Adiós; si te pasa algo malo, no digas que no te avisé —añadió Jaime, por último, al partir.

Primitivo, un tanto inquieto, siguiólo con la mirada hasta que caballo y jinete se fundieron en el gris perla del horizonte, y de nuevo se entretuvo en examinar los carneros y compararlos entre sí. "*No digas que no te avisé*... ¿Qué me habrá querido decir con eso?" —preguntóse algunos momentos después, asaltado por la inquietud de antes, y volviendo a sus reflexiones de ganadero afirmó: "El más petizo es el más lindo".

Cuando el sol empezó a apretar de firme, condujo los carneros a una ladera que había a la derecha del camino, y apeándose se sentó a la sombra del caballo. En todo lo que abarcaba la vista no se veía población, ningún árbol. El campo ondulaba suavemente, lleno de luz, reverdecido por las fecundas lluvias de la fecunda Primavera. Sólo allá, muy lejos, rompía la regularidad vigorosa loma, donde el verde resplandecía con el fuego de los diamantes del Brasil y, a trechos, cambiaba de entonación, haciéndose más oscuro o más claro y luminoso, yendo de las tintas fuertes de la esmeralda, al verde Nilo, al verde iris y a los cambiantes va-

gos del *obsidienne*. Por entre *camalotes y caraguatás*, otros dos tonos de verde, se alcanzaba a ver la plata bruñida de un arroyo. Cuando opaca nube interceptaba el sol, la cuchilla y el llano languidecían; el verde luciente volvíase mate y la bruñida plata, plata oxidada; luego tornaba a aparecer el astro magno y todo parecía verse de nuevo al través de finísima lluvia de oro.

Primitivo, absorto en la contemplación del viviente cuadro, experimentaba emociones tan puras e intensas que parecían aumentarle la salud del cuerpo y del alma, y dilatarle la vida más allá de la vida.

¡La existencia dichosa!

En su alma brotaban oraciones de gracias y ternuras que le humedecían los ojos. Primitivo era un hombre ingenuo. "Sí, sí; todo irá bien. Dentro de poco compraré el campito y haré mi casita" —y se echó a reir como un tonto hasta que las palabras de Jaime le vinieron a las mientas, y entonces la risa se le petrificó en los gruesos labios.

El alambrado estaba destruído en varias partes; las puertas del rancho rotas, y por aquí y allá diseminadas como si hubieran sido perseguidas en la noche, se veían algunos grupos de jadeantes ovejas. "Me han robado... ¡ah Jaime!... ¡ah perro! si no fuera por..." —exclamó Primitivo; y después de lamentarse y renegar un poco, atareóse resignadamente en reconstruir el rancho y anudar los alambres.

Pasaron dos años. Una mañana de primavera muy fresca y ventosa ensilló para dirigirse a la estancia del Ombú, en busca de nuevos reproductores.

Iba contento. Había duplicado el número de sus ovejas, y en el cinto llevaba el producto de la última y abundante esquila. El oro dábale cierta tonificante confianza en sí mismo; silbaba, cantaba y de vez en cuando sentía ganas de gritar, porque el gozo le producía vivo cosquilleo en las narices. "La verdad es que todo me ha salido a pedir de boca... gracias a Dios —repetía, apresurándose en mostrarse agradecido para que el buen Dios no dejara de protegerlo.

El sombrero era flamante, las botas, adornadas de espuelas de plata, también. Contemplándose en la sombra, Primitivo abría las piernas con presunción como cuando pasaba por delante de las mozas, y al verse tan gentil sonreía satisfecho.

Pagó las ovejas finas, que había adquirido días antes en el Ombú, depositó el resto de su oro en la pulpería, y después de tomar algún alimento, se dispuso a volver a su querido rancho.

Empezaba a soplar con fuerza el viento. Espesos nubarrones parduscos corrían a la desbandada hacia el sur, donde agonizante claridad entristecía la tierra. Hacia aquella parte el cielo tenía esos colores desmayados y enfermos de las piedras que *mueren*. Por el norte lo manchaban inmensas franjas en que se fundían el azul del mar y el gris del acero recién pavonado, sobre las cuales se destacaban los objetos borrosamente, como sobre el viejo metal de un espejo etrusco.

"Se viene la tormenta... ¡y mis ovejitas recién esquiladas!" —murmuró Primitivo hincando espuelas.

Un fuerte remolino de viento casi lo saca del *recado*; oscureció y empezaron a caer algunas gruesas gotas. Primitivo, con el cuerpo echado hacia adelante, el sombrero a la nuca y la luenga barba partida en dos y flotándole sobre los hombros,

avanzaba a todo correr en medio de las lívidas claridades y sulfúreas luces que incendiaban el cielo.

Pero no fue muy lejos. De pronto furiosa lluvia de piedras lo hizo tirarse del caballo y cubrirse la cabeza con un cojinillo. Y se desencadenó la tormenta. Tronaba, las piedras golpeaban el suelo, semejando el batir de cientos de tambores, y el agua corría a torrentes. "¡Quiera Dios que no les suceda nada a mis ovejitas!" —suspiraba Primitivo, viendo como sumergido en un baño de vapor, el paisaje que tenía ante los ojos. Cuando cesó la piedra, pero bajo fuerte lluvia, siguió su camino a escape, repitiendo para sí: "¡quiera Dios que no les suceda nada a mis ovejitas!"

Llegó. Las ovejas avanzaban hacia el arroyo. El trayecto recorrido era bien fácil de conocer por los borregos muertos que se veían aquí y allá, blanqueando sobre el pasto verde. Primitivo comprendió el peligro y se propuso juntar, para que se abrigaran mutuamente, los grupos dispersos, y al mismo tiempo desviarlos de la dirección del arroyo, a donde podían azotarse y perecer. ¡Rudo trabajo! Las ovejas, transidas de frío y medio muertas de miedo, seguían siempre adelante; él, corriendo de un lado a otro, hacía lo humanamente posible por impedirlo; y en esta tarea transcurrieron dos horas. Los bretes quedaban en contra del viento, y ni por soñación pensó llevarlas a ellos: hubiera sido inútil.

Era necesario pensar en otra cosa, y ansioso miraba hacia todas partes, sin que se le ocurriese medida de salvación alguna, pero sin desmayar tampoco. A la luz de los relámpagos aparecía ceñudo, airado y formidable, como un héroe de los tiempos bíblicos batiéndose con un ejército de pigmeos. Se había quitado las botas y el poncho, y en pelo revolvía el caballo con increible rapidez, haciendo las más extrañas y estupendas evoluciones. No sentía el

cansancio, ni el frío que le engarrotaba los miembros: sólo pensaba en salvar las ovejas, sus queridas ovejitas.

Y luchó, luchó y luchó.

Después de mucho batallar, avanzando al sesgo, pudo llevarlas a la falda de una cuchilla y allí, encontrando cierto amparo, arrimáronse unas contra otras y se detuvieron. "¡Por fin!" —exclamó Primitivo, al tiempo que el noble bruto, doblando las temblorosas patas, caía hacia adelante sin vida.

Al apreciar las pérdidas, al ver muerta casi toda la borregada y además una buena cantidad de ovejas, las lágrimas acudieron a los ojos del buen paisano... pero pronto se rehizo y sin rencores, sin maldecir la suerte, se propuso lo que la otra vez: trabajar el doble y gastar menos. Y a punto seguido, con la idea de disminuir el daño en lo posible, ocupóse en sacarle el cuero a los animales muertos. ¡Ah! Primitivo era un hombre sano. Primitivo era un buen hombre.

Triunfando trabajosamente de la naturaleza y de los hombres, logró reunir el capital necesario y realizar el sueño de rosa de adquirir el campito. El día señalado para firmar la escritura, dirigióse a la pulpería, recogió su plata y alegremente tomó el camino del pueblo. Iba tan contento, que la luz le parecía más luminosa, más puro el aire y el canto de los pájaros más sonoro.

Todo estaba en forma: pagó, apoderóse de los títulos y salió de la escribanía con paso vacilante, como si estuviese ebrio. "¡Gracias a Dios, gracias a Dios!" —repetía caminando sin dirección fija. "Ahora es necesario ponerse paquete, porque, porque..." —se dijo luego, y entrando a una tienda adquirió

varias relumbrantes chucherías, las ropas necesarias para emperejilarse de pies a cabeza y un reloj de mujer muy cuco. Y montó de nuevo, llevando los títulos atados a la cintura, envueltos en un pañuelo de colores. "¡Qué sorpresa va a tener mi mujercita cuando me vea entrar con el reloj en la mano, ella no me espera hasta de aquí a tres o cuatro días" —pensó, saboreando anticipadamente la dicha que iba a proporcionarle y la dicha que iba a experimentar él mismo al verla sonreír, con su boca de labios elásticos y rojos.

Hacía dos años que se había casado y... gracias a Dios, era feliz: tenía campo propio, cuatro mil ovejas de apretado vellón, y una compañera dulce y hacendosa. "Ahora haré una casa de material, un galponcito para los carneros, huerta, monte..." —y regocijadamente siguió construyendo mil castillos en el aire.

De pronto, al pensar en que siempre que realizaba sus sueños lo seguía de cerca alguna desgracia, cesó de sonreír. "Cuando compré los carneros me robaron; cuando compré las ovejas tuve la gran mortandad...; pero ahora ¿qué puede sucederme? no hay guerra, todavía no he esquilado las majadas y el tiempo no puede ser mejor". —Tranquilizado con estos razonamientos, engolfóse de nuevo en sus risueñas ideas. "Al galpón lo haré un poco más grande para poner mi caballo; sí, es conveniente un caballo a grano en el invierno. ¡Cómo va a engordar el *manchao* viejo!" —exclamó por último, y la dicha tornó a iluminar el rostro coloradote de Primitivo.

La noche estaba clara. Los perros ladraron un poco, y reconociendo al amo, le salieron al encuentro. Adelina abrió la puerta y precipitadamente volvióla a cerrar. "Se habrá asustado" —supuso Primitivo, y apeándose la llamó por su nombre. Nada,

no respondía. "Está despierta, hay luz: ¿por qué no abre?" —preguntóse sin saber qué pensar. Pasaron algunos segundos, llamó otra vez, y nada. Afinando mucho el oído pareciόle sentir rumor de voces, el susurro de palabras dichas en voz baja. Sin saber por qué le empezaron a temblar las piernas. "¿Le habrá sucedido algo?... Y yo ¿qué tengo, por qué me late así el corazón?" —Y sin poder resistir más hizo saltar la cerradura y entró encontrándose de golpe frente a Jaime y Adelina.

Ella, muy pálida y toda temblorosa, apoyábase en la mesa, donde se veían los restos del festín con que habían excitado los deseos de su amor pérfido y carnal. Él, en medio de la alcoba, esperaba haciendo alarde de cínico valor. Tenía el poncho en el brazo izquierdo y el puñal atravesado sobre el vientre. Primitivo apreció con pasmosa lucidez los menores detalles del cuadro. Vió que por la bata mal abrochada de su mujer aparecía una camisa más fina y primorosa que las que usaba de costumbre. "¡Para mí no se hermoseaba tanto!" —le hizo pensar con acerba pena aquel descubrimiento; vió el temblor de sus labios, hinchados de tanto besar; el vergonzoso desaliño de las ropas que la cubrían y la sortija adornada con dos corazones que él le había regalado al hacerla su esposa, ¡su esposa! Contó las flores de oro que adornaban el puñal de Jaime, y por la expresión fiera de los jaspeados ojos de éste, ojos de gato, y su altiva actitud, dedujo que estaba *resuelto a todo*. "Sería capaz de asesinarme el muy perro, pensó; y ella, ella tal vez lo ayudaría... entonces era verdad todo aquello; él era el preferido, y por la plata, por la plata sólo, se unió a mí". Y en tropel le vinieron a la memoria sus relaciones con Adelina, relaciones cuya paz ponía en peligro las visitas de Jaime. "¡Cuántas veces se miraron en mis narices!... ¿qué significaban sus son-

risas maliciosas?... ¡ah! ¡ah! ¡me engañaban, se burlaban de mí!" Y diciéndose eso, el rostro pareció achicársele y demacrársele repentinamente; los ojos se le escondieron en las órbitas; ahondáronsele los rasgos de la fisonomía y las arrugas del entrecejo, y la nariz se le puso blanca, casi transparente.

Tan feroz era la expresión de aquel rostro descompuesto por el odio, que Jaime, retrocediendo un paso, desnudó el cuchillo. Primitivo, sin parar atención en ello, acercóse a él, y poniéndole la pesada mano en el hombro dijo, silbó apenas:

—"Vas a pagarle". —Y como su hermano pareciera no comprender, repitió rechinando los dientes: —"Que le *pagués,* ¿no oís?... que le *pagués,* como se les paga a *esas*..."

Había tanto poder en aquel mandato, tanta fuerza en aquella mirada, que Jaime, a pesar de no tener miedo, no pudo resistir; y después de decirse, "¿le hundo el puñal? no, no se defiende; si me atacara... *así* imposible..." —metió los dedos en el cinto y sacó una moneda.

Primitivo, sin mirarlo, lo llevó hasta la puerta.

—*Andate, andate* —le dijo; y volviéndose se plantó delante de la desdichada mujer, decidido a estrangularla.

"Si la mato, me pierdo: es preciso que se muera ella sola" —reflexionó después; y amenazándola solemnemente con el índice de la mano derecha, giró sobre los talones y se fue, al mismo tiempo que la infeliz desfallecía y rodaba por el suelo.

Y ya los tiernos guachitos no tuvieron quien les diera leche, y en las majadas los corderos que perdían a las madres morían de hambre y eran devorados por los caranchos... Las ovejas, enflaque-

cidas y sarnosas, dejaban los vellones en las malezas, y en los alrededores de *las casas,* antes tan limpios, crecían las margaritas y los cardos, dándole el triste aspecto de una vivienda abandonada, de una melancólica tapera.

Efectivamente, ya no vivía allí nadie... o al menos no vivían las gentes de antaño. Primitivo era otro hombre. Las melenas le caían sobre las espaldas, la sucia barba le subía hasta los pómulos, y en las arrugas del entrecejo, siempre fruncido, parecía anidar alguna negra idea, la idea negra que le entristecía el rostro y prestaba chispazos de luz singulares a su mirada penetrante y dura. "Este hombre tiene ahí fijo un mal pensamiento" —se decían todos, observando el adusto ceño de Primitivo.

Ella... otra mujer. Los vestidos se le pegaban a los huesos y las canas volvían gris la antes renegrida cabellera. Sin duda era presa de algún oculto y grave daño: caminaba encorvada, habíasele hundido la boca y tenía rojos los párpados de tanto llorar.

A las horas de comer, cuando ocupaba su silla en la mesa, Primitivo, con refinada crueldad, le ponía delante el peso, ¡el maldito peso! y la miraba tenazmente; ella temblando, huía aquella mirada que se le introducía por los ojos como la hoja triangular de un estileto, y lágrimas silenciosas empezaban a correr por sus descarnadas mejillas...

Una vez, sin poder resistir aquel tormento a que la sujetaba diariamente, cayó abatida a sus pies demandando perdón; pero él le impuso silencio, e impasible volvióle las espaldas. Y la pobre Adelina,

sin esperanzas de obtener clemencia, siguió llorando, llorando, yéndose en lágrimas como otros se van en sangre.

"¡Qué malo debe de ser lo que he hecho!" —pensaba vagamente al verlo regresar de la pulpería vacilando sobre las temblorosas piernas, las ropas descompuestas y el rostro amoratado y embrutecido por la embriaguez. Y se asustaba de su obra. Él, tan limpio y cuidadoso en el vestir, dejaba que las ropas se le deshilacharan en el cuerpo, no se peinaba nunca y dormía vestido en un mal jergón. De las *haciendas*, mejoradas con tanto afán, no hacía caso; los carneros permanecían con las ovejas todo el año; la sarna hacía de las suyas, y los vecinos robaban los borregos, que el desdichado en su abandono ni siquiera se preocupaba de señalar. No parecía vivir sino para recordarle a ella, con su conducta desesperada, el crimen que había cometido. Y a la muy sin ventura, más que los remordimientos de la falta misma, la atormentaban sus consecuencias, la vida miserable que vino después, y sobre todo la abyección del esposo, cuyo relajamiento físico y moral seguía espantada paso a paso.

De madrugada Primitivo sentábase cerca del fuego y se ponía a pensar, a pensar... A aquella hora los vapores del alcohol no le nublaban el entendimiento: tenía lúcida la inteligencia, avivados los sentidos, y entonces aquilataba toda su miseria. "Sí, vamos barranca abajo, pero ¿qué hacerle?... debe ser así —decíase sin presumir ni aun remotamente que las cosas podrían variar y dejar de ser como eran. Tampoco lo deseaba: se había entregado al dolor y a la bebida del mismo modo, y ahora ésta y aquél le eran igualmente necesarios. Sin las

lágrimas de ella, que eran su goce y su martirio; sin la sorda irritación de los remordimientos y los voluptuosos dolores de envilecerse por ajena culpa, por culpa de la criatura amada, la existencia no habría tenido *estímulos suficientes* para hacerle dar un paso. Se hubiera encontrado sin poder ir adelante ni atrás, como la máquina que se le acaba el carbón. "No, no hay remedio: ella debe sufrir y yo también. ¡Qué hacerle! ¿acaso tengo la culpa?" —y entre las luminosas llamas se le representaba la escena de Jaime y Adelina sorprendidos por él. "¡Sí, sí, debe sufrir!" —decía, y empuñaba la botella.

El atormentarla era para Primitivo imperiosa necesidad nunca satisfecha, a la que quiso resistirse al principio y a la que concluyó por entregarse con doloroso placer, convencido de que aquello debía ser así. No tenía la conciencia clara de los móviles que lo impulsaban a obrar, ni de si éstos eran buenos o malos; pero sí el sentimiento de que obedecía a naturales instintos, a instintos poderosos; y por eso no raciocinaba ya: obraba únicamente, experimentando escrúpulos, dudas y remordimientos que sólo hacían más sabroso el placer de pecar.

Con el sol muy alto abandonaba la cocina e iba a tenderse a la sombra del ombú, a un lado la cafetera y el mate, la botella a otro, y allí se pasaba las horas muertas. El campo, ora verde, ora amarillento, se extendía en todas direcciones, indiferente a las penas y amarguras de Primitivo... Ecos misteriosos y resonancias de ruidos apenas perceptibles, a los que se unía el canto pobre de *mixtos* y *cachirlas,* convidaba a dormir. Por otra parte, sólo algún escueto *caraguatá,* donde se balanceaban los *pechos colorados,* distraía la vista. Primitivo cabeceaba, abría los ojos lentamente y tornaba a cerrar-

los más despacio aún. De pronto, allá a lo lejos, esfumándose cada vez con más vigor sobre la fineza azul del lejano horizonte, empezaba a percibir algo... luego los contornos se precisaban, el bulto adquiría forma... ¡ay! era una oveja flaca que huía de sus compañeras para morir tranquilamente en un sitio apartado y solitario... Doloroso sacudimiento despertaba las facultades mentales de Primitivo. "Antes no hubiera muerto así, abandonada; pero ahora... ¡ah, ah! ¡todo acabó! —decíase, y se ponía a pensar, a pensar, a pensar.

"Yo tenía un pajarito
Y el pajarito se fué!"

canturreaba por último, y esta canción infantil, quién sabe por qué oculto subjetivismo, *decía* todos los sentimientos que lo señoreaban.

Al verlo cerca del fogón o debajo del ombú, huraño y metido en sí, preguntábase Adelina: "¡Qué pasará por su alma ahora! ¿me estará maldiciendo?... Si fuera capaz de perdonarme, yo me echaría a sus pies; pero no, ¡ese hombre no puede perdonarme!..." —y se sentía morir de angustia. "¿Y todo esto viene de *aquello*?" —demandábase a continuación, y empezaba a sentir que allá, en las reconditeces de su alma, nacía violento odio contra el amante, y juntamente un sentimiento indefinible y muy complejo, mezcla de admiración, miedo y lástima hacia el hombre que la martirizaba, es verdad, pero por vengarse de la feliz existencia que ella le había destrozado.

Él, a pesar de los pesares, crecía a sus ojos.

Por las noches figurábase siempre que iba a matarla y, ¡caso extraño! no sentía rencor contra él. Lo oía acercarse, lo veía desnudar el cuchillo, cuya hoja relampagueaba fatídicamente en la oscuridad, y sentía sobre el desnudo seno la mirada del asesino

que busca el *sitio*... Helado sudor humedecíale las carnes; la lengua seca se le pegaba al paladar y desfallecía. "¡Vivo, vivo!" —murmuraba al volver en sí, y en lugar de odiarle, sentíase casi grata, porque *aún* no había usado del derecho de acabar con ella que le concedió desde el principio sin el menor trabajo. Sus destemplanzas sufríalas sin chistar, y en la mesa, con profunda pena, pero sin rebelarse, recibía el insulto con que la afrentaba él sistemáticamente, como quien cumple un deber religioso. Acaso admiraba la férrea voluntad, el bárbaro valor con que seguía el plan perverso de sacrificarse para sacrificarla. Hacerla sufrir era su goce y su martirio; sabíalo ella de sobra y, sin embargo, la grandeza de aquel odio la atraía y la subyugaba, del mismo modo que subyuga y atrae el abismo, más cuanto más hondo y tenebroso. "¡Ah! es un hombre" —decíase al verlo sentarse frente a ella y poner con solemne calma el maldito peso sobre la mesa; y examinando a hurtadillas su torvo ceño donde leía el pensamiento fijo de matarla y de matarse, repetía: "¡Ah! ¡sí, un hombre, un verdadero hombre!"

La abyección de Primitivo tampoco le repugnaba. Cuando lo veía tirado en un rincón, borracho, con los ojos fijos y sin luz como los de un pez muerto, la boca entreabierta y los mechones de pelo pegados a la sudorosa frente, no sentía asco, sino vivísima lástima e irresistible atracción, quizá porque sufría por ella. Sí, la podredumbre de aquel hombre, antes tan sano y fuerte, y ahora despreciable, vil y abyecto, *era obra suya,* y este sentimiento elaboraba en su alma femenina ternuras inauditas e inclinación amorosa explicable tan sólo considerando que acaso las mujeres sienten la *necesidad de amar especialmente a los hombres que destruyen.*

Primitivo, que había ido a la pulpería, regresó en un estado tal de embriaguez, que apenas podía sostenerse. Tambaleando pudo llegar al comedor. En la puerta se detuvo, y viendo a Adelina, entonó en lengua estropajosa:

"Yo tenía un pajarito
Y el pajarito se fué!"

echándose a reír luego estúpidamente. Estaba muy pálido; la barba de ébano hacía resaltar la blancura lívida del semblante; tenía los párpados amoratados, como agrandada la boca y vítreos los ojos. "¡Dios mío, qué tormento!" —exclamó Adelina, escondiendo la cabeza.

"Yo tenía un pajarito
Y el pajarito se fué!"

tornó a repetir Primitivo, e intentando avanzar hacia la pieza inmediata, se le enredaron las piernas y cayó, hiriéndose en la frente.

¡Sangre!

—"Primitivo, Primitivo" —gritó Adelina fuera de sí; luego trajo agua fresca, se arrodilló junto a él y le lavó la frente. ¡Cuánto tiempo que no lo tocaba y qué emoción profunda sentía en aquel instante al hacerlo! Con su palidez mortal y gesto de abatimiento y dolor, lo encontraba ella más hermoso que nunca, pero con belleza melancólica, hermoso y triste como el Cristo de la cruz. Mirándolo tiernamente, con lágrimas en los ojos, le pasaba los dedos por la rizada melena, henchido el pecho de sentimientos blandos y dulces. "Yo he sido su cruz" —consideraba con infinita tristeza, sintiendo deseos

de prodigarle mil caricias, mil besos... Esa noche se impuso el deber de velarlo, y al otro día, al abrir él los ojos, se encontró con que los de su mujer lo miraban húmedos de amor.

"¿Qué ha sucedido? ¿por qué está mi mujer ahí, arrodillada, mirándome *como antes*, y por qué me duele la frente?" —se preguntó, llevándose la mano a la herida, sin recordar nada, entre los limbos del sueño aún. Pasados algunos instantes dijo con dureza:

—¿Qué *hacés* ahí?

—Te cuidaba; anoche estuviste enfermo y...

—Bueno, bueno: ya *sabés* que no quiero conversaciones. *¡Andate!*

Como Adelina guardara silencio y no se moviera, Primitivo repuso:

—¿No oís?

—*Perdoname*. Yo... ¡yo te quiero! —clamó abrazándose a las piernas de él; —no puedo más, te pido por la Virgen que tengas lástima de mí. ¡Ay, Dios! mata, pero perdona.

Primitivo, en un arranque de cólera, iba a decir algo, pero se contuvo y domando la expresión fiera del rostro calló.

—Pamplinas; lo mismo dijiste antes y después... ¿te acuerdas? Bueno, *dejame* salir —añadió luego incorporándose.

Pero ella, puesta de rodillas siempre, agarróse más a él.

—No, no, eso no; mata, pero perdona; ¡me muero, me muero! ¿no ves que me muero?...

En aquella actitud, con las lágrimas corriendo por sus flacas mejillas y los ojos puestos en blanco, semejábase mucho a la estampa de la Magdalena que adornaba la pared. Era el dolor de sus ademanes y palabras tan verdadero, que el airado esposo se sintió conmovido. ¡Cuántas ideas le sugirieron de súbi-

to aquellas azuladas ojeras, aquella transparente palidez, aquel crispamiendo de los labios secos y amarillos!...

—"¡Qué acabada está! —pensó, mirándole los tendones del cuello—; debe de haber sufrido mucho, ¡pobre Adelina! y ahora quizás me quiere. ¡Si yo pudiera perdonarla, si yo pudiera!... —y la compasión le dilató un momento el endurecido pecho—. "Pero no podré, seguro que no podré. ¿Cómo besarla ahí, en la boca, en el cuello, en la frente, ahí, donde están los besos del otro! ¡Jamás!... ¿Y *lo* besaría lo mismo que a mí?" —e hizo un gesto de repugnancia, como si le hubieran acercado a las narices el vientre asqueroso de un sapo.

—*Perdoname:* ¡si supieras cuánto he sufrido!

La bilis se le subió a la boca.

—¿No te acuerdas ya? —gritó con voz estentórea, y sacando la moneda se la puso delante de los ojos.

Oyóse sorda queja; las manos de Adelina se desprendieron de las piernas de Primitivo y se desplomó hacia atrás, con los brazos abiertos, como ave herida que extiende las alas y cae del árbol.

En la parte más alta de la cuchilla veíase un corral de piedra, de negras piedras, y dentro de él algunas cruces: era el cementerio. Al paso, por la cuesta, hacia allí avanzaba fúnebre cortejo. Llejaron, pusieron el sencillo ataúd en tierra, y los que tenían poncho despojáronse de él para cavar cómodamente la fosa. Primitivo también empuñó la pala.

La tarde moría, y en los medios tonos de la luz crepuscular las cruces y los hombres aparecían entre nimbos anaranjados, violáceos y verdosos que se combinaban entre sí, produciendo múltiples irisacio-

nes, reflejos y tintas inseguras, muy tenues y finas. Una vaca, que rumiando asomaba la cabeza por encima del cerco, tenía verde la frente, azul el hocico y de color del fuego los ojos. Algunas cosas tomaban coloraciones tornasoladas, y el gris luminoso del cielo mismo tenía cambiantes y brillos nacarados, como los ópalos y las perlas de mucho *oriente*.

Cuando el negro rectángulo tuvo las dimensiones necesarias, pusieron dentro con religioso respeto el ataúd, y entonces cada uno de los acompañantes arrojó a la fosa, después de besarlo, un pequeño terrón. Adelantóse Primitivo con los movimientos duros de los hipnotizados y acaso con la inconciencia de ellos, y mirando la moneda algunos instantes, sonrió sarcásticamente y la arrojó también sobre el ataúd, que produjo el ruido sordo de un ahogado lamento.

Descendieron lentamente.

Al entrar al rancho abandonado desde la mañana, no pudo menos de decirse Primitivo: "¡qué triste está esto!" —al mismo tiempo que le parecía sentir en el rostro la soledad de las desiertas habitaciones, que recorrió con paso vacilante, sin objeto, sin idea fija. Frente a la cama de Adelina se detuvo. En los colchones aún se veían las huellas de su cuerpo enflaquecido, y en las almohadas profundo hundimiento indicaba el sitio de la cabeza, *de su cabeza*. Primitivo miraba sin pestañear y con los labios fuertemente plegados por un gesto de dolor. ¡Cuántas cosas le sugería el lecho vacío! Agobiado por la pena, al igual de la rama que se dobla bajo el peso de la fruta, fue inclinándose, inclinándose hasta besar la almohada y esconder en ella el rostro. En esta postura pasó toda la noche. Afuera, los perros le ladraban a la luna, y sus ladridos se perdían en el azul, del mismo modo que los sollozos del infeliz.

¡Ah! la calma no venía. Creyó al principio que todo hubiera terminado, que su odio satisfecho lo dejaría tranquilo, y así como el sediento que toma agua salada y en vez de mitigar aumenta la sed, sentía más imperiosamente que nunca la necesidad de ver sufrir, de torturar, de vengarse.

"¡Hasta que no lo mate no me curo!" —aseguraba, presintiendo tal vez que mientras viviera el hombre que lo había hecho desdichado, no podría arrojar de sí el odio que le envenenaba la sangre; y con fruición, con íntimo goce poníase a pensar en que lo *exacto* era haberle hundido la daga en el pecho, en la nuca, en el vientre... Y él, que no salía de las casas, se atareó en recorrer las pulperías del *pago* con la secreta esperanza de encontrar a Jaime. Cuando supo su muerte se quedó como el obrero que pierde los brazos e ignora qué será de su vida. "¡Muerto!... y entonces *¿para qué* vivo?" —se dijo vagamente; y la existencia empezó a hacérsele insoportable. Su martirio consistía en la imposibilidad de desenvolver los sentimientos que lo agitaban: tenía el alma repleta de pasiones que no encontrando sobre *qué* obrar, se volvían sobre sí mismas, alimentándose de las entrañas que le daban nacimiento, como el hijo de la madre. "¿Qué hacer, qué hacer?" —decía mordiéndose los puños de desesperación.

Complejo estado de alma el que producía en aquel hombre el odio, los remordimientos, la amargura de sentirse muerto en vida y el generoso amor a la pérfida, que, a pesar de todo, brotaba, brotaba, como el agua del manantial brota entre el barro y las sucias piedras. ¡Amor grande y perverso! Llorábala, y si viviera la hubiese vuelto a matar, arrepintiéndose, muriendo del dolor de ella, pero pecando siempre. Confesábaselo sin esfuerzo al recordar el angustioso placer que sentía martirizándola y

martirizándose; cuanto más se sublevaba su conciencia, más crecía aquel goce picante amasado con dolores, y con el recuerdo acontecíale lo propio: más sufría, más se complacía en recordar. Y desesperado o afligido sentíase vivir: en calma era un hombre muerto. "¿Qué hacer, qué hacer?" —repetía sin fuerzas de voluntad para nada, destrozado, desennoblecido, descompuesto por el dolor, a cuya acción corrosiva nadie resiste.

¡Y el manso Primitivo elevaba los puños cerrados al cielo y maldecía a Dios, a su buen Dios!!

"¿Para qué llevará eso?" —se preguntaba el pulpero al ver alejarse a Primitivo con su carro cargado de latas de kerosene.— "¡Hum! este hombre no está en su sano juicio" —concluyó, volviendo a la tarea de picar el naco que tenía entre los dedos.

Hacía algunos días que el pobre hombre era presa de inusitada actividad: cubría de pasto el piso de los bretes y corrales, y luego cercábalos con las bolsas de lana de las últimas esquilas. Y así que avanzaba en su extraña ocupación, más fruncía el torvo ceño, y con luces más singulares le brillaban los hundidos ojos. Por las noches bebía y hablaba. "Primitivo vencerá" —decía dirigiéndose a seres invisibles que danzaban en el aire.

Una tarde encerró las ovejas y después de rociar las bolsas con kerosene, fue dándoles fuego nerviosa y apresuradamente. Al verse rodeado por las llamas, que lamían el aire con la rapidez que lo hacen las bifurcadas lenguas de las víboras, lanzó un grito de júbilo salvaje, un grito de bárbaro victorioso. El placer terrible de la destrucción era lo que apetecía su alma enferma: prueba de ello el gozo delirante que experimentaba a la sola idea de arrasar, de aniquilar todo lo que con tanto trabajo había creado y que a pesar de eso no le servía para mitigar el más pequeño de sus dolores. ¡Miseria!

Destruyendo iba a vengarse del engaño de la suerte, de la puerca suerte que le había hecho equivocar el camino de la dicha, sacrificarse en balde. Para él ni diversiones ni placeres; él no había hecho otra cosa que ahorrar, ahorrar y poner lo ahorrado en casa del pulpero; y todo ¿para qué?... su buen Dios mentía. ¡Infamia! La sangre enrojecíale los ojos, la indignación lo hacía temblar, y el odio a la existencia, de los desesperados, le llenaba el alma de sentimientos tumultuosos y perversos. "Primitivo vencerá" —rugía viendo, al través de espesa humareda, incendiarse el techo del rancho, enrojecerse las puertas y reventar crepitando las bolsas de lana; y feroz expresión le transfiguraba el rostro.

El pasto del piso principió a arder y las ovejas empezaron a huir en todas direcciones, en horrible confusión. Las mojadas con petróleo no tardaron en llevar el fuego a todos lados: corrían, balaban de miedo, brincaban de dolor, caían muertas, y Primitivo, fuera de sí, medio ahogado por el humo que aumentaba la angustia de su dolorosa embriaguez de destruir, reía y reía como un demente trágico.

El cielo teñíase de vivos resplandores, las ardientes lenguas de fuego consumían, consumían como las lenguas amorosas de las amantes, y el aire caldeado impregnábase de un olor inmundo. Primitivo contemplaba el pavoroso incendio, corriendo de acá para allá, en busca de los lugares que las llamas habían respetado. Las ovejas, por escapar al fuego, se le metían por entre las piernas, lo atropellaban. De repente, irritado o poseído tal vez de la grandeza de su destino negro y adverso, empuñó la daga, hundiéndosela hasta la empuñadura a los pobres animales que se le ponían al alcance de la mano. ¡Y reía en su delirio! Veinte, cuarenta, cien veces tiñó el hierro la caliente sangre. Riendo siempre con sarcástica expresión y revolviendo los brillantes ojos,

parecía un iluminado, un héroe a quien el sentimiento de un fin próximo y trágico lleva a la sublimidad. En su locura no vió que el fuego lo rodeaba por todas partes. "Primitivo vencerá" —repetía, hiriendo a diestra y siniestra. De pronto escapósele un grito de espanto y dolor: sus ropas ardían; echó a correr, pero a los pocos pasos cayó, atropellado por las ovejas. Cuando se puso en pie estaba medio ciego; quiso, con movimientos desesperados, despojarse de sus vestidos: no pudo; y entonces, repitiendo con voz estridente y por última vez, "Primitivo vencerá" partióse de una tremenda puñalada el corazón.

Nubes negras como negros crespones enlutaron el cielo. A la mañana siguiente todo era cenizas; pero poco después flores humildes y risueñas, crecían en la tapera de Primitivo...

En el campo hay muchas taperas, y la que más, la que menos tiene una historia semejante: la historia de un dolor.

EL EXTRAÑO

I

"No hay duda, soy completamente *extraño* a los míos ¡a los míos!... pero, ¿tengo que ver algo con ellos?" —preguntóse Julio Guzmán. En seguida dejó caer la cabeza sobre el pecho, y empezó a pasearse de un extremo a otro del salón, haciendo muecas como siempre que se le alborotaban los nervios.

Era el joven de mediana estatura, bien hecho y de aspecto gentil. Un tipo fino. Los ojos grandes y sombreados, de cambiante color verde, que se oscurecían con frecuencia adquiriendo dura expresión, comunicábanle virilidad al rostro, acaso demasiado bonito.

Por lo demás, vestía bien, aunque afectadamente; grandes cuellos, grandes *plastrones,* ropas de corte inglés, y se preocupaba mucho del físico; la raya del peinado no podía ser mejor hecha, ni más pulidas las uñas, ni más artísticamente vueltos hacia arriba los rubios bigotes. Algunas alhajas de gusto caprichoso demostraban su amor a lo raro, peregrino y aun chocante.

Su madre, la señora de Guzmán, dirigiéndole inquietas miradas suspiró resignadamente, como si acabase de ver algo que le recordara pasadas tristezas, o el mal del momento, que suele olvidarse a ratos por duro que sea.

"Ahora suspira, observó Guzmán, es la manera que tiene de hacerme comprender que no la hago feliz; ¿puede darse cosa más desagradable, para qué diablos he venido, no sabía que...? y tornó a sentarse, quedando medio oculto por el árbol de Navidad, que alegraba la pieza con sus pintados farolillos, velas de colores y plateadas bombas, y en

torno del cual bullían algunos niños atracándose de turrón. Desde allí clavaba la mirada escrutadora y penetrante en su mamá, hermanos y cuñadas.

Ennegrecíale el humor una de esas desazones de carácter maligno, durante las cuales nos hace daño la alegría de los otros y nos acosa a menudo el secreto deseo de turbarla. No padecía ninguna tristeza, ningún dolor reciente, el mal era viejo; su disgusto lo engendraban a una la pena del que se encuentra en todas partes fuera de su medio, los escozores del que aspira y nadie cree en él, y la sorda irritación de los seres nerviosos e intelectuales obligados a tratar frecuentemente con personas de inteligencia tarda y vulgar discurso.

"He ahí la *familia,* continuó; yo impenetrable para ellos, y ellos cerrados para mí. Cuanto piensan y cuanto dicen me ofende, me encocora, me irrita. ¿Tengo la culpa de eso... y cómo quererlos si me producen tanto mal?" Cruzó la pierna y prosiguió: "Mi pobre madre siempre riendo; es verdaderamente dichosa; la sed de su alma la colman los objetos que tiene al alcance de la mano; su espíritu poco exigente la hace perdonar, disculpar o encogerse de hombros, de ahí el secreto de su ventura y de su bondad. Yo la estimo, yo la amo, pero no puedo menos de comprender que es un poco... simple; yo la respeto, sí, pero ¡Dios santo! ¿por qué ha tenido la inocencia de ponerme en el árbol el *Tabaré*? Quiere lisonjear mis aficiones, mi amor a la lengua y me obsequia con un poeta del agua chirle castellana, como diría el gran Góngora; cree conocer mi gusto sediento de originalidad y me regala ese amasijo de lugares comunes del espíritu y de la letra. Y ¡parece cosa del demonio! para colgar al libro le ha pasado la cinta por una página donde se leen lindezas como éstas:

"

"Inmóvil don Gonzalo
Que aun oprimía el sanguinoso acero,
Miraba a Blanca—que poblaba el aire
De gritos de dolor—contra su seno
Estrechaba al charrúa,
Que dulce la miró; pero de nuevo,
Tristemente cerró para no abrirlos
Los apagados ojos en silencio."

"Qué fluidez, qué gracia, qué fuerza poética! ¡Y decir que hay majaderos a quienes tales prosaismos les sabe a gloria! Quisiera tenerlos cerca para refregarles por los hocicos su estupidez. Tanta tontería me irrita, me irrita, me irrita. ¡Cristo padre! yo sé que decididamente no es serio volarse por tales cosas, que lo sensato es encogerse de hombros, pero no lo puedo remediar; me lastiman esos detalles como a otros una cortadura, un golpe. "Todo es relativo, dice María Bashkirtseff, y si un alfiler os hace tanto daño como un cuchillo, ¿qué tienen que decir los sabios a eso?" Muy bien, ¿qué tienen que decir los sabios a eso? ¡Ah, ah, no nos entenderemos nunca, cada vez seré más extraño para los míos; es triste, pero es verdad", y se quedó mirando en actitud soñadora las nubes blancas de su soberbio puro, que en forma de anillos ascendían majestuosamente, ya encogiéndose, ya dilatándose como las *aguas vivas* en la mar serena.

II

En el ángulo de la sala reían a mandíbula batiente. El extraño sonriendo con amargura pensó: "¡Cómo gozan! todos participan del contento general ¿es la salud del cuerpo o la del alma, la que produce esa alegría? Evidentemente, en todo esto hay mucha estupidez: los *inferiores* son *homogéneos*. ¡Cómo se entienden y cómo se penetran! sus cora-

zones palpitan a compás, en tanto que el mío... Lo que hace reir o llorar a uno, hace llorar o reir a los otros; se adivinan las ideas antes que salgan las palabras de la boca y de antemano están conformes".

Le temblaron los labios débilmente y aseveró: "no, no quiero; *eso* es el vulgarinismo, ¡uf, *vade retro!*"

—Qué tal —preguntóle su hermana soltera, plantándose delante de él.

Acostumbraba a consultarlo. Guzmán estaba casi tan al corriente como cualquier presumida niña, de todo lo que a modas y caprichos del vestir se refiriera, y ella estimaba no poco su gusto exquisito, aunque algo extravagante. Además solía encontrar con pasmosa intuición esos detalles sin importancia al parecer, que le dan al traje la originalidad y suprema elegancia que no tiene el figurín; esos toques apenas perceptibles, que producen grandes cambios, de que nos habla Brulow, y que según él son el comienzo del arte.

María era coqueta y vestía con refinada elegancia. Al verla en las noches de baile u ópera, luciendo el lindo escote y los mórbidos brazos, a cuya hermosura daban realce las finas y vaporosas telas, las plumas y las blondas, sentía Julio crecer su estimación hacia ella. "Ahora, en este *instante*, es mi hermana" decíase, porque en los demás momentos de la existencia le era tan antifraternal como los otros miembros de su familia.

—Bien, muy bien, esos tonos tenues y mates me gustan. Y ves, lo que te decía, los *bandós* ahuecados hacen más aristocrática y graciosa la cabeza. Hoy estás realmente bonita, una pulida damisela del siglo XVIII. En cambio Petrona... ¿por qué no la aconsejas que se quite ese horrible lazo escocés? — Y dejándose llevar de su espíritu cáustico y nada bondadoso, continuó con toda gravedad: —Y podías

decirle también que no engrasara de esa manera tan... ¿cómo puede querer nuestro hermano a una señora que tiene las muñecas tan gordas y que se pone en la panza un lazo escocés, lo sabes tú?

María, lisonjeada por los cumplidos de Guzmán, lo cogió de las manos y tirando de él exclamó:

—¡Qué cosas se te ocurren!... pero ven, vamos un poco allí. La pobre mamá se apena de verte siempre díscolo y adusto, ni siquiera le has dado un beso a los niños; ¿te cuesta tanto ser amable?

Guzmán la miró fijamente y luego, apartando la vista con indiferencia, confesó:

—Ser amable... sí, eso es lo que me cuesta más trabajo. Los niños no me disgustan, mientras se están quietos, pero me resisto a besuquearlos, la baba, el moco, sabes? Además ¡éstos son tan pelones y feos! por qué diablos no les dejarán crecer el pelo para hacerles rizos, eh?

María lo miró un momento perpleja y de repente echóse a reir a carcajadas.

III

No de muy buena gana se acercó al animado grupo. Miguel, el hijo mayor de la señora de Guzmán, tenía un chico sobre las rodillas y censuraba enérgicamente *Los Aparecidos* de Ibsen, expresándose con la facilidad que corresponde a un abogado.

—¡Una cosa reventable, repugnante! aquel padre cínico y bribón, que quiere llevar a la propia hija a una posada de marineros para hacer... lo que hacen otras que no son tan bonitas y ganan mucho; aquella desdichada viuda, que ha llegado a emborracharse con el libertino del esposo y a tolelerar sus imprudencias, para retenerlo en casa y

ocultar al mundo la depravación que lo pudre... y él que, aún después de muerto, sigue atormentándola, apareciendo como un fantasma amenazador en los vicios del hijo, ¡pobre víctima! que paga ajenas culpas, que ha venido al mundo con algo apolillado ya, y que al fin se vuelve idiota y pide el sol... ¡Ah, horrible, horrible!... ¡y luego la realidad espantosa que le daba Novelli!... Las señoras empezaron a retirarse; ésta (*ésta* era su mujer) estaba más blanca que la muerte, y yo hacía de tripas corazón para no devolver lo que había comido. Y ahora pregunto, ¿es eso divertirse, es eso disfrutar del rato agradable que debe ofrecer todo espectáculo público? No puedo creerlo.

El abogado dijo lo que antecede, con el acento del que sabe que cuanto asegura es tan justo, tan natural, que no tiene réplica posible. Al decir, "es eso divertirse"... elevaba y torcía el labio superior, sonriendo con petulante suficiencia.

—¡Una cosa bárbara! —exclamó su mujer.

La señora de Guzmán, lanzando un profundo suspiro, agregó:

—Ya no se puede ir al teatro a divertirse, ni leer una novela alegre: todos son horrores, ¡Dios mío! como si en la vida no tuviera una bastante... —y suspiró otra vez.

Era una señora buena y limitada.

—A la verdad es que... —convino María, pero viendo que Julio estaba sumamente nervioso, fijó la vista en la alfombra y callóse.

"¡Qué profundo sentido común tienen!", pensaba Guzmán.

El abogado lo observó a hurtadillas, y luego dijo esforzándose por darle a sus palabras un tono distraído:

—¿Tú no piensas así, verdad? —lo cual significaba: "Comprendo que no estás de acuerdo con nosotros, pero a nosotros nos es lo mismo".

—*Absolutamente* —respondió Julio, y levantándose con el visible intento de cortar la conversación, fue a sentarse al piano.

—Perdona, olvidaba que tú también eres un poco *decadente;* ¿no es así como se llaman esos poetas locos de París? ¡decadentes! es chusco; en cambio yo soy...

—Yo te lo diré —interrumpió Guzmán, asomando la cabeza por encima del piano—; tú eres un hombre muy sensato —hizo una pausa—, un hombre serio —otra pausa—, un verdadero *filistino* —y soltando su risita impertinente e irónica, empezó a tocar un trozo de opereta muy juguetón y no poco difícil. Seguía el compás con el cuerpo, elevaba mucho las manos, pero todo ello sin llegar al ridículo, con desenvoltura elegante, aunque un tanto exagerada. Después de *juguetear* algunas cositas fáciles y traviesás, olvidóse del auditorio e interpretó con calor y sentimiento sinceros, un motivo de *Los maestros cantores.* Golpeaba las teclas con fuerza, como si quisiera arrancarlas el alma del sonido, y se detenía sobre ellas algunos segundos para *destacar* las frases y *colorar* los trozos más baladíes. En los *intermezzos,* sus dedos finos corrían sobre el teclado rozándolo apenas. Entonces entornaba los ojos, levantaba la cabeza y parecía seguir el inquieto fuego fatuo de la fugitiva inspiración.

En el ángulo de la sala conversaban distraídamente; Maruja habíase dormido en un sillón, cerca del piano; los niños corrían a gatas por el suelo...

Guzmán levantóse y salió sin ser notado. Cuando estuvo en la calle se dijo como quien reconoce la verdad de una *afirmación interna:*

—*Efectivamente,* los detesto; eso es: los *detes-to* —repitió mirando hacia arriba, hacia donde quedaban *los suyos.*

IV

La señora de Guzmán notó antes que nadie la ausencia de Julio. Suspirando resignadamente dijo:

—¡Se fue, qué criatura!

Hubo un momento de silencio que al fin interrumpió Rafael: era el hombre serio de la familia, y se creía obligado a decir la última palabra sobre cualquier asunto que se tratase.

—Gracias a los estudios disparatados a que se dedica, ignoro con qué fin, y a las rarezas que va adquiriendo, es de temer que concluya en el manicomio. Vive desordenadamente, gasta demasiado y lo que es lógico, con todo eso sus asuntos no marchan nada bien; se lo pronostiqué, pero no quiso oírme, y... *voilà.*

Aquella noticia la recibieron sin gran pena, acaso con vergonzante y oculta satisfacción. Fuera de que jamás habían fraternizado *completamente,* todos tenían algo contra Julio; resentimientos y quejas que nacieron cuando el mozo, deseando campar por sus respetos, separóse de la *estancia* en que esposa e hijos del difunto Guzmán trabajaban unidos, vendió su parte y cesó de vivir en la casa paterna, demostrándoles así a los suyos el poco o ningún afecto que les tenía. La distancia que les separaba se agrandó, y a poco se sintieron enemigos. Presente Julio nadie expresaba de una manera abierta

sus pensamientos; el temor de chocar los contenía, porque las disputas a que dio origen la separación de bienes, los dejó agriados y mal dispuestos a perdonarse nada.

Poco después de la salida del extraño, libres ya de todo estorbo, los miembros de la familia Guzmán mostráronse tales como ellos eran: gentes sencillas y bonachonas, que odiaban a muerte las sutilezas y los discreteos y apetecían sentir el eco *simpático,* que conduce insensiblemente a la conversación regocijada y fácil.

V

Julio Guzmán había viajado, leído bastante y vivido a prisa. Gracias a unas cosas y otras tenía la sensibilidad muy afinada y el gusto pelilloso y exigente. Una acción infame podría no sublevarlo, pero las pequeñas equivocaciones, las tontadas, las vulgaridades le producían verdadero dolor físico. Su inteligencia era aristocrática, su modo natural ser complicado, estudiado, de igual manera que el natural de otros es ser sencillos y llanotes. Amaba lo raro, lo difícil, lo que por exigir cierta intelectualidad para ser comprendido y apreciado, no está al alcance de todos. En Europa hubiera sido un artífice primoroso, o cuando menos un coleccionador inteligente de esas joyas de arte que sólo parecen tales a los espíritus muy finos y cultivados: habría tenido su colección de cueros de Córdoba, de camafeos de miniaturas sobre marfil, u otro arte peregrino y precioso; en América se limitaba a coleccionar valiosas pipas... y los libros que tenían grabados de los objetos que su fortuna, algo mermada, no le permitió adquirir sino en muy reducido nú-

mero, cuando del brazo de una *cocotte* inteligente en las artes menores, recorría las casas de anticuarios de Francia, Italia y España. *La ancienne maison Morel* tuvo un excelente parroquiano; el estudio de un arte despertábale el vivo deseo de conocer otros, y libros y más libros pasaban de la tienda a casa del curioso: fue así un *amateur* de estampas, del grabado, del esmalte... cada especialidad le producía alegrías diferentes, y todas juntas, apartando su inteligencia de las especulaciones prácticas, lo desorientaron y convirtieron en un ser exótico. En los espaciosos salones del *Club Uruguay,* fríos y desiertos casi siempre, no encontró con quien departir de sus aficiones favoritas; en la casa paterna lo oían como quien oye llover; sus amigos calificaron de *mariconadas* el amor al *bijou* y al *bibelot*... replegóse sobre sí, y su egoísmo tuvo un verdadero y espléndido florecimiento.

Leía sin descanso, cultivaba a ratos perdidos la música, el dibujo, la pintura, cosas todas para las que tenía no sólo rara habilidad, sino verdaderas condiciones, pero a las cuales jamás pensó dedicarse seriamente; rimaba versos sabios y artificiosos, y echaba humo, humo por boca y narices, mientras las demás criaturas cumplían de mil maneras los múltiples fines de la vida local, y se agitaban sin reposo, como si tuvieran azogue en el cuerpo: siempre llenos de angustia y echándose siempre más peso sobre los heridos lomos, para conquistar con doble fatiga el miserable mendrugo, ablandado siempre, siempre, siempre, con lágrimas de dolor!

"Es necesario libertarse" decíase, escuchando impasiblemente los gritos, las carcajadas, los ayes, las blasfemias y los himnos, el inmenso y confuso clamor de las afiebradas turbas, y echaba humo, humo, humo...

VI

"Voy dejando de ser un miembro de mi familia, un hijo de mi patria", pensaba a veces tendido en el sofá, con la pipa en un ángulo de la boca; "los sentimientos más comunes se desvanecen en mi alma: no hay nada que agite el fondo y la superficie está tranquila. Las riquezas, los honores, los placeres que *ellos* anhelan, no tienen para mí significación alguna; el bien del prójimo, el amor de la humanidad, menos; no fraternizó y es muy lógico, *no recibo nada.* Los humanitarios no hacen otra cosa que devolver una parte de la que reciben, y la humanidad da a los que le dan, igual que la tierra, guarda la simiente y devuelve el fruto: justa correspondencia y egoísmo puro, es la ley de la vida: o *entregarse o conservarse.* La lapa que se pega con más fuerza a su roca al contacto del *agresor* se defiende, y yo me defiendo ocultándome en mi casa como el caracol en su concha cuando hace frío. Las rozaduras me hacen daño y me endurezco sistemáticamente ¡y que un rayo me parta si no hago bien! los primeros deberes son para con uno mismo."

Ideas semejantes y sentimientos de hostilidad, que no se explicaba, le hicieron olvidar las pocas relaciones que tenía y hasta huir el trato de sus colegas de redacción. Cuando acertaba a verlos charlando en un banco de la plaza o paseándose por las calles, observábalos algunos segundos con mirada penetrante y analizadora y sonreía irónicamente: "No, no me acerco: *esos señores no tienen nada que decirme*", decíase, y apretaba el paso.

VII

Guzmán atravesaba la plaza *Independencia.* Hacía una noche placidísima y sin nubes; sobre el zafiro luminoso del cielo los resplandores de las estrellas no parecían tales, sino más bien inquietos cambiantes de la luz. Aunque acababan de dar las diez en el reloj de la Catedral, discurría aún mucha gente por la plaza, y numerosos grupos y parejas de señoritas iban y venían muy atareadas en examinarse unas a otras y parecer bien. La alegría primaveral de sus flores, gasas vaporosas, y triunfales sombreros, parecía llenarles el espíritu.

Guzmán avanzaba observando; deleitábalo como siempre, más que la verdadera hermosura, las cabecitas expresivas y monas, las delgadeces esbeltas, los vestidos y adornos de gusto complicado en su aparente sencillez, lo que en una palabra constituye la distinción y el refinamiento. Seguía los talles largos y no de formas muy redondeadas, los bustos un poco angulosos, pero gentiles, las nacientes y ya mórbidas caderas... El aroma de las flores y los perfumes penetrantes producíanle si no placer, una como dulzura espiritual, que desvanecía el paso de las feas, de las cuales apartaba los ojos con disgusto, casi con enojo. De los hombres no hacía caso a no ser que tuvieren alguna singularidad, un detalle ridículo que ofreciera blanco a su flagelante burla.

Con el sombrero quitado para que el aire le refrescara la cabeza, atravesó la plaza varias veces. Gustaba de llamar la atención a pesar del desprecio que sentía hacia el público: las polainas blancas, la orquídea del ojal y el porte altanero que afectaba no tenían otro fin.

"Estas guerrillas que despliegan las hermosas contra nuestra voluptuosidad, este volteo tentador

de mujeres me encanta y seduce como nunca, pensó, y debe de ser porque ya no tengo *el derecho de aspirar a todas*. Sí, es eso...; y si tal me acontece cuando no soy casado *todavía,* qué me sucederá cuando lo sea? ¿Pero es verdad que estoy resuelto? ¿Cómo he podido llegar ahí yo, yo que...?, y apartándose de la corriente humana, fue a sentarse a un banco de los muchos que empezaban a quedar desocupados.

Se engolfó en sus cavilaciones; los ojos brillantes, humedecidos siempre como los de las personas que han llorado o acaban de sufrir un gran dolor físico, adquirieron el tono verde mate que ostentan algunas calcedonias, y cesó de ver.

VIII

"Sí; estoy decidido: aún no le he dado esta contestación a Sara, pero se la daré. Recuerdo perfectamente lo que me dijo, y es más, hace meses que la vengo *provocando* para que me lo dijera. "Julio, nuestras relaciones se hacen imposibles, nuestras entrevistas cada vez más peligrosas; el simple pretexto de los amores con Cora, que justificaba tus visitas, no es suficiente. Casares se muestra descontento y habla de cortar relaciones que no conducen a nada, ¿comprendes? Por otra parte, ese viaje a Europa, que se le ha metido entre ceja y ceja; ¡separarnos, Dios mío, separarnos! ¿tú lo concibes?; ¿qué hacer entonces?". Yo no le contesté, pero me dije para mi capote, completando sus ideas: "comprendido; no nos queda otro remedio que tomar una medida extrema, enérgica, de esas que saltan por encima de las convenciones humanas; hacer un gran *sacrificio,* pedir la mano de Cora y llevarla al

altar... Muy bien; pero lo que tú no sabes es que para mí eso no será un sacrificio, porque yo he concluído por amar a Cora... sin dejar por tal razón de amarte a ti ni un poco menos, lo que no obsta para que las engañe a las dos, haciendo lo que tú me pides, sin saber que soy yo quien te lo ha sugerido, aunque embozadamente". Justo, así, pensaba mientras se hacía el "sueco", y con nitidez completa se representó la escena que había tenido lugar entre él y Sara algunos días antes.

IX

Fue en su casa; él estaba recostado en el sofá Luis XVI y ella arrodillada en el suelo, sobre la piel de oso blanco que se extendía delante de aquel mueble. A la mortecina luz que entraba por las persianas, entreabiertas apenas, distinguíase una verdadera profusión de objetos artísticos, puestos aquí y allá con estudiado desorden, interceptando el paso por todas partes. Tapices flamencos muy bien imitados, lienzos de buenas firmas, dibujos estrambóticos y armaduras y caretas japonesas cubrían las paredes y subían hasta el techo, adquiriendo en la penumbra formas raras y caprichosas. Todo tenía allí sello personalísimo, hasta el penetrante y exótico perfume que embalsamaba el aire y que hacía pensar, no sé por qué, en las cosas de encantamiento.

—Sé que *lo que te pido es tremendo* —continuó ella como si ya se lo hubiera dicho—; sé que te propongo una infamia, una cosa indigna, de la que nunca me hubiera creído capaz; en este instante, al decírtelo, me siento morir de pena y de vergüenza, pero no puedo menos de decírtelo... he querido resistir, rebelarme, escapar a la obsesión, todo, todo inútil.

¡Ah, Julio! ¡Si tú supieras cuánto he llorado, comprendiendo que la idea iba cada vez apoderándose más de mí! Días sin un minuto de calma, noches de insomnio... ¡Qué tormento, qué tormento!

"¡Cuánto la amo al verla sufrir por mi causa!" —observó él mirándola compasiva y tiernamente. Después, entornando los ojos como cuando se experimenta un placer muy intenso, pareció que se adormecía al arrullo de las palabras de ella.

—Cuando lo pienso me desespero, y sin embargo... ¡arrojarte yo misma en los brazos de otra mujer, de una persona que me es querida y a la que debo engañar vilmente! A veces me pregunto si no estoy loca, y no sé qué contestarme; cuando pienso que puedo perderte, huye mi razón, deliro, y entonces siento que sería capaz de cualquier cosa: de matar, de robar, de las mayores atrocidades. ¡Qué miseria, qué miseria!

Presa de mortal congoja, escondió la cabeza en el pecho querido de su amante. El la besó respetuosa y tristemente y guardó silencio.

X

Mientras ella sollozando y toda trémula le contaba sus torturas y ansiedades, Guzmán sentía un placer doloroso, que le apresuraba la respiración y le producía dulces mareos. Sufría de verla sufrir, pero al mismo tiempo, la idea de que él inspiraba cariño tan inmenso, llenábale el alma de violenta y salvaje alegría. Nunca tuvo ocasión de aquilatar su imperio sobre ella como en aquellos momentos en que la veía sin fuerzas, sin voluntad, sin nada que oponer a la ola triunfante de la pasión. Era suya en cuerpo y alma, suya, suya... Él había despertado

sus sentidos y hecho un mágico instrumento de placeres y delicias del cuerpo antes insensible a la voluptuosidad, casto, frío y hermoso como un mármol griego; su amor fundió la virtud de la enamorada como funde al vidrio la llama viva del soplete, torció la escrupulosa conciencia de la enseñanza católica, penetró el cuerpo de la amante hasta no hacerlo vivir más que para él, y se adueñó de tal modo de la *Conquistada,* que ésta ya no era un ser libre, sino un *sujeto* siempre pronto a obedecer ciegamente. Y el sentimiento de tan grande fuerza le embriagaba el corazón:

—¡Mi pobre Sara! —exclamó volviéndola a besar.

Luego, con la mirada perdida en las sombras, se dijo: "Está en lo cierto cuando asegura que por mí llegaría hasta el robo y el crimen. ¡Pobre criatura! me lo ha sacrificado todo: pureza, honradez... soy su dueño y me obedece sin que ella misma se dé cuenta. ¿Qué haré yo de ella? Sería un infame si..." —Y su rostro se contrajo dolorosamente.

"Yo debía decirle —continuó dejándose llevar de un arranque generoso, no extraño en él— que no se atormente creyéndose culpable, que el culpable soy yo; que por probar mi dominio sobre ella primero y después porque la idea me obcecaba sin cesar, le sugerí *eso* poco a poco, con maña diabólica; ya una insinuación encubierta, ya una palabrita sugestiva, ya una reflexión intencionada, de todos modos le hacía *sentir* el peligro de perderme a la par que le mostraba el medio de asegurarme definitivamente... se agitaba, temblaba como un *sujeto* cuando se le da la imperiosa orden, la orden que no puede sino cumplir, ¡pobre alma blanca! la veía rechazar la idea con horror, luego vacilar, después desfallecer... y asistía a la descomposición de su virtud, esperando por momentos verla así, arrodi-

llada a mis pies, pidiéndome lo que yo le he ordenado". E invadido por incomprensible ternura, con los ojos llenos de lágrimas, le rogó acariciándola:

—No llores, alma; ¡si tú supieras!...

Pero ella, creyendo que iba a rechazar lo que le proponía, le tapó la boca.

—No, no pienses, no analices; dime sólo que no me dejarás morir, que accederás a lo que te pido —y atrayéndolo, lo cubrió de besos los ojos y los labios.

Cuando ella bajaba las escaleras, se dijo él con desesperada amargura: "Yo te perderé, yo destrozaré tu existencia, lo presiento, lo presiento; llevo algo malo aquí, una cosa maldita que hará mi desgracia y la de las que tengan la fatalidad de quererme". —Y las lágrimas volvieron de nuevo a arrasarle los ojos, sin que supiera a ciencia cierta si lloraba por ella o lloraba por él.

XI

Un hombre pasó; Guzmán siguiólo con la mirada hasta perderlo de vista.

"Sin duda una mezcla extraña de elementos contrarios forman la esencia íntima de mi ser; tengo el alma muerta, y, sin embargo, no existe nadie más accesible que yo al entusiasmo y a la *sensiblería;* soy una criatura naturalmente falsa, *insincera,* siempre lo he sabido más o menos bien, pero nunca he podido remediarlo", reflexionó. "¿Por qué no le dije la verdad y mostré su inocencia? Tuve deseos, pero no sólo no lo hice, sino que le pedí ocho días de plazo para *pensar* y la dejé que se fuera con la atormentante duda. Representé mi comedia como un farsante de profesión. Otras veces miento, miento

sin interés alguno, ¿por qué?... A todas luces la sangre de algún bellaco corre por mis venas".

Guzmán era absolutamente sincero consigo mismo, y a veces solía calificar sus acciones con los epítetos más denigrantes y duros... sin que por eso hiciera por corregirse. Ya porque creyese inútiles los propósitos de enmienda, o porque juzgara a los hombres irresponsables y la bondad y maldad dos palabras vanas, fuera por una cosa u otra, o por razones oscuras e inexplicables, el caso es que practicaba el mal con plena inteligencia y con pleno conocimiento, asimismo, de su ningún poder para obrar de otro modo.

"Hasta las cosas más sencillas no pueden ser de otra manera que son; para que hubiese el menor cambio sería indispensable que el orden del universo se trastornara, decíase. Oigo a cada paso, "si en vez de tomar esta calle hubiera tomado la otra..." quien dice eso es un imbécil; para tomar *la otra* habría sido necesario que antes se transformaran miles de ideas, juicios, conveniencias y cosas: un terremoto".

Y filosofando sin temor, ardidamente pensaba poco más o menos lo que sigue:

"Cada árbol debe dar su fruto; es una tarea estéril y estúpida la de torcer nuestras propensiones hacia aquí o hacia allá, ¿con qué fin, quién sabe dónde está lo cierto? y después de todo nos deformamos inútilmente, porque, en resumidas cuentas, el instinto triunfa. Lo sano es seguir la ley de la vida, que manda *vivir*, sin distinciones, lo que tiene existencia; desenvolvernos en amplia y suprema libertad como los otros organismos: los rosales den rosas, miel las abejas, veneno las víboras: todo tiene su destino, lo único que carece de él es lo artificial".

Estos y otros razonamientos de idéntica índole, amansaban su conciencia y le permitían juzgarse con entera libertad, sin disimulos ni veladuras. Em-

pero, del antagonismo de sus múltiples yo, le nacía en las profundidades del alma el descontento de sí mismo, fecundo en toda suerte de amarguras y negros pesares. En aquel instante convenía en ello, mientras distraídamente hacía rayas en la arena con la punta del bastón.

"Haga lo que haga, quedaré como siempre, lleno de dudas y descontento de mí. ¡Ah!, ¿por qué no me hizo Dios como ese plácido gordo? ¡qué pocas cavilaciones le quitarán el sueño! Ahora llegará a su casa, y si la mujer se ha dormido, le pegará una soberbia paliza, yéndose luego a la cama como si tal cosa, sin que lo atormente la duda de si ha hecho bien o mal. ¡Vaya al diablo! pretendo ser un hombre fuerte, un hombre libre de prejuicios y no tengo fuerzas para...; la menor resolución me cuesta grandes esfuerzos, porque gracias a mi análisis, descubro tan bien el pro y el contra, que luego no sé por qué decidirme. Al fin, concluyo por cerrar los ojos y... salga lo que salga".

Hizo un gesto de impaciencia y continuó: "y últimamente, para qué tantas reflexiones, no parece sino que me voy a resolver *ahora;* ¿no sé hasta el cansancio que estoy decidido y que por añadidura no *puedo,* esa es la palabra, no puedo renunciar a ninguna? ¿Si Napoleón se hubiera parado en barras, hubiera sido el *Emperador?* ¿Diariamente miles y miles de criaturas no se sacrifican, para asegurar la dicha de otras? Y bien, obremos... los peces grandes se comen a los chicos y los astros mayores a los menores; será muy malo, pero no puede ser de otra manera. No soy dueño de mí, una fuerza superior me arrastra", concluyó por último.

Esto de la fuerza *superior,* parecióle tan de perlas que, para su consuelo, se lo repitió tres o cuatro veces, hundiéndose en seguida en obscuras meditaciones.

Pasó una hora. "La naturaleza no crea necesidades que no se deban satisfacer ¡que no se deban! ¡cómo se reirá la gran Madre de nuestros miserables deberes!..." murmuró mientras amarga e irónica sonrisa le entreabría los labios. Calló de nuevo y durante un rato se entretuvo en contar inconscientemente las columnas de los edificios que rodeaban la plaza.

El ruido de los coches no se oía, sino muy de tarde en tarde, y los transeúntes iban siendo escasísimos. Un hombre ebrio permanecía sentado frente a Guzmán, la innoble cabeza caída sobre el pecho desnudo, enrojecido y granuloso, y las piernas abiertas, como dislocadas.

"Cuando las amo a las dos se cae de su peso que puedo amarlas, pensó por fin, lo demás son pamplinas... Por otra parte, como sacrificar a una de ellas, sería cruel, lo humano es evitarle el dolor, que vivan cada una con el pedazo de alma mía que *naturalmente* le corresponde; mientras ignoren serán felices... como todo el mundo, y acaso ignoren siempre. Hasta me parece que el *hombre verdadero* y el *hombre humano* están conformes esta vez ¡Gracias a Dios!"

Y satisfecho de encontrar el razonamiento que le hacía falta para desvanecer sus escrúpulos, sonrió placenteramente, abandonándose en seguida a los hechizos y sortilegios de su viva imaginación, la gran *Encantadora*.

XII

Dióle fuego a un cigarrillo opiado y buscó una postura cómoda. Guzmán cultivaba el ensueño. Cuando se sentía mareado por el generoso mosto

del optimismo, evocaba las risueñas quimeras de la esperanza, y dejaba volar adrede la loca fantasía. Los recuerdos dulces acudían en tropel a su memoria, y sólo las posibilidades de realizar las aspiraciones gratas al corazón presentábanse a su encantado espíritu: formábase así una atmósfera tibia, un invernáculo del alma, donde pronto florecía la planta delicada de la dicha artificial. "Puesto que el placer es un fantasma que se desvanece más tarde o más temprano, creámoslo y hagamos durar el mayor tiempo posible la querida ilusión". Se había dicho muchas veces.

Soñaba embebecido en el espectáculo que se ofrecía a sus ojos: el cielo y la ciudad tenían a trechos los cambiantes de la *alunita*: alba nube cerníase en el espacio azul, donde la muriente claridad del astro muerto dejaba flotando tenue polvillo de plata; los árboles proyectaban sombras chinas en el suelo, y algunas azoteas bañadas por la luz, parecían casas coronadas de luminosa nieve, semejando muy bien esos paisajes invernales de brillo sorprendente, que suelen admirarse en las linternas mágicas. Por todas partes claridades pálidas, tímidas sombras, tintas opalinas, y aquí y allá, en los oscuros términos de las calles, chispazos rojizos, la luz de los lejanos faroles que producía a veces los destellos vinosos de las piedras preciosas.

Al dar las tres, el soñador tuvo un estremecimiento de frío y se incorporó. "Estoy resuelto", aseguróse al tomar el rumbo de su casa, "*eso* es lo mejor que puedo hacer; basta de cavilaciones, ¿quién las ama tanto puede desear su daño?... indudablemente no; a pesar de todo, algo me dice... ¿pero se trata del presentimiento del mal o del escrúpulo burgués?" y volvió a atormentarse con sutiles re-

flexiones, sintiendo de nuevo la necesidad irresistible de analizar, que lo seguía, lo seguía como la sombra al cuerpo.

XIII

—Don Julio, ya es hora —dijo la antigua sirviente de Guzmán, dejando el chocolate sobre la mesita de luz. Luego entreabrió las persianas y salió del aposento sin hacer ruido, deslizándose por entre los muebles como gato por entre cristales.

"... y eso me asegurará la independencia necesaria para dedicarme tranquilamente a mis versos y a mi *Tratado del Amor*", pensó Guzmán abriendo los ojos. "No hay duda, yo he acabado de decidirme en sueños; de otro modo no hubiera dicho *y eso me asegurará... eso* lo he resuelto durmiendo. He aquí un caso de actividad psíquica, razonada e inconsciente. Ahora a otra cosa; yo tenía que hacer algo... ¡ah! sí, el chocolate", y desperezándose cogió la taza.

Como de costumbre, se aseó y vistió cuidadosamente. Su tocado duraba por lo general dos horas. Mientras se perfumaba, pulía las rosadas uñas o se hacía el nudo coquetón de la corbata, un pliegue profundo, juntábale las cejas; de vez en cuando dejaba la lima, el peine o el cepillo y sentándose junto a una pequeña mesa, hacía con lápiz algunas anotaciones, prosiguiendo después su tarea.

Los postigos abiertos inundaban de claridad el estudio, los rayos de oro del sol templaban la atmósfera aromatizada suavemente por la gran canasta de violetas y jazmines fresquísimos, húmedos aún,

que se veía sobre un historiado soporte en el medio de la sala. Guzmán hundió el rostro en ella, aspirando un momento con delicia las fragantes aromas. Esto era lo primero que hacía al entrar todas las mañanas en su pieza predilecta, en su *mundo,* porque la frescura de las flores, sobre producirle vivo placer, parecía que le despejaba el entendimiento. Encendía luego un cigarrillo y echando humo empezábase a pasear de un lado a otro, deteniéndose tal cual vez frente a un lienzo de la escuela pre-rafaelista, ya delante del *Fauno de los platillos* y otras reproducciones de la escultura clásica, ora junto a la *vitrina* de los camafeos, ora cerca de algún mueble de talla primorosa. Concluído el cigarrillo poníase a escribir.

"Calentar las frases hasta que quemen, *colocarlas* hasta cegar, *animarlas* hasta que produzcan la sensación de la vida". Díjose como de costumbre, al abrir el cuaderno sobre cuya tapa de cuero de Rusia y broches de plata oxidada, leíase esta inscripción: *Zafiros,* del hebreo *zappir,* que significa la más bella cosa.

Guzmán era un diamantista del verso, un artífice más que un poeta; su amor a la preciosura del arte inspirábale el gusto del término raro, de la expresión recamada y pulida, el gusto de las filigranas, taraceas y cinceladuras de la frase. Creía como Flaubert, que *la palabra es todo.* "La palabra es para la idea, lo que la línea para la escultura y la nota para la música", aseguraba y limaba sus versos como quien pule un diamante. Él, que se reía y se jactaba de despreciar al común de las gentes, sentía por el *público lector* profundo respeto: su sueño era entregarle temblando una joya acabada y de nadie conocida, y con el júbilo con que el avaro aumenta su tesoro, hermoseaba él su obra en la soledad, ocultamente, tanto que ni sus mismos compañeros de

redacción sospechaban que hiciera versos, y menos aún versos *sabios*. Cuando le pedían su parecer sobre alguna composición, leíala despacio y al fin, encogiéndose de hombros, desdeñosamente, aseguraba:

—Versos flojos, desmañados, pobres: yo sé de uno que los hace como Dios manda —y reíase para su capote de la ignorancia de los otros.

Todas las mañanas trabajaba dos horas en los *Zafiros*, a los que no había agregado ninguna composición desde mucho tiempo atrás; perfeccionaba las viejas. Algunos versos, muy pocos, ya veíanse señalados con lápiz azul: eran los que había necesidad de limar aún, y sobre ellos se estaba horas enteras, puliendo el vocablo, afinando el concepto, hasta que llegasen a ser sus rimas lo que él quería que fueran: *frascos preciosos de esencias sutiles.*

XIV

En el estudio, rodeado de sus cachivaches y chirimbolos artísticos, sentía Guzmán una calma muy dulce, un gozo muy íntimo y suave. Las horas corrían tras él apaciblemente: leía, limaba los *Zafiros*, soñaba tendido en el blando diván... Sólo muy de tarde en tarde, como una ave negra por el limpio cielo azul, le pasaba por las mientes la idea de su soledad y extranjerismo en la propia patria, y entonces la pluma se le caía de entre los dedos. Levantábase enarcando las cejas y pegaba la frente contra los cristales de la ventana; hombres, mujeres y niños iban y venían atareados en mil ocupaciones que él despreciaba sin conocerlas, como ellos despreciaban sin conocerlos sus *Zafiros* y su *Tratado del Amor*. Y comprendía sin esfuerzo, pero no sin amargura, que a su existencia le faltaba algo. "Haga lo

que haga un mar de hielo me separará de mis semejantes, y ni mis rimas ni mi *Tratado del Amor* lo romperán. ¿Habré equivocado el camino de la vida, seré únicamente un retórico elegante y vano?" Y mil dudas le señoreaban.

En su aislamiento sentía vagamente el vacío de no tener ninguna tarea que le pusiera en relación con los demás hombres, y al mismo tiempo repugnancia y miedo de llenarlo. Repugnancia de confundirse con la plebe, miedo de caer en la lucha, miedo de que lo pisotearan, miedo del dolor. "Para obrar es necesario *enrudecerse,* y yo no he hecho otra cosa que *afinarme*", reflexionaba, y la nítida y justa conciencia de su *desemejanza,* lo hacía retirarse de los cristales, coger la pluma y, si no contento, al menos resignado, meterse de nuevo en sí, como el *caracol en su concha cuando hace frío.*

XV

—Quiero ver tus ojos —dijo Sara—, tus ojos me dirán si debo morir o no.

Él tendiéndole las dos manos se acercó a ella:

—Mira.

—¿Y...?

—Lo que tú desees se hará; estoy pronto a obedecerte.

—¡Amor, amor mío! —exclamó ella echándole los brazos al cuello, y las lágrimas empezaron a correrle por las pálidas mejillas, pálidas y casi transparentes como las finas porcelanas japonesas.

—Perdona, Julio, deja que me desahogue, no podía más, al subir me temblaban tanto las piernas que me ví obligada a detenerme una porción de veces, ¡qué angustia! pero ahora soy dichosa, dichosa, dichosa...

Julio pasándole amorosamente el brazo por detrás del talle, la llevó hasta el diván que había en el medio de la pieza, escondido en el hueco que formaba para el caso un complicado mueble. Sobre el diván, a cierta altura, en una especie de historiado y ancho estante, que sostenían dos cariátides de roble muy bien esculpidas, descansaban algunos vasos y jarrones; las cabeceras del mueble formábanlas dos *vitrinas,* y la parte posterior una biblioteca de tres cuerpos, donde tenía Guzmán los autores de que era más devoto.

Sentáronse, y Sara dejó caer la cabeza sobre el hombro de Guzmán; con la diestra le oprimía la mano que él la pasaba por detrás del talle, y con la izquierda la otra, besándosela seguida y regularmente. En tal posición y en la semi-oscuridad que velaba el estudio otras veces, solían permanecer largo tiempo sin hablarse, hundidos ambos en una deliciosa somnolencia.

—¡*O vase de tristesse, ô grande taciturne!* ¿es posible que me quieras tanto? —exclamó él.

Sara levantó la cabeza. Su rostro de una blancura mate tenía el óvalo infantil de las Purísimas de Murillo, y los ojos grandes, de mirada lánguida la misma expresión triste y dulce de los de aquéllas.

—*O vase de tristesse, ô grande taciturne!* —repitió él mirándola con amor—. ¡Qué hermosa, qué hermosa eres! ¡Hay días que tu belleza hace realmente mal!

Ella sonrió y él la besó entre los labios, sobre el marfil de los dientes, iguales y blanquísimos.

—Tu boca amorosa te vuelve a la tierra; si no fuera por ella inspirarías amor divino, no pasión humana. Te quiero mejor así.

Después que se repuso dijo Sara:

—Tú mi boca y yo tus ojos... ¡qué impresión me produjeron la primera vez que te vi! —Hizo una

pausa y continuó: —Fue cuando me llevaron a tu casa, después de la muerte de mi pobre madre. Estabas enfermo, pálido, muy pálido; no tenías nada más que ojos en la cara. Cuando me miraste me eché a llorar ¡qué mirada triste, Dios mío! Me figuré que vivirías poco y de golpe me invadió una gran ternura hacia ti. Después, después... ¿recuerdas tú después? Fui tu enfermera, ¡qué días felices aquellos! Cuanto más triste te veía más afanábame yo en divertirte y hacerte reír, cosa que lograba con grandes trabajos, porque tú eras muy irritable y descontentadizo. Según los médicos padecías no sé qué trastornos nerviosos; a la menor cosa me tirabas con los juguetes. Irritable, sí, pero en el fondo buen corazón; al verme lagrimear, toda triste y pesarosa, me atraías cariñosamente hacia ti y si yo lloraba, llorabas tú también.

Se detuvo, entornando los ojos como hacen algunas personas para recordar, y luego prosiguió:

—Lo que no puedo precisar es cuándo me enamoré de ti; yo creo que siempre lo estuve. Si me decían que era linda, me alegraba por mi Julio; si procuraba ser elegante y mona, era para seducirte; y si me sentí dichosa cuando me *subieron el moño* y me llevaron al primer baile, fue porque me dije: "ahora ya soy una señorita y puedo, cuando le parezca, casarme con él".

XVI

Gustando la miel de los recuerdos gratos hablaba, hablaba mientras Guzmán, con la seriedad del artista absorbido en su obra, la cubría de violetas. Tenía la canasta a la mano, y sin levantarse iba cogiendo los ramilletes y poniéndolos con pere-

grino arte en la cabeza, sobre el busto y en el cuello de su amada.

De vez en cuando echábase hacia atrás para estudiar el efecto, y luego inclinándose lentamente sobre la gran taciturna, depositaba en su rosada oreja un beso largo, largo... Ella sentía voluptuoso escalofrío, entornaba los ojos y muy grave devolvíale el beso.

—¡Alma!...

—¡Vida!...

XVII

—¿Recuerdas aquella noche? tú estabas enfermo, no podías bailar y me seguías con la vista tristemente, tal vez con un poco de celitos. Desde el principio tuve el *carnet* lleno, y yo que entré al baile con un temor horroroso de *planchar*... No perdí pieza; los mozos me asaltaban pidiéndome los *intermedios;* a la hora de haber entrado tampoco tenía intermedios... La señora de la casa me abrumó de atenciones, los viejos graves lo mismo, en fin, un triunfo que te hizo pasar un mal rato, y ¿lo creerás? yo gozaba de verte triste; sabía que era por mí y eso me llenaba de felicidad y orgullo.

"Cuando estuvimos solos en el comedor de casa me dije: Yo tengo la culpa de esa tristeza y yo debo disiparla".

—"¿Qué tienes? —te pregunté. Vacilaste un poco y luego respondiste:

"—Pienso que pronto nos abandonarás; todos gustan de ti.

"—¿Y eso te apena?

"—Sí...; ¿no lo sabes tú?

"Los corredores estaban oscuros, una sola luz

de la araña iluminaba a medias el comedor y sus reflejos pálidos herían el juego de plata del té, ya servido. Yo me veía en el espejo blanca, blanca como una muerta.

"—Quieres que te diga una cosa? —repuse acercándome. Tú me mirabas con los ojos muy abiertos—. Pues bueno —proseguí—, si tú no me abandonas, yo nunca te abandonaré.

"Como sin fuerzas te dejaste caer en el sofá, al mismo tiempo que me agarrabas las manos y me las cubrías de besos y lágrimas. ¿Y yo qué sentí entonces? ¡ah! no pude verte llorar; a mi vez lloré, y con toda imprudencia te cubrí de besos las mejillas, los ojos, los labios... Siempre me ha sucedido igual; tus sufrimientos me vuelven loca, ¡loca de amor y de dolor!"

—*¡O vase de tristesse, ô grande taciturne!* —repitió él besándola lánguida y dulcemente.

—Desde aquel día fui tuya, tuya, tuya... Y lo que más me ataba a ti era ¡cosa singular! la conciencia de que podías *perderme.*

"Ese terrible y angustioso miedo me atraía, como el negro abismo atrae al miedoso. Una vez que subimos a la torre de la Catedral con tus hermanas, sentí mirando hacia abajo, lo que sentía muchas veces mientras pensaba en tus ojos, en tu manera de reír y en tus palabritas de miel, miedo e irresistible atracción. Pero tú me abandonaste, y entonces..." —y recordó con tristeza la ingratitud de Julio, enamorado de otra, y el casamiento de ella con el pretendiente a que menos se inclinaba, el Sr. Casares, hombre de cierta edad, viudo y padre de una joven poco menos que la nueva esposa: Cora.

XVIII

Julio la había deshecho el peinado y tejido en la soberbia mata de pelo una guirnalda de flores.

—No te menees... —exclamó de pronto, y alejándose hacia la alcoba, trajo una tela blanca y la envolvió con ella, imitando los pliegos de un peplo.

—¡Una vestal! —dijo con apagada voz, abrazándola.

Ella se abandonó a él lánguidamente y sus bocas ávidas se unieron. Cuando el aliento cálido de Julio le acariciaba el rostro, creía Sara morir; la flaqueaban las piernas y acabábasele la apresurada respiración. A veces sentía un frío muy extraño, que la helaba la columna vertebral, y otras veces estremecimientos y cosquilleos, que la recorrían toda la piel.

—¡Vida!...

—¡Alma!...

Murmuraban, y sus labios volvían a unirse, sedientos de la sed insaciable del amor.

En aquel instante la sirviente cerró las persianas por la parte de afuera y las sombras invadieron el estudio, haciendo que los objetos crecieran, medrasen o cambiaran de forma misteriosamente. Las máscaras japonesas trocaban sus visajes horribles en risas lúbricas de sátiros; el Fauno de los platillos, parecía de veras danzar su licencioso baile; las carnes de los desnudos palpitaban, y las figuras de los cuadros y tapices no se diría sino que iban a echar a andar, tanta animación adquirían en la semi obscuridad engañadora. En la sombra las violetas y jazmines exhalaban sus más penetrantes olores.

Sara sentíase desfallecer, los besos prolongados y sonoros en el pabellón tierno y sensible de las sonrosadas orejas, estremecíanla y le llenaban los oídos

de músicas inefables, de melodías celestes, que llegaban a producirle desmayos y espasmos voluptuosos.

—Me muero —balbuceó por último sin corresponder ya a las apasionadas caricias que recibía—, me muero —repitió, escondiendo la cabeza en el pecho de Julio, para huir de los besos que le producían tanto mal y tanto bien. Pero él, poseído de la locura erótica, orgulloso de sentirla desfallecer de deseos, orgulloso de producir aquella voluptuosidad que mataba, deseando tal vez que muriese entre sus brazos, siguió prodigándole enervadoras caricias, enloquecido de verla oscilar entre la vida y la muerte, como la luz de la vela que se sopla, y tiembla próxima a extinguirse y otro soplo puede matar... Y así, ella temblando y él vertiéndole con sus besos en los oídos el filtro venenoso del amor, atravesaron la sala como dos espectros, caminando lentamente, lentamente, lentamente...

XIX

—Hoy podré acompañarte todo el día; dije en casa que iba a Colón.

Habían almorzado juntos y se sentían muy satisfechos y alegres.

—Pues entonces trabajaremos; tengo una nueva obra para ti, las *Cartas amatorias* de Mariana Alcofurado, la célebre monja portuguesa. ¿La obra no te gustó?

—¿Cuál, el *Triunfo de la muerte?*... así, así; yo no entiendo el amor de esa manera.

—Tú eres una alma blanca, ves solamente el lado bueno y generoso del amor, pero tiene otros... A mí siendo humano no me repugna ninguno; todos despiertan mi curiosidad, y estudiándolos en su

esencia y sin prevenciones, comprendo que son *igualmente legítimos.*

Sara guardó silencio; había algo en las ideas de Guzmán que lastimaban las suyas. El abrió *L'instinte sexuel chez l'homme et chez les animaux,* de Tillier, y se puso a copiar en un cuaderno de notas los pasajes que tenía señalados. Con todas las obras de su nutrida biblioteca y las que fue adquiriendo, que directa o indirectamente trataban del amor, había hecho lo mismo; los cuadernos pasaban de diez y aún le parecía insuficiente el material de observaciones para la base de su tratado, y por eso buscaba afanosamente en las historias a lo Tácito, en las novelas de todas las épocas, en las confesiones de las cortesanas y amorosas de todos los tiempos, y en las sutiles páginas de los místicos o de los psicólogos, algo que pudiera darle alguna luz, marcarle un rumbo o sugerirle una idea.

Mientras se atareaba en labor tan ímproba y dura, para otro cualquiera que no sintiese con la fuerza que él, el gozo de investigar, hacía sus apuntes y analizaba la propia experiencia, campo de estudio nada medrado, ni estéril en complejos sentimientos.

Junto al escritorio, en una biblioteca giratoria, tenía las obras que había leído y anotado y que a las veces tornaba a consultar; hacinamiento de libros de lectura e índole muy diversa, unos ideales y levantados, otros materiales y torpes, cuando no sucios y perversos. Todas las grandezas y todas las abominaciones del amor, estaban estudiadas allí, en forma poética o prosaica, en estilo épico, brioso y entusiasta, o a la manera científica, fría, minuciosa y razonadamente. Las pasiones sutilizadas hasta el misticismo, y las pasiones materializadas hasta la depravación, tenían sus virtuosos. Y Guzmán leía las tales obras con el mismo respeto y la misma frialdad, sin entusiasmarse ni indignarse. Para él

los pasmos amorosos de Santa Teresa y las monstruosidades de Gilles de Ratz, eran curiosidades igualmente preciosas; al través de estas tinieblas o de aquellas inmaculadas blancuras del alma, creía descubrir la misma necesidad de sufrimiento y anhelos de un *más allá* angustioso que sienten los enfermos de amor.

—Sí —decíase Guzmán— tiene razón Barbey d'Aurevilly: "las palabras diabólico y divino, aplicadas a la intensidad de los goces, expresan una misma cosa, es decir, sensaciones que llegan a lo sobrenatural".

XX

Guzmán encendió su pipa, echó una gran bocanada de espeso humo y dijo, cerrando el libro que leía:

—La historia de amor es casi, casi la historia del alma humana. Cuando se ha amado las cosas toman un sentido singular, las ideas se modifican y hasta el físico parece sufrir ciertos cambios: los ojos brillan de inteligencia y la boca sonríe con muy otra expresión que antes. Esto no tiene nada de sutil; las mujeres que no han sentido las dulzuras del amor son fáciles de conocer por su sequedad, por no sé qué cosa árida, extraña al feminismo, opuesta a él; e igual los hombres: son duros, viven llenos de sordas irritaciones que no se explican, y su conducta parece como que no tiene carácter *humano;* pero experimentan una vez la amorosa pasión y sus ideas y creencias se *humanizan,* quedando además como coloreadas por la clase de pasión que han sentido. No hay ningún otro sentimiento que penetre tan hondo, tenga tantas graduaciones y sea tan complicado; sus

raíces se extienden por los demás afectos y por milagroso modo los crea y a la vez se nutre de los mismos; en el fondo sólo él vive.

Hizo un gesto de fatiga y prosiguió:

—¡Vaya al diablo! a pesar de todos mis trabajos no podré dar ni mediana idea de su naturaleza, tan complicada, tan misteriosa. Todos los días modifico mi concepción; miles de detalles me lo presentan bajo los aspectos inesperados, y cada nueva obra que leo me sorprende con observaciones que yo no he tenido la fortuna de hacer. Aquí tienes ésta —continuó, sacando de la biblioteca un folleto pequeño;— es de *acá y sin embargo* le daré un puesto entre mis libros, gracias a esta observación peregrina, que me sugiere no pocas ideas y explica algunos fenómenos.

Cuando Julio estaba alegre volvíase muy comunicativo con su amante; entonces hablaba, hablaba sin cesar, hasta que el menor signo de cansancio de aquélla, le hacía decirse: "he hablado más de lo que está bien", y a punto seguido callaba, guardando por largo rato hostil silencio.

"Sí, la podredumbre de aquel hombre, antes tan sano y fuerte, y ahora despreciable, vil y abyecto, —leyó en voz alta— *era obra suya,* y este sentimiento elaboraba en su alma femenina ternuras inauditas e inclinación amorosa, explicable tan solo considerando que, acaso las mujeres, *experimentan la necesidad de amar especialmente a los hombres que destruyen*".

XXI

Guzmán meditó un momento y luego dijo:

—Justo y bien expresado. Reconozco en el autor una criatura de mi patria espiritual. Tiene su *ma-*

nera cierto ímpetu, cierto sabor extraño que seduce: acción sugestiva, rápida —parece que quisiera al fin de cada capítulo, provocar una serie de reflexiones, de pensamientos— y finezas de dicción, símiles y tropos rebuscados, extravangantes a primera vista, pero precisos y no desprovistos de encanto si se miran atentamente, escucha: ..."hacia aquella parte el cielo tenía esos colores desmayados y enfermos de las piedras que *mueren;* el verde resplandecía con el *fuego* de los diamantes del Brasil; sobre las franjas grises del horizonte los objetos se destacaban borrosamente, como sobre el viejo metal de un espejo etrusco", términos felizmente aplicados y que me hacen el efecto de joyitas peregrinas. Otras veces la hermosura nace de la valentía y sequedad de la expresión: "borracho, con los ojos fijos y sin luz como los de un pez muerto; reía y reía como un demente trágico; irritado o poseído tal vez de la grandeza de su destino negro y adverso; nubes negras como negros crespones enlutaron el cielo..." sí, sí, cierta novedad avalora estas imágenes y figuras, cosa que tiene más importancia que parece: quien varía la forma, produce sensaciones nuevas. Un monaguillo crítico, cuyo gusto en literatura y... en todo, es muy conocido y justamente apreciado, asegura como la novelita ésta no tiene novedad ninguna, que es poco más o menos lo que han hecho los demás escritores del país, por ejemplo —la intención se trasluce— él con sus cuentos vulgares e insultos; él frases de éstas: "las ardientes lenguas de fuego consumían, consumían como las lenguas amorosas de las amantes..." ¡pobre *pistolo!* como les dicen en España los veteranos a los quintos. El valor que hace falta para no velar la bella desnudez de una frase, es compañero siempre de la sinceridad artística y no lo tienen nunca los mojigatos ni los mendicantes de la literatura.

Repentino disgusto oscureció el rostro de Sara.

—No te place lo que digo? —preguntóle él frunciendo el ceño.

—¿Para qué negártelo? no; no puedo comprender que haya hermosura en una expresión tan torpe ¡que sea una cosa a un mismo tiempo mala y linda! Perdona si digo algún despropósito, ¡pero me parece tan claro!...

—Las claridades en arte suelen ser las tonterías —replicó él con un poco de dureza—. Voy a mostrarte cómo una cosa puede ser, a un mismo tiempo, linda y mala.

Y dirigiéndose a la vitrina que tenía más cerca, cogió un sello antiguo, cuyo mango de marfil lo formaba un grupo mitológico de una obscenidad repugnante.

—Para nosotros los *curiosos,* esto es una preciosidad artística, nada más, porque la hermosura de la línea, la verdad de los gestos, la armonía del conjunto nos embarga el ánimo, nos absorbe y no vemos otra cosa que la belleza; lo feo del asunto desaparece, muere o se presenta al espíritu en tan último término que no sólo no lo perturba, sino que ni lo distrae siquiera. Pues bien, hay frases que son para mí lo que esta joya; para otros suciedades no más: ¿quien interpreta con más elevación?

Dijo lo que antecede con acento seco, recalcando las palabras.

La taciturna inclinó la cabeza sobre el libro para que Guzmán no viera sus ojos llenos de lágrimas. "¿Hay algo en mí que le es profundamente antipático, pensaba; me alcanzará también su inquina feroz al vulgarismo? ¿por qué se irrita? ¿por qué es tan mordaz cuando censura? ¿será que su alma esté llena de rencor contra... contra todos?"

Guzmán tornó a sentarse, estaba un poco pálido y su rostro expresaba la sorda irritación del que

siente que un suceso inoportuno le ha aguado la fiesta. Observó a su amante y después, adivinando acaso lo que ésta pensaba, díjose lo que se había dicho ya otras veces en parecidas circunstancias:

"He ahí la burguesa; fuera del amor ella también es una enemiga, para mí", y sonrió amarga e irónicamente.

XXII

Desde el momento en que Cora fue la prometida de Guzmán, subieron de punto sus encantos. La joven transformóse en mujer; se hizo más coqueta, más elegante, más femenina; sus miradas parecían acariciar; la voz, antes incolora, adquirió el timbre pastoso, caliente de las mujeres que han amado y han inspirado pasiones amorosas; sonreía a cosas invisibles, adoptaba por instinto de agradar, posturas lánguidas; y su rostro de líneas puras, pero inexpresivo, quedó como crispado por la virtud de un sentimiento absorbente, único, espiritualizándose hasta expresar la curiosidad de la vida y la espera alegre e inquieta de las promesas del amor.

XXIII

En el ángulo más oscuro de la sala, en la sombra misteriosa se decían todas las noches los novios las mismas palabras de miel. Ni fatiga ni aburrimiento; él hablaba generalmente, y ella lo oía con atenta curiosidad, jugando con el abanico o deshojando una flor. A veces la taciturna sentábase al piano, y entonces los prometidos permanecían silenciosos, exa-

minándose atentamente. En esos casos Julio, sin querer y hasta con viva repugnancia, poníase a analizar sus sentimientos hacia aquella criatura, que él amaba y a la que sin embargo, seguían engañando de una manera alevosa. En medio de la amargura y disgusto que le producían los crueles análisis del propio corazón, llegó a sospechar que en el fondo de su afecto hacia Cora, sólo existía el cariño de sí mismo, y que lo que avivaba la llama era algo así como una piedad monstruosa, nacida de la idea más o menos difusa, de que la niña bella y angelical, rica y feliz iba a ser su víctima, una cosa sacrificada a su existencia, e infinita ternura dilatábale el pecho y le humedecía los ojos.

Mareado por estas blanduras sentimentales, que desde algún tiempo a aquella parte lo invadían a menudo, acariciaba con miedo la idea de purificarse, confesándoselo todo a Cora. "Eso me haría un gran bien, se decía, librar al alma de los atormentadores remordimientos; romper valientemente con el triste y vergonzoso pasado; ser un hombre nuevo, un hombre amante y amable; reconciliarme *con los otros*"... Pero pasada el aura sentimental, la razón y la lógica, ponían las cosas en su punto y él tornaba a ser la criatura sujeta a su destino e impotente para torcerlo; la débil criatura humana, gimiendo bajo el pie de la implacable realidad.

XXIV

A pesar de todo la idea de la confesión lo obcecaba y perseguía sin descanso, convirtiéndose en un verdadero tormento. "Si osara confesar mis culpas ahora mismo", decíase estando junto a ella, y el corazón le latía dentro del pecho apresurada y

desacompasadamente, poníase pálido, muy pálido y todo anheloso, como si estuviera pasando por el duro trance, se veía a los pies de Cora, hablándole con el fuego y la elocuencia de la sinceridad, mientras ella lo escuchaba llena de asombro e indignación, pero dispuesta a perdonarlo.

—¿Qué tienes? —preguntábale ella, observando su palidez.

—Nada, nada —respondía Guzmán volviendo en sí; y secándose el sudor frío que le corría por la frente, agregaba sin poder disimular su turbación.

—Tontunas, cosas de poeta.

De regreso a su casa, lejos de Sara la *idea* lo perseguía menos. "Imposible... mi existencia está unida a la de Sara, su carne con mi carne, siento que es como un órgano principal de mi cuerpo y no concibo la vida sin mi pobre taciturna. ¡Traicionarla! sería cruel e infame, y por qué, por qué la había de traicionar? eso nunca... Pero por otra parte, vivir en la mentira siempre, siempre; no poder arrancarme de aquí este come, come"... y suspiraba y sacudía la cabeza, procurando pensar en otros asuntos.

Llegaba a su domicilio, vacilaba un momento y sin poder libertarse de la duda, la gran *inquisidora* de almas, seguía adelante por las calles desiertas. "Si sobreviniera algún conflicto que aclarara las cosas, ¡ah! lo deseo, lo deseo, aunque el aplastado sea yo", repetíase próximo a desesperar.

El paso de un transeúnte, las voces aguardentosas, que salían de los sucios bodegones, el ruido de una puerta que se cierra, lo distraían. Un poco más adelante la *idea* tornaba a tentarlo. "¿Y si hablara, qué sucedería? ¿está lo suficientemente enamorada para perdonarme? en cuanto a eso... ¡Ah, si el pasado no existiera, si yo fuese libre!" Y de un modo vago y confuso sentía que Cora representaba para él

la esperanza, la vida nueva y la reconciliación con la vida y que su ser entero la buscaba instintiva y resueltamente, como los animales buscan lo que mejora su existencia.

Dilatábansele los pulmones, respiraba mejor y lo invadía grato bienestar... que duraba diez minutos, veinte, hasta que de golpe, como una figura blanca en las tinieblas de un cuadro fantástico, aparecíasele la imagen de la taciturna, los grandes y tristes ojos llenos de lágrimas e interrogaciones, y los labios contraídos por un gesto de dolor.

El extraño volvía a suspirar y a sacudir la atormentada cabeza, y continuaba su paseo, pronunciando en voz alta frases incoherentes.

XXV

Viéndola caminar hacia el abismo, tan inocente de todo, tan risueña y llena de confianza, sentía él, no ya el deseo, sino el ansioso temor de caer de rodillas y confesarle sus infames proyectos. Violentándose mucho, haciendo esfuerzos sobrehumanos, lograba permanecer en su silla, aunque muy intranquilo y nervioso.

"Si no hablo caeré enfermo", asegurábase todas las noches al salir.

XXVI

Después de haber visitado en su alcoba a Sara, que estaba un poco indispuesta, sentáronse los novios en el sitio de costumbre. El tocador los separaba del dormitorio de la taciturna, las puertas quedaron abiertas.

Guzmán quitóse la orquídea del ojal y sonriendo débilmente se la dio a su prometida. Estaba más pálido y ojeroso que otros días. Cora lo examinó un momento y dijo:

—Hace tiempo que noto no sé qué en tí; tú tienes algo...

Guzmán guardó silencio.

—¿Por qué no me lo dices, es cosa que no puedo saber yo?

—¡Si tú supieras!... pero imposible, cómo confesarte que... ¡imposible, imposible!

Cora se puso muy grave; cuando hablaba de cosas serias parecía una vieja de cincuenta años por lo sesuda y reposada.

—Tú tienes secretos para mí y no debías tenerlos. ¿Es tan malo eso que me ocultas?

El la miró entornando los ojos y dijo con voz apagada y lenta:

—Sí; muy malo; tú después de saberlo, no podrías perdonarme y entonces... no conoces las flaquezas humanas y por eso mismo tienes que ser doblemente severa.

Cora reflexionó un momento.

—Me crees más niña de lo que en realidad soy... y después de todo, no oponiéndose a mi felicidad, qué puede importarme lo que tú me digas.

—Es que... puede oponerse. Si tú perdonas, si tú olvidas, no; pero si no puedes perdonar...

Ella sintió un frío tan intenso que le pareció que se le helaba la sangre en las venas. Con mucho trabajo pudo preguntarle:

—¿No me quieres ya?

—Más que nunca.

—Y bien, yo perdonaré —repuso, sintiendo que la vida le volvía al cuerpo.

—¿Todo, todo?...

—Sí; todo.

Nervioso temblor agitaba las manos de Julio; los objetos y muebles empezaron a rodarle por delante de los ojos. En lugar de una veía mil lámparas, y los gatos negros que adornaban la pantalla de papel rizado, multiplicándose maravillosamente, se le aparecían corriendo furiosas carreras por las paredes.

—No me siento bien —exclamó tapándose el rostro.

—Las manos te arden; qué tienes, ¡Dios mío!

—No hables fuerte, ya pasará; es un poco de angustia, un no sé qué — y mirándola fijamente agregó:

—¿Y si yo hubiese querido engañarte alevosamente para ocultar con tu amor otro amor ilegítimo, sí, ilegítimo?...

Al decirlo temblaba de miedo que ella pudiera adivinar, y a la vez sentía extraño gozo repitiendo aquellas palabras que podían muy bien producir una catástrofe.

El espanto crispó la cara de la joven.

—¡Tú!...

—Sí, yo, yo mismo.

—¿Entonces no me amabas? —repuso palideciendo de nuevo.

—Justo; no te amaba; pero si te amase ahora, perdonarías?

Cora no contestó. Él hizo una mueca de desaliento.

—Ves, tú no perdonarás.

Era tanta su tristeza que Cora se apresuró a decir:

—Sí, perdonaré.

Una sonrisa de incredulidad entreabrió los labios de Julio, palidísimos y secos; sus miradas inquietas eran las de un loco.

—Es que tú no puedes aquilatar la magnitud de mi ofensa; yo te he ofendido profunda e infame-

mente, y ¡ay! no sólo a tí, sino también a la persona que te es más querida. ¿Cómo? no puedo decírtelo, de mi boca no lo oirás nunca, bástete saber que los móviles que me acercaban a tí eran ruines e interesados, pero el amor ha querido burlarse de mis intentos haciendo que ame con toda el alma a la que pretendía engañar, haciendo que viva únicamente para tí —y sin darse exacta cuenta de sus actos, cayó de rodillas pronunciando como en sueños las mismas palabras que temía salieran involuntariamente de su boca—. Yo he sido un infame, pero no quiero serlo más, escucha.

XXVII

Con el rostro entre las manos, oía Cora las palabras de Julio. Este, sintiendo la dolorosa voluptuosidad de rebajarse y exagerar las culpas, que crea a veces el arrepentimiento, le descubría, entre protestas de cariño, las perversidades que había acariciado.

—Sí, sí —agregó por último mientras ella lloraba sus ilusiones perdidas;— yo pensé engañarte, sacrificarte, pero era cuando no sentía por tí el amor que siento ahora, amor purísimo que me inspira el ansia de sufrir para purificarme y el deseo de lavar con lágrimas humildes las heridas con que he ensangrentado tu corazón inocente. Yo quisiera tener por cada dolor que te causo, mil dolores más grandes, yo quisiera recibir castigos, purgar mis faltas, por eso pongo el látigo en tus manos, castígame, pero no dejes de quererme, porque, no lo dudes, yo no soy peor que los otros. El despecho de los vencidos, la soberbia intelectual, la enconada irritación de los solitarios han desviado sin duda mis ideas del

sentido recto; después los estudios, los análisis desencantadores... Mi maldad es acaso el fruto dañino del árbol del saber, no flor maldita del alma; de otra manera no sentiría estos anhelos de purificación que refrescan y mejoran y me hacen buscarte, porque sé que a tu lado mi corazón se ensancha, lo bueno que aún hay en mí surge y me siento con fuerzas para convertirme en una criatura como las otras. Y tú, Cora, no me puedes abandonar en esta crisis que decidirá de mi vida; sería arrojarle un arma al que está desesperado; exígeme los sacrificios que quieras, pero no me niegues tu perdón, piensa que mis faltas, mis antiguos amores han sido extravíos no más, y que lo único grande, verdadero y que ha echado raíces en mi alma es el amor que me inspiras tú.

En la pieza inmediata oyóse un grito estridente y el ruido sordo de un cuerpo que cae al suelo. Los novios miráronse estupefactos, y luego con la mortal angustia que nos sobrecoge cuando presentimos, sin saber por qué, una gran desgracia, franquearon la puerta del tocador.

Sara, la pobre taciturna, yacía en tierra, rígida, los dientes apretados, las manos crispadas sobre el desnudo pecho, como si hubiera querido arrancarse el medallón con el retrato de Guzmán que llevaba colgado y que Cora no pudo menos de ver.

—¡Es ella!... ¡ah! —exclamó retrocediendo espantada ante Guzmán.

Él, presa de invencible estupor, no supo qué hacer ni qué decir y permaneció inmóvil, completamente agotado por el derroche de sentimentalismo que había hecho. Sentía en vez de pena cólera, enojo y una sensación rarísima de aridez y vacío de alma, que le quitaba las fuerzas para experimentar el más pequeño dolor.

Así estuvo algún tiempo. "Debía ponerle algo debajo de la cabeza, ¿pero eso me corresponde a mí?", preguntóse, "y qué pálida está, parece muerta", se dijo después y agitado por repentino e inexplicable miedo, giró sobre los talones y cogió sus guantes, que estaban sobre el piano, junto a un libro de música: *Gli Ugonotti* leyó en la tapa llena de alegorías de la ópera, y en medio del desorden y confusión de sus ideas representóse con asombrosa nitidez la escena culminante del final, cuando Raúl salta por la ventana.

En la escalera encontró al Sr. Casares.

—Su señora está algo indispuesta —le dijo sin detenerse y con tan regocijada expresión que el marido burlado no supo qué contestar.

XVIII

A pesar de la llovizna finísima que humedecía las calles, Julio avanzaba con el sombrero quitado.

—En sus ojos he leído la repugnancia y el desprecio —exclamó parándose.

Un hombre que pasaba se detuvo para mirarlo.

"¿Por qué me mira ese estúpido? quizá he hablado fuerte", se dijo, siguiendo su camino.

Andaba como si sintiera mucha fatiga y escupiendo a cada paso para quitarse el amargor feísimo que le subía del estómago a la boca.

—Todo concluído, irremediablemente concluído —murmuró después de llegar a su casa, prendiendo las numerosas luces del estudio. No sabía bien si deseaba ver algo, pero sabía que la claridad le era necesaria.

Sirvióse una copa de ron y encendió su pipa. Aunque le pareciera ilógico no experimentaba en

aquel instante ni dolores ni angustias; el *conflicto* se había producido y él se encontraba en ese estado de ánimo, que dura un segundo, del que cae de una altura y al llegar al suelo, aunque se haya hecho mucho mal, no puede menos de decirse con cierto gozo, *al fin*; sólo que este sentimiento fugitivo era duradero en él.

Sentía el cansancio que producen las grandes emociones, la frialdad que sucede a las lágrimas y a los desates de la pasión, la insensibilidad y decaimiento en que nos dejan los sucesos que deciden de nuestra vida y contra los cuales nos sentimos tan impotentes que no nos atrevemos a intentar cosa alguna.

Bostezaba a menudo y no tenía pizca de sueño. Y ¡cosa singular! lo que le mortificaba seriamente era un detalle baladí: la sonrisa estúpida con que le había dicho al esposo burlado: "su señora está algo indispuesta".

—¿Qué pensará? —preguntábase, temiendo parecer tonto o ridículo al que tenía razones sobradas para formarse de él, el peor concepto.

El tal detalle lo irritaba más que todas sus culpas.

Por lo demás, aunque se sintiese profundamente descontento y disgustado de su conducta, no pensó ni una vez siquiera en justificarse a los ojos de las víctimas. Consideraba que *aquello* no tenía enmienda posible. Por otra parte la *conquistada* y la *sacrificada,* perdiendo el carácter de tales se habían desvanecido, y su amor hacia ellas también, porque él las amaba porque lo amaban; o más bien dicho, amábase en la pasión que había sabido inspirar a las dos mujeres.

La grande ternura que lo invadía junto a la candorosa joven; la piedad inmensa que se apoderaba de él acariciando la cabellera de ébano de su amante,

eran sentimientos de complejísima elaboración, que la gratitud del egoísmo y algo así como el amor perverso que inspira a los sodomitas el mal que causan, contribuían principalmente a formar en los abismos de aquella alma esterilizada por las pasiones puramente intelectuales y los análisis crueles, que enferman el espíritu y ulceran el corazón.

"Todo está concluído y yo completamente agotado", pensó atareándose en analizar el enervamiento en que se encontraba. "Siento un poco de vergüenza, algún escozor de la vanidad herida, despecho... en resumen nada. ¿Qué clase de criatura soy yo? ¿y ahora qué será de mí?"

Esta pregunta repitiósela veinte veces, plantándose delante de todos los espejos. Después abstraído y con las cejas enarcadas, vagó un rato por la espaciosa habitación, examinando sin ver los lienzos, las obras artísticas y los muebles.

XXIX

—¡Ah! sólo me restan mis amados cachivaches, mis poetas, mis *Zafiros* —murmuró por fin, y de súbito, ansias sin nombre y una gran lástima de sí mismo lo conmovieron suavemente. Con la fruición con que el refinado ahonda y multiplica las sensaciones que experimenta, echóse en el diván y entornó los ojos para sentir más el dolor sin dolor de la racha de sentimentalismo que lo entristecía poéticamente y le arrancaba las lágrimas negadas al dolor verdadero. Sentía oculto gozo en sufrir, en abandonarse a las penas, porque le parecía que eso demostraba que aun era rico en sentimientos, sin echar de ver que los tales sentimientos los engendraba, no el cariño de Cora y la gran taciturna, no la tristeza

de perderlas, sino el amor grande y poderoso a lo estimable que había en él, amor lleno de esperanzas e ilusiones amenazadas... porque su conducta rebajándolo a los propios ojos lo hacía sentirse más débil, más miserable, más distante de sus sueños...

"¡Sólo me restan mis poetas, mis *Zafiros;* las alegrías, los placeres, los amores acabaron para mí!" repitióse otra vez, y en un arranque de lirismo entonó con voz entrecortada, dulce y apenas perceptible las primeras frases del epílogo de Mefistófeles. En el fondo comprendía que todo aquello era falso y ridículo, pero le hacía bien, y continuaba cantando y llorando.

XXX

Pasaron dos horas.

Tranquilo ya y perfectamente dueño de sí, enfrascóse en la lectura de sus versos.

Afuera llovía si Dios tenía qué, silbaba el viento y crujían las ramas de los sacudidos árboles; a veces, en algunos leves momentos de calma, oíase también, semejando los estertores de los contrabajos en la orquesta, el murmullo poderoso del mar, cambiante siempre y siempre el mismo como las pasiones humanas.

El extraño leía con tan profunda atención que apenas respiraba. Tenía los ojos secos, los labios pálidos y sudorosa la frente de marfil. Al venir el día arrojó el cuaderno con sumo disgusto. Impresionado por los sucesos de la noche, ¡qué pueril e insignificante cosa le parecieron sus rimas! Oía aún el grito estridente, desesperado de la mujer a quien el amante traiciona y olvida... ¡Un mundo de dolor! y en los ojos tenía estampada la imagen de Cora, de la

niña cándida y pura, medio muerta de espanto al recibir de golpe, como una puñalada traidora en mitad del pecho, la revelación de la maldad y miseria de la vida... ¡Pena y angustia infinitas!

"¡Qué son mis artificiosas quejas comparándolas con esos grandes dolores! Todo este palabrerío gárrulo no dice lo que una lágrima", pensó con amargura viendo clara, patente, con verdad aplastadora, su insignificancia y su impotencia. "Grande es ese mar que gime, ese viento que ruje. Yo sólo he hecho frases: no he sufrido, no he amado... mi obra no hará palpitar los corazones ¡mísero de mí! El amor y el dolor sólo son fecundos: lo intelectual es estéril; mi existencia no tiene objeto; ¡ay! no seré nada, nada, nada"... Repitióse, y escondió la cabeza entre los brazos, ante la visión de que un hércules monstruo, un Dios potente lo zamarreaba, lo arrojaba a tierra y le ponía sin piedad la vencedora planta sobre el cuello.

. . . .

Al incorporarse díjose gravemente: "Sí, el amor y el dolor sólo son fecundos; ahora lo sé, aún soy joven y todavía"... Y la esperanza, la santa esperanza, volvió a iluminar de nuevo el rostro demacrado y afligido del miserable soñador.

EL SUEÑO DE RAPIÑA

I

Con su cajón de chucherías a cuestas y en la mano su grueso garrote, los pies metidos en groseras botas de cuero amarillo y la cabeza cubierta por un sombrero de alas verdosas y caídas como las mustias orejas de un burro cargado de penas y de años, avanzaba Rapiña por áspera y temerosa senda, precavido el pie, el ojo avizor, el oído alerta y gimiendo, aunque muy de su grado, bajo el peso del oro que en varios cintos traía oculto. Su rostro anguloso, de nariz corva y ojuelos grises, penetrantes e inquietos, adquiría desconfiada y agresiva expresión cuando algún extraño ruido asustaba a las alimañas ocultas en los espesos matorrales que flanqueaban la tortuosa senda, la senda peligrosa.

Había ladrones, ¡ah! sí, muchos ladrones, que él se figuraba codiciosos de sus monedas, ganadas sabe Dios a costa de cuántos trabajos; y por eso, lleno de temores, palpábase a cada instante los repletos cintos, como para cerciorarse de que no había sido robado; y a pesar de la angustia, al sentir el oro bajo sus temblorosos dedos, una ola de frescura le inundaba el corazón.

II

Era extranjero, turco. En Europa se había ganado la vida haciendo bailar un oso viejo al son de una vieja pandereta. En el Uruguay rodaba de estancia en estancia y de rancho en rancho, desafiando las inclemencias del tiempo y las furias de los canes,

para vender algunas baratijas, aumentar su tesoro y concluir la linda casita que, en secreto, construía en un pueblo floreciente, mientras él dormía al raso o en alguna miserable covacha. Pero estaba contento; sentíase vivir en la lucha continua y desesperada de la conquista del pan; y las privaciones, las penurias, las fatigas no hacían otra cosa que aumentar su placer, sin duda porque al gozo se mezclaba la salsa picante del dolor. Cada moneda que iba a la bolsa era una victoria... y él, como tantos otros, sentía la embriaguez de esos humildes triunfos, no tan humildes, empero, porque a veces en las rudas peleas por el oro corría la sangre, la roja sangre, y era necesario sacar el botín de guerra de debajo de los muertos... ¿Escrúpulos, dudas, remordimientos? No; su padre, su abuelo, todos habían hecho lo mismo. Por eso tampoco le pesaban sobre la conciencia las tretas y ardides condenados por la ley, de que generalmente se valía para triunfar. "Yo hago lo que hacen los otros; si pudieran, me comerían", decíase, y se quedaba tan fresco después de haber dado por oro la plata dorada. En su existencia azarosa, lo único que solía mortificarlo, aunque muy vagamente y muy de tarde en tarde, era algo así como la tristeza de no haber gozado bastante de la vida. A veces lo acometían grandes dudas, tan grandes que no sabía a punto fijo si había hecho bien o mal en sacrificarse y si le serviría de algo su sacrificio. Pero estos relámpagos de oscura melancolía duraban lo que los relámpagos verdaderos. Sus tareas y el mismo cansancio con que de noche se tiraba sobre un montón de paja, le impedían engolfarse en sutiles metafísicas, no gustaba de ellas tal vez, o por condición de su propia naturaleza y hábitos obraba y huía el pensar. Fuese lo que fuera, el caso era que luchaba desesperadamente por el

oro, y siempre, al sentirlo bajo sus temblorosos dedos, una ola de frescura le inundaba el corazón.

He ahí por qué, a pesar de todo, seguía Rapiña caminando, caminando con sus botas viejas, su garrote y su pesada caja de mercancías.

III

Cuando hizo alto era la hora incierta del crepúsculo vespertino. Oíase el rumor de los arroyos y juntamente ecos lejanos de músicas extrañas y misteriosas. Los rayos del sol oculto ya sólo coloreaban con tintas de un rojo de fuego, parte no más del horizonte; por la opuesta, por el oriente avanzaban las espesas y frías sombras. En la semi - oscuridad triste, los ruidos de la viviente naturaleza subían al cielo como una grandiosa plegaria que murmurasen miles de fieles, adoloridos por la secreta adivinación de ese no *sé qué* que muere en nosotros todas las tardes...

Rapiña tuvo frío y sintió una impresión desconocida. Apoyándose en su grueso garrote hundió la mirada en las sombras. Así estuvo un rato; luego encogióse de hombros y se internó en el salvaje monte que se veía a poco trecho del camino.

Cuando lo apartado del sitio y el solemne silencio que reinaba le devolvieron la tranquilidad, —hasta allí no llegaba sino el ladrido lejano, muy lejano de los perros— colgó el cajón en un árbol, quitóse la miserable chaqueta que había recibido de limosna, y despojándose de la molesta, pero preciosa carga de los cintos, pudo respirar libremente. Ebrio de gozo extendió la sucia prenda por el suelo y sobre ella vació los cintos, separando después cuidadosamente el oro de la plata y el cobre.

¡Cuánto había sufrido para reunir aquel resplandeciente montón, aquel montón centelleante! Pero todo lo daba por bien empleado al contemplar su oro, al acariciarlo, al hacerlo sonar hundiendo en él el rostro enrojecido por el hipo de una risa nerviosa que lo hacía sufrir por lo intensa y persistente.

—¡Ja, ja, ja! mi orito, mi querido orito; mío, sí, mío, solamente mío —repetía con voz entrecortada y muy bajo, como para que no lo oyeran las ranas, que a la muriente claridad de la luna cantaban su monótono *cri, cri, cri.* Muy satisfecho encendió su pipa de guindo y continuó hablando solo.

—La verdad es que no me puedo quejar. ¡Lindo viaje!... esto representa lo menos el doble de lo que me costó la mercancía, y aún tengo lleno el cajón... y todavía me falta visitar cuatro o seis grandes estancias. Si Dios quiere, venderé todo, y Dios ayuda al que trabaja... eso es: que otros lo tiren; yo lo guardo para, para... —y Rapiña no supo completar su pensamiento. Luego dióle dos fuertes chupadas a la pipa, y como si interiormente hubiese aclarado su idea, prosiguió— ... lo *demás* son pamplinas; yo para ti, tú para mí. Sí, orito mío, como Rapiña nadie te ha de querer. Ves, hasta las ranas te lo dicen —e interpretando a su capricho el canto de las ranas, tarareó con música alegre:

Dí, din, din, din,
¿Quién te quiere a tí?

IV

En el claro del umbroso monte, la escena del avaro cantando y haciendo correr por entre los dedos, como ágiles sierpes de brillante oro, las queridas monedas, producía extraño contraste con el poético mis-

terio que encantaba aquel recinto apartado, paisaje de ensueño en el que los rayos de plata de la luna dibujaban casual y caprichosamente entre las hojas y los troncos de los árboles hundidos en la sombra, dorsos femeninos, piernas y brazos que se enlazaban, vientres suavemente redondeados, mórbidos muslos, cabelleras locas, una fantástica visión de ninfas de carnes lucientes como el azogue y como el azogue movibles, que volteaban por el aire y por el mullido suelo, adoptando posiciones académicas, llenas de flexibilidad y gracia. Parecía cosa de encantamiento. Unas veíanse con las nimbadas cabezas hacia abajo, otras cabalgando sobre blanquísimos cisnes o echadas sobre los robustos lomos de barbudos cabrones, o en el suelo, boca arriba, voluptuosamente arqueadas, como las ondinas desperezándose en la pulida superficie de los lagos tranquilos, y todas juntas surgían de la oscuridad, formando luminosos grupos de imágenes intangibles, bellas, ilusorias. Para completar tan peregrino cuadro y acabar de enloquecer los sentidos, en la espesura los golpes de luz semejaban los alegres farolillos con que se adornan las avenidas y los árboles en las fiestas campestres, y las sombras seres deformes, monstruos apocalípticos.

Dí, din, din, din,
¿Quién te quiere a tí?

repetía entre tanto Rapiña, sin sufrir la sugestión, el mareo de aquella noche misteriosa, como un Terminus impasible contemplando una orgía de alegres bacantes. Sí; noche misteriosa. El aire tibio y fuertemente aromatizado, el murmullo rítmico del fugitivo arroyuelo, el enervante calor, todo hacía, no sé por qué desconocida virtud, más perceptible la vida *universal*, la vida ardiente de la naturaleza. Un sen-

tido *nuevo* y *singular* diríase que experimentaba sensaciones nunca percibidas por los otros. Efluvios extraños, emanaciones cálidas brotaban de la tierra húmeda, de las yemas de los árboles, del polen de las flores y de la profundidad de las aguas; y en la atmósfera se sentía que vapores y fluidos magnéticos, fuerzas vitales, —imposible decir a punto fijo qué—, circulaban y circulaban, produciendo la sensación de ansiedad y beatitud a un tiempo, de que algo había en el aire que pugnaba por materializarse y adquirir forma corpórea. Acaso eran larvas de los líquidos generadores, entidades semi-fluídicas, semi-inteligentes, que querían fijarse, utilizarse, satisfacer los deseos sexuales esparcidos por todas partes, porque todo también no parecía sino que suspiraba eróticos deseos. La voluptuosidad en que desmayaba la naturaleza era tal, que adormecía el espíritu y creaba apetitos vagos, excitaciones confusas, pero fuertes, semejantes a las que, según los cabalistas, producen los fluídos astrales y que preceden a la misteriosa formación del íncubo, que turba al monje en su ermita y a la casta virgen en su lecho... La fantasía esperaba una aparición: los duendes y los silfos de la leyenda iban a convertirse en seres reales. El aroma de las flores producía mareos, y la tibieza de la noche, la laxitud de un baño caliente: grato estado que predisponía a amar y a sentir que una simpatía armoniosa acercaba todos los seres, todas las fuerzas, fundiendo milagrosamente todos los ritmos. Primavera fecundaba con sus besos ardorosos los gérmenes y embriones de la madre tierra, y la luna riente iluminaba las fiestas nupciales, el inmenso misterio.

Dí, din, din, din,
¿Quién te quiere a tí?

canturriaba Rapiña fuera del concierto general, sin ver nada, indiferente a todo lo que no fuesen sus queridas monedas.

De pronto opaca nube ocultó la luna y el fantástico cuadro fundióse en las tinieblas.

Entonces Rapiña, por creerlos más seguros sobre sus riñones, volvió a ceñirse los pesados cintos y a poco se durmió con el brillo del precioso metal en la retina de sus ojos grises.

V

Y durmiendo soñó que después de mucho caminar, caminar y caminar, llegaba a un magnífico y estupendo palacio, obra de peregrino y armonioso concierto de todas las arquitecturas y todos los decorados: la pesadez egipcia y la esbeltez griega, las místicas ojivas de los hijos de Cristo y las sensuales curvas de los fieles de Mahoma, los severos torreones de los castillos feudales y los frívolos miradores del estilo pintoresco... todo en una pieza y misteriosamente combinado por inmortal arquitecto. Lo curioso del caso era que él veía sin extrañeza y sin perder ni uno solo de sus más complicados detalles, cosas que jamás había visto.

Jardines de cientos de leguas, siempre floridos y donde se daban todos los árboles y frutos del Edén, extendíanse al pie del colosal palacio, que a pesar de sus grandes dimensiones, sólo tenía dos puertas, una al oriente y otra al occidente, resguardadas ambas por una esfinge de terrible e impenetrable gesto. Al entrar sintió Rapiña que se le dilataban los pulmones, respirando el aire rico en oxígeno y fecundos gérmenes de vida, y que sus sentidos excitados por desconocidas sensaciones, parecían despertar de un

largo sueño. Tuvo la alegre sorpresa que se experimenta al recibir de lleno la luz después de haber estado largo tiempo en un claustro sombrío. ¡Ah! ¡qué puro era aquel aire y qué hermoso y bueno el sol! De contento se puso a bailar, pero repentinamente se detuvo, y un grito, mezcla de alegría y estupor, se escapó de sus labios. Las calles de los encantados jardines contenían grano de oro —hasta en sueños lo perseguía la fiebre del oro—. Cientos y cientos de trabajadores se afanaban en amontonarlo, entre tanto que algunos paseando lo pisaban indiferentemente. Eran viejos decrépitos o jóvenes demacrados, comidos por los insomnios y los vicios.

La risa que alegraba el rostro de Rapiña huyó para no volver; púsose muy grave, profunda arruga le plegó la nudosa frente y le entraron furiosos deseos de juntar oro, mucho oro. Para el caso construyóse con ramas secas un cesto tan grande como le fue posible, y a punto seguido atareóse en llenarlo. Cuanto más oro acumulaba, más pesado se le hacía el cesto y más difícil le era cargar con él; pero Rapiña no se daba cuenta de ello y seguía impertérrito en su tarea, cada vez más fatigado y cargándose cada vez más.

Transcurría el tiempo... como en la realidad, exactamente como en la realidad. Absorto en aquel trabajo rudo, no echaba de ver la hermosura del paisaje, ni las parejas de enamorados, los cuales huyendo de la luz se escondían en las silenciosas florestas, ni tampoco los grupos de mancebos y bellas que cantando y coronados de fragantes flores, pasaban junto a él como imágenes risueñas de la vida feliz. No percibía tampoco el olor de las rosas, ni oía el melodioso murmullo de las fuentes, ni el canto de los sabiás, que entre las ramas elevaban a porfía sus difíciles trinos, mientras las requeridas hembras se posaban orgullosamente en la copa de los árbo-

les... Trabajaba, trabajaba y trabajaba. Sólo allá, cuando se sintió medio muerto de fatiga, sentóse al pie de un árbol, y secándose el sudor de la innoble frente, contempló deslumbrado, al través de las múltiples ventanas y vidrieras del palacio, la interminable orgía que alegraba los fastuosos salones.

VI

Ni en sueños había visto riqueza igual, y sin embargo el oro de las molduras y capiteles, la pedrería y las perlas orientales que recamaban los complicados cortinajes; los históricos tapices de múltiples colores, los muebles ricos y caprichosos, los bizantinos mosaicos del techo, las taraceas árabes y las filigranas florentinas; la profusión, en fin, de estatuas y jarrones de alabastro y mármol, y vasos y ánforas de los más peregrinos pórfidos y ónices, no desconcertaron tanto a Rapiña como los gritos de placer y apasionadas canciones que ensalzaban el amor, el triunfo, la gloria, y al son de los cuales, formando caprichosos grupos, dignos de los lienzos de Rubens o Pablo Veronés, bailaban y al mismo tiempo bebían en riquísimas copas de labrado cristal de Bohemia y Venecia, ardorosos mancebos y mujeres amables, sonrientes, bellas y felices... Sobre todo las frescas carnes desnudas, los blanquísimos y duros pechos, los voluptuosos muslos de piel suavísima, despertaron sus torpes sentidos, inspirándole ansias nunca experimentadas y el vehemente deseo de ir a ocupar un asiento en aquel festín, en el que parecían disfrutarse todos los placeres... pero cayendo en la cuenta de que aun le faltaba algo para llenar el cesto, sacudió la cabeza como quien

quiere desechar enojosas ideas, y suspirando profundamente, apresuróse de nuevo a recoger oro.

Las flores exhaltaban sus aromas, cantaban los pájaros y triscaban los animales alegremente, entre tanto que por el rostro de Rapiña corría el sudor.

VII

Cuando tuvo el cesto lleno, contemplólo un instante con delicia, y pensando que hasta la noche podía muy bien llenar otro pequeñito, púsose a construirlo; pero a pesar de su propósito, no le pareció bastante grande hasta que no fue mayor que el primero. Rapiña obraba, según sus hábitos, en estado de vigilia, sólo que le parecía ver más, saber más y vivir en otro mundo, porque junto a algunas cosas que veía cómo eran, observaba también otras que no tenían ninguna relación con lo existente; sin embargo *no las encontraba imposibles,* como seguramente le hubieran parecido estando despierto. Cosas de los sueños.

Descansó breves momentos; cuando se disponía a volver a su tarea, acertó a pasar junto a él, acompañado de algunas bellas, un joven cuyo rostro no le era desconocido.

—¡Diantre! ¡si es el calavera de mi sobrino! —exclamó, reconociendo en el hermoso y apuesto joven a un muchacho del pueblo, que él tenía por la criatura más inútil y despreciable, e iba a llamarlo, pero lo detuvo el temor de que acaso sería capaz el muy tronera de pedirle dinero; luego, diciéndose que con negárselo estaba todo arreglado, añadió fuerte:

—Ven, aturdido: ¿será posible que aun después de haber derrochado tu rica herencia, —esto de la herencia era pura fantasía—, pienses en diversiones? ¿no estás harto ya? Dime, ¿qué has hecho, qué haces, qué piensas hacer? ¿cuándo sentarás el juicio?

El joven se detuvo, lo examinó con impertinente curiosidad, y soltando una sonora carcajada, hizo un picaresco guiño a sus compañeras y dijo:

—¿Qué hago, qué he hecho, qué pienso hacer? ¡Ah! tío Rapiña, una sola cosa: vivir, vivir, vivir —y con gracioso desenfado sentóse en el mullido césped al mismo tiempo que sus tres compañeras, sobre el hombro de una de las cuales apoyó la cabeza, mientras que, cogiendo por el flexible talle a las otras dos, las atraía dulcemente hacia sí.

Sorprendido ante su luminosa hermosura, contemplábalas Rapiña un si no es envidiando la suerte del mancebo.

VIII

La que se colocó a la derecha del aturdido, era la más joven de las tres y sonreía siempre. Una bacante niña. De los poros de su piel delicada, bajo la cual bullía la sangre moza y rica, diríase que brotaba la salud. Toda ella causaba una sensación de frescura y encanto indecibles. Sus actitudes eran resueltas, graciosas y ágiles, los ojos grandes y de límpida mirada, la boca elástica, entreabierta siempre por inquieta y juguetona sonrisa, y la cabellera abundosa. Locos rizos le acariciaban el cuello de cisne y le caían sobre los hombros y las espaldas como lucientes chorros de oro. Cuando hablaba, la cadenciosa voz producía ese balanceo interno que

sienten los amantes del baile a los primeros compases de un vals... y la alegría le dilataba el pecho. Rapiña la miraba, la miraba...

La que el joven tenía a su izquierda era tan bella, que su vista producía mareos. Amorosamente sonreíale a su amante, y sus ojos acariciaban como la luz fuerte acaricia hasta marchitarlas, las hojas de las flores. El cuerpo, de líneas puras, aunque ligeramente voluptuosas, diríase hecho para dar la vida y llevarla después en locos deliquios a las riberas de la muerte. ¡Dios, Dios! ¡qué boca roja, roja! ¡qué piel blanca, blanca! ¡qué mirada dulce, dulce!... Rapiña la deseaba temblando.

La belleza de la tercera era tan pura, tan ideal, que más bien parecía un ángel que una mujer. Sus ojos luminosos hacían resplandecer las cosas como si, por misterioso modo, les comunicase el alma, el *fuego-espiritual* que los encendía. El gesto era noble, los ademanes armoniosos, la voz musical. Rapiña delante de ella comprendió por primera vez en su vida todo lo torpe y feo que era.

"¿De dónde salen estas criaturas que no las he visto jamás? —preguntóse Rapiña— y *por qué* las veo *ahora* y antes no las veía?"

—Puedes admirarlas a tu sabor; —acertó a decir entonces el joven— no tengo celos de ti. Estas nunca amarán a nadie tan discreto y sesudo como tú; ¡cosa rara!, ¿eh? pero es así.

"¡Qué bien habla! ¿pero es realmente mi sobrino el que habla?" —pensó Rapiña.

El aturdido continuó:

—Amarán, por el contrario, a los pródigos del corazón, a los disolutos de la propia existencia, a los pobrecillos que, por ser *ineptos para devolver lo que reciben, echan ustedes del pueblo*. Yo sé que allá me tienen en poca estima; sé que les parezco un ser inútil. Tanto mejor; los útiles suelen saber bien

poco de la vida, y yo, ya lo sabes, sólo quiero vivir: seamos inútiles, pues. Así como así, desde que he decidido no ser nada he empezado a ser dueño de todo. Soy libre como el aire y me río de ti y de los otros pobres diablos que se pasan la existencia sudando tinta para juntar un poco de oro que yo tiro a manos llenas; porque has de saber que, tan miserable como te parezco, soy inmensamente rico, sí, tengo el tesoro que no se agota nunca. Además, un loco te lo dice: el oro se ha hecho para tenerlo debajo de los pies y no encima de la cabeza.

Y este lenguaje cínico y disparatado, ¡cosa extraña! no indignaba a Rapiña. Hizo lo posible por enojarse, pero no lo pudo conseguir. "Acaso *ahora* tenga razón... en el fondo" —se dijo, porque dormido y todo comprendía, *quién sabe por qué,* que no debía juzgar las cosas por el orden vulgar y corriente.

—Escáncianos el vino —añadió el mozo dirigiéndose a la virgen de la loca cabellera; y al tiempo que Rapiña estiraba la callosa mano para coger la honda copa, agregó maliciosamente:— Pero a ti podría embriagarte el vino y apartarte de tu trabajo, no te conviene beberlo.

"Es verdad" —díjose Rapiña, y todo mohinoso retiró la mano.

Los jóvenes rieron, y sus risas limpias y vibrantes como el sonoro cristal, alegraron los jardines y bosquecillos.

IX

Rapiña, enojándose quizá porque no podía reír tan franca y alegremente, dijo de malísimo humor:

—¡Bueno estaría el mundo si todos pensaran como tú! Por supuesto, acabarás en el manicomio...

o en el hospital. Afortunadamente no todos son así. Mira tu primo Nicolás, ya ha terminado sus estudios y no necesita que nadie lo mantenga.

Las tres beldades preguntaron en coro a Rapiña:

—¿Y qué?

El quiso hacer gala de pensamientos levantados, y prosiguió:

—¡Y qué!... ha abierto su estudio de médico en el pueblo y será útil a su familia y a sus semejantes... ¡ejem, ejem!

—¿Y qué? —repitieron ellas.

—Ya lo han hecho presidente del Casino; pronto comprará una casita, acaso, acaso una estancia, y se convertirá en un personaje...

—¿Y qué? —tornaron a repetir las compañeras del joven, y como Rapiña todo confuso no supiera contestar, le soltaron la risa en las narices.

Después que cesaron de reír, el mancebo expuso lo siguiente:

—Yo... yo no quiero ser presidente del Casino ni personaje al precio de mi juventud. Eso se queda para el pobre Nicolás. Sí, pobre, porque no conocerá la alegría de ésta, ni el amor de esta otra, ni los encantos divinos de esa que está más cercana a ti.

Rapiña no comprendía.

—¡Cuando yo digo que tú acabarás en el manicomio! ¿Entonces, según tú, sólo venimos al mundo para serles agradables a estas... damiselas?

Rapiña las llamó damiselas para vengarse de la risa de las jóvenes.

—Venimos al mundo para vivir —contestó el joven gravemente.

Rapiña, todo perplejo, miraba sin pestañear al calavera de su sobrino. De pronto repuso:

—Para vivir, para vivir... ¿qué entiendes tú por vivir?

—Vivir es gozar y sufrir, vivir es amar, vivir es... ser joven eternamente.

Tan cómico le pareció todo esto a Rapiña, que no pudo menos de echarse a reír. Luego, sorprendido por las miradas despreciativas de las jóvenes, se puso serio, después volvió a reír nuevamente, y al fin articuló:

—Pero, loco ¿no piensas en lo que te espera cuando llegues a viejo?

—¡Uf! ¡la eterna y fastidiosa canción! —exclamó el joven. Se conoce, tío, que eres poco versado en la verdadera filosofía, y, ya se ve, ocupado en tus negocios, no has tenido tiempo de pensar en los intereses del alma. Eso queda para los haraganes, ¿no es cierto? Bueno. ¿Te parece razonable sacrificar la hermosa juventud para asegurarnos la fea vejez? pues a mí no. Si llego a viejo, que no lo creo ni lo deseo, pobre y todo viviré gozando al gustar la miel de los recuerdos de la edad dichosa, mientras que tú, podrido en plata, morirás de hambre de carne, de sed del alegre vino, de fiebre de deseos.

X

Rapiña se irritó.

—No quiero escucharte. Ahora sí, creo en lo que me decían todos. No tienes chispa de vergüenza o estás loco de remate. Me das compasión.

El joven, sin apurarse, bebió otra copa y repuso:

—Guárdatela para ti, pues eres tú quien la necesita. Si vieses a un cuerdo y a un loco hacer un viaje, un largo viaje, y el cuerdo se cargara de guijarros y piedras inútilmente, ¿quién creerías tú que era el verdadero loco?... ¡Abres la boca! ¿tal vez nunca has pensado en eso? ¡Ja, ja, ja! tú sí que

inspiras compasión. ¡Las riquezas! ¿qué haría con ellas? ¿sudar y gemir como tú bajo su peso? ¡Bah, bah! no las quiero; atento a los cuidados que demandan, tendría que renunciar a las caricias de mis gentiles compañeras. No, no; quiero ser loco, quiero ser inútil: amemos, riamos, cantemos, que es lo que *naturalmente*, como el rosal da rosas, debemos hacer.

Rapiña, escandalizado, respondió:

—No sé cómo he tenido paciencia para oirte, mozuelo disoluto, libertino y loco. He perdido tiempo de sobra escuchando tus desvergüenzas e insensateces. Vete y que no te vuelva a ver. En castigo de tu depravada conducta, no te dejaré ni un cobre.

Entonces se levantó la más amorosa y dulce de las tres compañeras del joven, y dirigiéndose a Rapiña, dijo rugando el ceño, lo cual realzaba su belleza...

XI

—¿Llamas disoluto, viejo egoísta, a mi amado porque me entregó su corazón? Pues sabe, hombre serio, que los pródigos de él son los que verdaderamente *viven*, y los avaros de él como tú *mueren*, y cuanto más lo son, más mueren, como las ramas de un árbol están más muertas cuanto más secas. Yo doy la vida; vivir es amar; el universo es hijo de un inmenso e inagotable amor. Se aman los animales, se aman las flores, las piedras se aman. No contraríes, pues, el único y verdadero objeto de tu vida, que es amar. ¡Qué comprensible, hermoso y bueno te parecería el mundo si amases! Asistirías a un gran espectáculo. Pero mis caricias tienen un precio, ínfimo para algunos, caro para los de tu ralea: es el *olvido de sí mismo*. ¡Ah! no eres bastante rico, a

pesar de tus millones, para pagarme; no pueden amar, infeliz; por tal razón será contigo siempre la guerra dolorosa, la guerra que nace del egoísmo y convierte en fieras a los hombres. Contempla aquel cuadro, observa lo que hacen tus iguales, las gentes de membrudos brazos y frente estrecha. A puñetazo limpio se disputan los granos de oro. Los de atrás empujan a los que han logrado ponerse delante, y éstos se revuelven furiosos para detenerlos. Aquellos que caen, ¡ay! son pisoteados sin lástima, sin compasión; nadie les tiende la mano porque nadie auxilia a un enemigo; lejos de eso, cuando uno muere, los otros prorrumpen en gritos de júbilo salvaje: hay un puesto libre, y se lanzan todos a conquistarlo como lobos hambrientos sobre la presa. ¡Qué asco! El insecto más vil, la repugnante cucaracha cumplirá su misión mejor que tú. Toma mis besos —añadió dirigiéndose al joven— y desprecia las riquezas de Rapiña: yo te haré más poderoso que lo que su oro maldito puede hacerte. *Bésame.*

Rapiña sentía una cosa extraña.

"Por qué tiemblo, por qué me turban sus palabras? ¿es posible que haya alguna verdad en lo que dice?" —se preguntó vagamente—. "¡Y es tan bella! Si yo tuviese el valor de... pero sería una locura!" —E iba a contestar algo, cuando la más risueña de las tres hermosas le atajó las palabras, diciéndole, mientras se ponía repentinamente seria...

XII

—¿Llamas, viejo estúpido, libertino a mi amado porque me adora? Pues has de saber que todos, incluso tú, viven ansiando mis favores, porque ellos prolongan la existencia. El sabio estudiando en la

oscura guardilla, el héroe que busca gloriosa muerte, el gusano que se arrastra, cuanto hacen los seres todos, es, sin saberlo, por acercarse a mí. *Reír es lo más serio que se puede hacer sobre la tierra.* Anda; si quieres ser dichoso déjate de preocupaciones y cuidados graves y bebe en mi copa... pero miserable de ti, no lo harás porque te lo impedirá el placer del oro que te he dado, y es lo menos que te podía dar, para que renunciases a todos los otros. Bebe tú, querido mío, —añadió dirigiéndose al mancebo— alégrate de ser un desheredado; yo te haré más dichoso de lo que podría hacerte todo el oro de California. *Ríe.*

"*El olvido de mí mismo*... —pensó Rapiña— no, no puede ser; y sin embargo yo también ansío sus favores, y sé que si no los consigo, será mi compañera la tristeza; pero ¿qué hacerle? *El olvido de mí mismo,* ¡ah, ah!...

XIII

En aquel instante dió un paso hacia él la tercera de las jóvenes.

—¿Llamas, viejo, imbécil, loco a mi adorado porque por mí suspira? Pues sabe que yo soy quien hace habitable y bello al mundo, —exclamó—. Los que me aman y comprenden son *señores de la libertad y de la hermosura,* y gozan mil dulces sensaciones, a las que tus torpes sentidos, pobre mentecato, son insensibles. Si me entendieras, todo aparecería a tu vista transparente y luminoso. Dilata el corazón, abre el entendimiento, afina los sentidos y escucha mis canciones.

"¡Caed y apartaos, oh lóbregos muros;
dejad que penetren el aire y la luz!
¡Rasgad, densas nubes, los velos oscuros!
¡Oh estrellas y soles, los rayos más puros
verted en las ondas del éter azul!"

. . . .

Pero, ¡bah! tú no puedes entenderme; tienes oídos de mercader. Ven tú, dueño mío; yo te haré más hermoso que si fueses de oro puro. *Canta.*

Tan poderoso era el encanto de aquella voz melodiosa, que Rapiña sintió vehementes deseos de caer de rodillas y romper a llorar. Experimentaba sacudimientos nerviosos muy raros, nunca sentidos; emociones profundas que le dilataban el pecho, y goces purísimos que le refrescaban el alma estéril y baldía. Su rostro se contrajo; lágrimas ardientes le corrieron por las mejillas y se puso a temblar. Y palabras de que jamás había hecho uso, y cuyo sentido no conocía bien, se le escaparon de los labios.

—¡Criatura divina! —murmuró— si quisiera me fulminaría con los rayos de sus ojos, ¡ay! y a mí me gustaría morir, sí, morir, de sus encantos. Yo no sé... creo que estoy muriendo ya. ¡Dios bondadoso! me siento más... aéreo, como si fuera capaz de volar; mis ojos se nublan y sólo veo círculos azules, verdes, violáceos, y mil resplandecientes estrellitas... Me suenan en los oídos celestiales músicas, mi cabeza voltea. ¡Qué desmayo delicioso! ¡Nunca he sentido trinar así los pájaros, nunca las flores han olido así!... ¿Qué será?

Pero en aquel mismo momento —enorme contraste— presentósele tal cual era en la realidad, la gruñona vieja que desde niño lo aconsejaba, la cual le dijo, arrancándolo del éxtasis en que había caído:

—Rapiña, hijo mío, vuelve en ti. ¿También tú necesitas que te guarden del maleficio de esas mujeres? No olvides que Eva perdió a Adán. Tú, tan juicioso y trabajador, ¿vas a destruír en un minuto la obra de tantos años? ¿Como ese calavera caerá también el hombre prudente? No seas tonto; piensa que ellas sólo quieren tu dinero, tu sangre. Esta vieja amiga te lo dice: se lo comerán todo vorazmente, y después te despreciarán. Ten juicio, sé cauto, vuelve en ti.

Rapiña sacudió la cuadrada cabezota, restregóse los ojos, e irritado contra sí mismo por haber tenido un momento de debilidad, se puso en pie de un salto —en sueños oía sentado las palabras de las vírgenes— y empuñando una vara de membrillo, gritó:

—¡O se van de aquí pronto, mujerzuelas locas y deslenguadas, o que un rayo me parta si no les mido el cuerpo mejor que un sastre! ¿Se han creído que soy algún incauto, como este babieca, para dejarme seducir sólo con palabras bonitas? A otro perro con ese hueso. Buena cuenta darían ustedes de mi caudal. No, no; les agradezco los placeres que me ofrecen. Rapiña no comulga con ruedas de molino; Rapiña es un hombre serio, que sabe dónde le aprieta el zapato. Lo que ustedes quieren es mi dinero, mi sangre. ¡Fuera, fuera de aquí!

Las jóvenes se echaron a reír, y sin curarse de las palabras de Rapiña, empezaron a girar alrededor del mancebo, que las miraba sonriendo amorosamente.

—Tus estúpidas amenazas no nos causan temor; —contestaron, mientras Rapiña se retorcía, sintiendo la angustiosa imposibilidad, como acontece en sueños, de levantar la mano y cumplir su juramento— tus deformes pies de trabajador no podrán seguir nunca el ligero paso de nuestras ágiles pier-

nas; siempre nos reiremos de ti en tus propias narices, y tú patearás de rabia y... de envidia. ¡Grotesco bufón! frótate la corcova mientras cantamos; trabaja, trabaja, mientras el cadencioso baile descubre las líneas armoniosas de nuestros sacros cuerpos. ¡Ruede la bola, las gallinas pongan huevos y vuele el águila! Dancemos, dancemos! ¡Levanta, loquillo! por tu frente no corre el sudor, pero corrió la sangre; si no la surca profunda arruga, la parte gloriosa herida. ¡Viva el loquillo! ¡amemos, cantemos, lloremos! ¡viva el que ama! ¡viva el que canta! ¡viva el que llora! los que prodigan la vida son los que viven.

XIV

Esto dijeron, y en compañía del joven, formando amoroso grupo, alejáronse por entre los árboles, cuyas ramas incendiaban a trechos los rayos de oro del refulgente sol. Rapiña los seguía con la vista, sintiendo que a pesar de todo, algo pugnaba dentro de él por irse tras las hermosas. A medida que se alejaban, más le oprimía el corazón la melancólica tristeza y más lúgubremente sonaban en sus oídos las fatídicas palabras del calavera: *"tú morirás de hambre de carne, de sed del alegre vino, de fiebre de deseos..."*

Y ellas se alejaban, se alejaban, y con ellas la luz también parecía huir. Los colores tornábanse mates, las sombras invadían los llanos, sólo las peladas cumbres de abruptos cerros resplandecían con los fulgores moribundos del astro rey. Pronto vendría la noche, la soledad, la tristeza...

Las jóvenes se alejaban sin detenerse un instante, un corto instante. Al cabo de cierto tiempo,

apenas si sus canciones y risas herían el oído de Rapiña; los cuerpos también menguaban y se hacían borrosos; por último fundiéronse en el lejano horizonte, y sólo le pareció percibir algo así como un rumor de risas y susurro de besos, que llegaban hasta él vagamente, repercutiendo de árbol en árbol y de flor en flor.

Rapiña dejó caer la cabeza sobre el pecho y se quedó pensando.

—Estás triste, y debías estar alegre porque has cumplido con tu deber —le dijo la vieja.

—Mi deber, mi deber, ¡ah! sí... —contestó Rapiña, y suspirando tornó a su tarea.

Cuando tuvo llenos los dos cestos, restregóse las manos de alegría y luego echóselos a cuestas, no sin grandes trabajos, porque pesaban mucho.

Entonces dijo la vieja:

—Es necesario que ahora más que nunca sigas mis consejos, si no quieres dejar tu tesoro en las garras de tanto truhán y mala pécora como anda por ahí. Ya sabes que soy la prudencia misma y que sólo deseo, serte útil. No te dejaré extraviar. Ten cuidado, oculta el oro, mira dónde pones el pie.

Y Rapiña, todo mohino, la siguió, dando tumbos y tropezones.

XV

Subieron cuestas, bajaron cuestas, y el palacio permanecía siempre a la misma distancia. Rapiña jadeaba, tenía los pies ensangrentados y le dolían todos los huesos. La vieja, con su voz cavernosa, no cesaba de repetirle:

—Ten cuidado, oculta el oro, mira dónde pones el pie.

Los parajes que atravesaban, eran cada vez más sombríos y temerosos. Oíase el lúgubre graznido de las lechuzas, y negros murciélagos cruzaban fugaces el aire, fugaces como la mente los malos pensamientos.

Rapiña experimentaba un malestar, una desazón inexplicable. De pronto *comprendió* que dos ojos brillantes se clavaban en él; los *sentía, los sentía* sobre las espaldas, y repentino miedo oprimióle el corazón. Volvióse y la sangre se le heló en las venas: a cosa de unos veinte pasos, mirándolo fijamente, acechándolo, caminaba un hombre de malísima catadura. Apretó el paso, sin poder resistir al imperioso deseo de volver la cabeza, cada dos o tres minutos al principio, y luego más frecuentemente: los ojos negros lo observaban con irritante tenacidad. Abandonó el camino, tomando una tortuosa senda, y después de avanzar un buen trecho, se detuvo: el hombre lo seguía siempre. En la sombra, sus facciones y el color vinoso del rostro, resaltaban como sobre los fondos oscuros del Españoleto, las carnes maceradas y los perfiles que baña la luz. Veíasele parte no más de la cara y de la nudosa frente, los ojos le brillaban en las negras órbitas, la barba era espesa, la boca innoble, la nariz roja.

Sin poderse dominar, presa de súbito terror, echó a correr a campo traviesa. Entonces su sueño convirtióse en horrorosa pesadilla. El extraño personaje, con un filoso cuchillo en la diestra, lo perseguía francamente, le daba caza sin disimular sus siniestros designios, y Rapiña, medio loco de miedo, lejos de acercarse, se alejaba del palacio. Y corría, corría, sintiendo tras de sí las pisadas del asesino. Corría sin descanso. Zarzas y malezas le destrozaban los vestidos y las carnes; faltábale ya el aliento, y el corazón se le quería salir por la boca. Las fuerzas lo abandonaban, tropezó varias veces. Al dar

vuelta un grupo de árboles, se le doblaron las piernas y cayó en un pozo, y allí se estuvo quieto, la faz pegada contra la tierra, sin ánimos para defenderse, más muerto que vivo.

"Se acerca, se acerca, —pensó— todo va a concluír... ¿me herirá en el cuello o en la espalda?... siento sus pasos... ya llega... ¡perdón, Dios mío!, ten compasión de mí. ¡Ah!... Padre nuestro..." —y cerró los ojos.

Pero el bandido pasó junto a él sin detenerse; más tarde tornó a pasar otra vez; a todas luces lo buscaba. Al alejarse de nuevo, atrevióse Rapiña a mirar y lo vió en el momento en que se metía entre los árboles para ocultarse a los ojos de otro hombre que avanzaba lentamente, cargado también con un cesto de oro. El asesino siguióle los pasos con gran cautela, y Rapiña pudo ver cuándo, apretando los dientes... Un brillo fatídico, un golpe sordo, y el infeliz cayó hacia atrás.

El malhechor lo puso boca abajo, y echándose a cuestas el cesto, se internó en el bosque.

XVI

Muy tarde llegaron al palacio. Rapiña, dejándose caer de rodillas, dio gracias a Dios.

—Al fin puedo descansar —exclamó después.

—No, aún no. Es necesario poner tu tesoro en lugar seguro. Anda, que es tarde, —dijo la vieja— y no te descuides, porque aquí también es necesario abrir el ojo, estar alerta, ver dónde pones el pie.

Y Rapiña, refunfuñando, tuvo que seguirla.

En el primer salón, a la vista de los ricos y nunca gustados manjares, que en vajilla de labrada plata ofrecíanse al antojo nunca satisfecho de alegres

y parlanchines comensales, sintió Rapiña que se le despertaba feroz apetito. Hubiera querido tener cien bocas para engullir de todo y de todo a un tiempo, y que su estómago, como el tonel de las Danaides, no se llenase nunca. Sus ávidos ojos iban desde las mayonesas adornadas con tronchitos de lechuga y los pavos trufados, puestos sobre temblorosa gelatina, a los mariscos en extrañas salsas, guisadas aves y trozos de suculenta carne, y de ésta a los delicados budines, cremas exquisitas, pasteles de mil hojas y sabrosas frutas de las huertas de Valencia y Andalucía.

Maravillado se detuvo. "Por fin —pensó— voy a gozar; la verdad es que..." —pero la vieja le dijo que era preciso seguir, y Rapiña, todo pesaroso, tuvo que obedecer, llevándose sólo una fugaz visión de aquel recinto que alegraban el espumoso champagne y el ruido de las copas, y en donde otros mortales, ¡ay! más felices que él, se hartaban de lo lindo. "Cuando haya puesto en lugar seguro mi tesoro volveré, juro que volveré; hay tiempo para todo, por más que..." —díjose para consolarse.

Era la sala inmediata de estilo oriental. En el medio susurraba una fuente de blanquísimo mármol. Recostados en blandos cojines y protegidos por mortecina luz verde y el humo de excitantes perfumes que se quemaban en damasquinados vasos, veíanse por doquier amorosos grupos, suspirándose al oído dulces palabras y tiernas quejas.

Amplios ropajes orientales dejaban entrever las perfecciones de las hermosas; aquí aparecía el botón de rosa de un bien torneado pecho, acá tersa espalda, allí un pie desnudo, pequeño y regordete... Para aumentar el encanto de aquella mansión, cuyos brillantes azulejos, yeserías de las paredes, bóvedas de primoroso alfarje y pechinas estalactíticas, hacían que pareciera un ascua de oro, oíanse al través de

los calados almocárabes de los tabiques, voluptuosas canciones que embriagaron a Rapiña de sensuales deseos. Sentía ya que los juveniles ardores lo remozaban, cuando la vieja, agarrándolo del brazo, le ordenó que la siguiera.

—Déjame amar —clamó entonces el muy sin ventura.

A lo cual respondió la arpía:

—Es tarde... ¿quieres perder en un momento el fruto de tantos trabajos? Después, después amarás.

Y Rapiña llorando casi, abandonó la sala, sin poder gozar las caricias de las rubias de lánguido rostro, ni los ardientes besos de las morenas de labios de fuego y ojos negros como el delito...

Y la fatal fórmula fué repetida en todos los salones, que, cada vez más de prisa, iban atravesando. "Quiero sentir" —dijo en uno. "Quiero llorar" —exclamó en otro. "Es tarde, es tarde" —contestaba su guía implacablemente; hasta que al llegar al último salón del palacio, un inmenso salón oscuro:

—Déjame vivir —imploró el desdichado abrazándose a las descarnadas piernas de su compañera; pero ésta, ¡cosa horrible! con un puñal idéntico al del asesino, le asestó una tremenda puñalada en mitad del pecho.

—¡Traición!... ¡Ay, madre mía! —gimió Rapiña, con el acento lloroso y desfallecido de los niños que no se pueden valer, al mismo tiempo que le parecía precipitarse en un agujero profundo, profundo...

Despertó.

—"¡Gracias a Dios!... todo ha sido una mala pesadilla" —díjose alegremente. Luego, restregóse los ojos y miró a un lado y a otro, sin comprender, ¡suceso disparatado e imposible! El paisaje no era el mismo; no había flores en las plantas, ni frutos

en los árboles, ni los pajarillos alegraban el monte con sus trinos como el día anterior. Era el invierno. Rapiña lo comprendió terrorificado, y aunque parezca estupendo, no soñaba... o soñaba: ¿quién puede decirlo?, pero era el invierno. Las hojas amarillas y secas remolineaban sobre la tierra cubierta a trechos por espesa helada.

—¡Madre mía! qué ha sucedido? —exclamó, y contemplando la blanca y luenga barba que le crecía sobre el pecho, tuvo la triste certeza de que su sueño había durado muchos años—. Pero si no puede ser, si ayer aún era joven! —agregó mesándose los cabellos.

Quiso levantarse porque el oro le producía tan fuerte opresión, que apenas lo dejaba respirar, pero los enflaquecidos miembros se negaron a sostenerlo; quiso desembarazarse de los cintos, pero inútilmente también: sus manos no tenían fuerzas para cumplir tal intento, y entonces indecible pena oprimió el atormentado corazón de Rapiña. "Es tarde" —se dijo amargamente, recordando con temblor frío las palabras de la vieja, y sin poder apartar de sí las encantadas visiones de su sueño, puso en blanco los tristes ojos, palidecieron sus labios, en los que vagaba una sonrisa irónica, y cayéndosele de golpe, como desarticulada la mandíbula, expiró.

LA ODISEA DE PERUCHO

En el portal del conventillo, a la luz de bodega que se difundía por los largos corredores, frente a un banco y junto a un mono atado al pie de la cama, trabajaba un zapatero remendón. En el fondo del mezquino y oscuro cuchitril, como la imagen de Jesús adusto pegada a la sucia pared, se destacaba la rubia cabeza y el rostro dulce de Perucho, el hijo del remendón, que junto con el mono, Perico, y el loro, componían la familia del antiguo saltimbanqui, porque el zapatero lo había sido en los verdes años de su azarosa vida.

Y mientras éste echaba medias suelas, cantando invariablemente una canción napolitana, y Perico hacía toda suerte de volteretas, y el loro afilándose el pico comía su papa, Perucho en un rincón del tugurio, con la carita y las manos untadas de betún, seguía el vuelo de las moscas o lagrimeaba sobre la mugrienta cartilla. Este era el cuadro que al salir y entrar veían siempre los inquilinos.

¡Pobre Perucho! por más esfuerzos que hiciera no lograba aprender. Sus grandes y claros ojos desprovistos de animación, muy parados, daban indicios ciertos de que en el interior de su hermosa cabeza había un tornillo flojo, un impedimento que no dejaba funcionar libremente la máquina cerebral y producía ese idiotismo, sin el cráneo de los idiotas, de que suelen ser víctimas los hijos de los matrimonios desavenidos. En el conventillo se contaban historias muy negras de la aporreada vida que por celos le había dado el remendón a su esposa, una mujer agradable, sumisa y paciente, pero que lo odiaba en secreto y él acaso lo presentía.

A cambio de la falta de inteligencia —y esto lo heredaba de la pálida Gilda— poseía Perucho un

dulce carácter y tan extraordinaria sensibilidad, que a la menor emoción se le arrasaban en lágrimas los ojos. Por medio de elocuentes gestos, súbitas palideces y temblores nerviosos, expresaba lo que la torpe lengua no podía. Sin embargo, por más que su lenguaje mímico fuera muy expresivo, la imposibilidad de hablar lo hacía sufrir horriblemente, sobre todo en el temido momento en que el zapatero, dejando las leznas y atusándose el sedoso mostacho, se decidía a tomarle lección. Entonces se desencajaba el rostro de Perucho, temblábanle los labios y lleno de ansiedad volvía la cabeza a un lado y a otro, como buscando alguna cosa, hasta que al fin los ojos vacíos de inteligencia se llenaban de lágrimas y exclamaba con su media lengua de idiota, "Perucho no poder" —o caía de rodillas demandando perdón con gesto de abatimiento tan sincero, que el enfurecido dómine concluía por enternecerse y echarlo al patio. Pero otras veces se cerraba la puerta y... ¡pobre Perucho!

Las vecinas, que a pesar de su baja condición no dejaban de ser sensibles a los encantos de la belleza, solían interesarse por Perucho hasta el punto de remendarle los pantalones y cuidar de su aseo. La infeliz criatura con sus largos rizos y su rostro de ángel se granjeaba las simpatías de todas y particularmente de la *capataza* o encargada de cobrar los alquileres, mujer gruesa, de aspecto hombruno, a quien corpulencia y cargo daban cierta autoridad entre los inquilinos. La *signora* Clotilde, que era toda aspereza y espinas para los mayores y azúcar y blanduras para los niños, no podía ver con calma consumirse a Perucho sobre la mugrienta cartilla.

—¡*Ma per Dio!* ¿*Volete* matarlo? —decía plantándose en jarras frente al zapatero, y luego alzando a Perucho salía como un huracán arrollando cuanto encontraba por delante.

El remendón con ira se pasaba repetidas veces y muy de prisa la lezna por el pelo; pensaba en los alquileres vencidos y suspirando volvía a su tarea.

En la modesta pero limpia alcoba de la *signora* Clotilde, pasaba Perucho muy buenos ratos oyendo tocar el arpa a su amiguita Anetta, otra protegida de la solterona. Enseñábala a ratos perdidos su propio padre el tachero, que pertenecía a una sociedad musical y era un verdadero "dilettanti".

Cuando el remendón renunciando a los ambiciosos sueños de hacer de su hijo un *signori,* decidió enseñarle el oficio, le costó graves disgustos a Perucho la afición a la música. Apenas los ágiles dedos de Anetta recorrían las cuerdas del arpa volvíase el muchacho todo oídos. Su rostro indiferente y frío de ordinario no parecía sino que se iluminaba; movía lentamente la cabeza marcando el compás de la cadenciosa música, sonreía, hasta que de pronto una bota que le arrojaba el padre arrancábalo del éxtasis y lo hacía volver a inclinar la cabeza de poeta sobre la torpe obra de zapatero de viejo.

Una vez el remendón, mientras observaba el arrobamiento de su hijo, tuvo, como él decía después, orgulloso de su perspicacia, un verdadero *lampo di luce.* Le preguntó si le agradaría aprender algún instrumento, y el pobre niño que en otras ocasiones apenas contestaba, colgóse al cuello del remendón, y riendo y llorando a un tiempo, sin saber cómo expresar su alegría, repitió varias veces: —"Perucho querer tocar, Perucho alegre".

La imaginación de artista del antiguo saltimbanqui empezó a funcionar. "¡Si me habrá tocado a mí en suerte ser el padre de algún genio como Mozart!" se dijo, y dejando el cuero y la cuchilla arremangóse enérgicamente el delantal y se encaminó al cuarto del *signore* Genaro.

Hablaron y se entendieron. A cambio de que el remendón le compusiese el calzado, el tachero le enseñaría el violín a Perucho; cuando supiera lo suficiente para ejecutar algunas piezas acompañado de la pequeña arpista, ambos empezarían su carrera tocando en los cafés. Diéronse un apretón de manos y muy alegres fueron al bodegón de la esquina a sellar con una botella de vino tinto el amistoso trato.

¡Cosa extraña! Perucho, que era de suyo torpe y desmañado, mostró desde el principio rarísima habilidad para coger el violín y ejecutar las difíciles posiciones de la mano izquierda. El solfeo, dada su poca inteligencia, lo aprendió con facilidad pasmosa; pero lo que realmente causaba asombro era el fino oído con que lo había dotado la Naturaleza, avara con él en otros dones que suele repartir pródigamente. Retenía todo lo que le tarareaban, y a pocos esfuerzos que hiciese, después que venció las primeras dificultades, lograba tocarlo en el violín.

Los vecinos parábanse frente a la puerta de la *signora* Clotilde, haciéndose toda suerte de comentarios al ver a Perucho, tan seriecito, frente al atril, con los ojos puestos en la partitura y los pies desnudos en el travesaño de la silla en que se sentaba. Moviendo el arco con gravedad tal que daba ganas de reír, pasábase las horas muertas sin variar de posición ni interrumpirse, como no fuera para asegurarse de que Anetta estaba en la alcoba, o hacerles el *conejo,* la única gracia que sabía, a las personas que en el corredor o en la calle se detenían a escucharlo.

Seis años más tarde, después de haber recorrido los cafés y restaurants de segundo orden, Perucho y su compañera tocaban en los principales establecimientos. Él, a pesar de no ser muy fuerte, llevaba a cuestas el arpa, y ella con la caja de violín en la mano lo seguía moviendo el gracioso cuerpo, que ya

había adquirido las redondeces de la mujer. En el "Café del Siglo", comienzo de sus largas giras, Perucho ponía el arpa en el suelo, secábase el sudor y empuñaba el violín sin mirar antes si había poca o mucha concurrencia. Lo contrario hacía la arpista.

El hijo del zapatero tocaba con pasión. Después de los primeros acordes sucedía generalmente que empezaba a transfigurarse. Iba entornando los ojos hasta cerrarlos, dilataba las ventanillas de la nariz y nerviosamente oprimía el precioso instrumento. ¡Cuántas cosas decía tocando el infeliz idiota! Los vagos sentimientos que nos señorean a veces, las alegrías sin nombre, las penas indefinidas, todo aquello que a la mezquina inteligencia de Perucho no le era dado exteriorizar, encontrando en el violín su lengua, su verdadero modo de expresión, brotaba con las melodías, sin esfuerzo, como encontrada la *vena* brota el agua del oculto manantial. ¡Ah! Perucho tenía alma grande. No se podía decir que tocara admirablemente; su ejecución no era notable ni mucho menos, pero lo hacía con tanto sentimiento, *calentaba* de tal modo la más insignificante frase, que los oyentes sentíanse conmovidos, y primero unos y después otros volvían la cabeza para escuchar con asombro al humilde artista callejero, que como los grandes, tenía también sus arrobamientos y transportes.

La arpista ponía grande cuidado en el acompañamiento porque él, siguiendo los misteriosos impulsos de su genio creador, interpretaba libremente los trozos musicales, hería las cuerdas de un modo raro, prolongaba los *trémolos* y arrancaba efectos que nadie le había enseñado. Por eso ella, en esos casos, temiendo no poder seguirlo o cortar el vuelo de su inspiración, se detenía, limitándose sólo a volverle las hojas y a repararle los mechones de pelo

que le caían sobre los ojos. Y él, en semejantes momentos, parecía no darse cuenta de nada.

Iba irguiéndose por grados en la silla, hacíase dificultosa su respiración, gemía y tocaba, tocaba meciendo la cabeza Dios sabe en qué mundo. Al concluír clavaba la vista en el suelo y volvía a ser el insignificante Perucho de siempre, sólo que ahora una imperceptible sonrisa de orgullo le entreabría los labios.

Antes de retirarse, Anetta cogía un plato y con los más graciosos ademanes y seductoras sonrisas iba pidiendo de mesa en mesa, sin que al parecer la disgustasen las flores y requiebros que solían dirigirle los parroquianos. Perucho, por seguirla con la vista, desafinaba frecuentemente.

Una vez alguien quiso acariciar la mano de la linda muchacha y en el mismo instante el violín produjo un sonido tan desagradable y fuerte que todos se volvieron para ver lo que le pasaba al violinista. Esa noche, al irse Perucho les hizo el conejo, pero un conejo furioso. En las sucesivas la concurrencia esperó a los músicos inútilmente: no los volvieron a ver.

Corriendo de restaurant en restaurant y de café en café, vivían muy alegremente los músicos callejeros. Perucho se hacía cada vez más dueño de su arte, y los admiradores aumentaban. Muchos parroquianos, por el gusto de oírlo, permanecían de sobremesa una y dos horas, no siendo menos el número de jóvenes que hacían lo mismo para rozar la mano de Anetta disimuladamente al poner una moneda en el platillo. Con todo esto las colectas ingresaban de un modo halagador. Había noches que recogían hasta cuatro o cinco pesos, de los cuales, al hacer la repartición en el oscuro zaguán del conventillo las cuatro quintas partes por lo menos, no salían de la faltriquera de la joven. Una vez él le

había dicho: "Perucho querer todo para ti" —y ella parecía tomarlo al pie de la letra. Por lo demás, él se juzgaba bien recompensado por tal gentileza, con el beso que ella, al darse las buenas noches, le permitía estampar en la fresca mejilla.

De esta manera el pobre Perucho labraba la propia desdicha. Gracias a su largueza, Anetta iba siendo un buen partido para los amigos jóvenes del tachero. Se corrían voces de que era poseedor de una libreta de banco, en la cual había apuntadas unas cifras muy bonitas. La *signora* Clotilde la había visto con *sus propios ojos* y daba detalles preciosos. El hijo del panadero, el mercachifle de la esquina, el vendedor de frutas, todos los mozos del barrio, empezaron a hacerle la corte a la arpista que sobre ser un buen partido poseía un lindo palmito, fresca boca de rojas encías y apretados dientes, ojos pequeños pero muy vivos, y otros encantos nada despreciables. Por fin el bello Arturo, que era dueño de una hojalatería muy cuca, con su escaparate de un cristal solo y muestra de letras doradas, se decidió a pedir la mano de Anetta y el padre, seducido por la tentadora perspectiva de ingresar como socio en el lindo establecimiento, aceptó después de pensarlo un poco. Como antes con el remendón, tomaron un vaso de vino y todo quedó arreglado.

La frívola y coquetuela muchacha no notó que al darle alegremente la noticia a Perucho éste se puso muy pálido y tuvo que apoyarse en la pared para no dar con el cuerpo en tierra.

Algunos días después padre y novio decidieron que Anetta no tocara más, y el pobre Perucho sin la amable compañera de los felices días, solo y abatido emprendió las acostumbradas excursiones nocturnas.

Hacía una noche muy fea; la neblina apenas dejaba ver la amarillenta luz de los faroles que apare-

cían a los ojos de Perucho a doble distancia de lo que en realidad estaban. Él, llevándose tras de sí girones de niebla, avanzaba lentamente, más agobiado que cuando el arpa le oprimía los hombros. Al llegar al "Café Nuevo" giró sobre los talones, como si repentinamente cambiara de propósito y siguió caminando a la ventura sin detenerse en ninguno de los establecimientos que noche a noche frecuentaba con Anetta. A la pasada de los tranvías miraba las ruedas deslizarse sobre los rieles y sonreía siniestramente. De regreso detúvose un rato en la puerta de la ingrata y luego se acostó, pero no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Y desde ese día fué un músico triste, cuyo estilo lúgubre y aspecto dolorido amenazaban la buena digestión de los parroquianos. Los patrones lo comprendían así y no cesaban de pedirle cosas alegres, pero el infeliz tocando cosas alegres volvíase un vulgar rasca - tripas y era peor. Empezó a parecer fastidioso. Por otra parte su conducta irregular ayudaba a enajenarle la estimación que antes le tenían todos. A veces en el trozo más selecto de una pieza se interrumpía, y dejando al auditorio a media miel marchábase precipitadamente sin cobrar siquiera. Muchos dieron en sospechar que se embriagaba, otros atribuían las extravagancias del violinista a su idiotismo; y el resultado de estas suposiciones era la diaria y paulatina disminución de la colecta. La mayor parte de los parroquianos sentíanse gozosos de tener un pretexto para negar el óbolo que Perucho solicitaba tímidamente.

A la salida de los cafés, considerando las mezquinas ganancias, le entraban deseos de hacer añicos el violín contra las piedras, pero la imagen amenazadora del remendón lo detenía y continuaba su gira, renegando de aquellos señores bien comidos, de rostro satisfecho, que a todo trance querían música

alegre, mientras placenteramente apuraban una copita de ron o de chartreuse. ¡Música alegre... si ellos supieran!...

Cuando se efectuó la boda, hacía quince días que Perucho estaba en cama. En medio del contento general nadie se acordó de él, ni siquiera la novia, que acaso le debía la felicidad.

Después de una soberbia cena que duró dos horas y en la cual abundaron los brindis y las consiguientes libaciones, los mismos invitados convirtieron el comedor en salón de baile nada más que con la simplísima medida de sacar la mesa al patio. Y creció el placer. Todos estaban contentísimos. *"Eh diamine"*, decían los hombres, "un día es día" y empinaban sin cesar el codo. El *signore* Genaro tocó la flauta y el remendón hizo, con grande aplauso, bailar a Perico al son de una vieja pandereta. Cuando le pidieron a la novia que tocara algo, recién echaron de menos al violinista. Pero no bien se oyeron los primeros acordes del arpa, olvidada hacía dos meses, cuando abriéndose la puerta entró Perucho con el violín bajo el brazo, y arrastrando los pies fué a sentarse junto a Anetta.

Recibiéronlo con grandes muestras de alegría. "¡Bravo Perucho! ¡Viva!" —y el padre de Anetta que era a una anfitrión y copero, viéndolo así como extenuado y próximo a desfallecer, alargóle un vaso de vino, que el violinista bebió ávidamente. Una oleada de sangre le coloreó el rostro, y entonces sintiéndose reanimado, hizo por sonreírles a todos y parecer tranquilo. Luego empuñó resueltamente el arco y poniéndose muy grave dijo con energía: "Vamos". Anetta obedeció maquinalmente, y entre la cascada de notas que arrancó el arpa en un bri-

llante preludio oyóse el violín de su compañero como un quejido lejano entre el estruendo de la orgía.

Tocaba su pieza predilecta, una balada del norte, llena de ternura y melancolía. Respetuoso silencio detuvo las palabras prontas a salir de la boca de algunos. Los que en el pasillo tenían el sombrero puesto, sin saber porqué se lo quitaron y sintiendo todos singular emoción, fueron olvidándose de las cosas que los rodeaban y reconcentrándose en sí.

Entre tanto Perucho cerraba lentamente los ojos e iba comunicándole al violín calor y vida. A oscuras el infeliz músico parecía *ver más claro* el sitio luminoso y escondido de donde sacaba tanto sentimiento y poesía. ¡Y qué elocuente volvióse el torpe Perucho tocando, hablando el lenguaje suyo! Quizá en aquellos instantes le refería a los absortos vecinos su triste y humilde historia de ser oscuro e insignificante: la niñez sin caricias, sin besos, aridecida por la prematura muerte de la melancólica Gilda; luego los primeros estremecimientos del sensible corazón, las risueñas esperanzas de ser amado, los ratos felices transcurridos junto a *ella,* sintiéndola respirar, el beso por las noches y la miel de los triunfos de artista; un claro de luna, en fin, en la noche de su vida, y ¡ay! después la pérdida de la ingrata, los celos, el inmenso dolor de encontrarse solo en el mundo y sin objeto para que vivir...

Sin duda eso era lo que Perucho les refería, porque al llegar al pasaje donde el amante de la balada dice: "La tierra, el cielo, el universo todo, para mi eres tú; lo sabes y sin embargo, partes y me dejas" —dilatósele el pecho, oprimió contra la barba el violín y como electrizado fue parándose hasta quedar de pie.

Anetta, vivamente impresionada, se detuvo, y él fuera de sí, poseído por el estro, repitió la frase, rompiendo luego a improvisar mientras las lágrimas

corrían silenciosamente por las pálidas mejillas. Los concurrentes, si no con la certeza, con el sentimiento al menos, de que presenciaban un hecho extraordinario, seguían sin respirar casi los menores movimientos de Perucho, cuya magnífica cabeza aparecía como iluminada por extraña luz. Algunos empezaron a sentir escalofríos y ese parpadeo que precede a la explosión del sentimiento. Las mujeres escuchaban con la boca abierta y los ojos húmedos, y el *signore* Genaro, muy pálido y con la cabeza echada hacia atrás, parecía sufrir. Sólo el novio permanecía indiferente.

Y Perucho muy lejos de todo y de todos seguía vertiendo lágrimas y armonías, descargando de penas, con unas y otras, el oprimido pecho.

En el último adiós de la partida, al terminar en un *trémolo* prolongadísimo y apenas perceptible, desplomóse sobre la silla y apoyó la frente en el atril. Algunas mujeres corrieron hacia él y lo besaron. Cuando levantó la cabeza, aun conservaba los labios entreabiertos y las ventanillas de la nariz dilatadas, como en el calor de la improvisación. Secóse los ojos pausadamente, e incorporándose le presentó el violín a su antigua compañera, diciendo en medio de la estupefacción general:

—Para ti; Perucho no tocar más.

Y dejando su querido instrumento en las manos de la ingrata, salió de la alcoba con paso vacilante como si estuviese ebrio.

Desde entonces lo vieron siempre los vecinos junto al sucio banco del remendón dando cerote al hilo o echando tacos y media suelas.

Esa fue la odisea de Perucho.

En despoblado, a pesar de la lluvia y el viento, manejándose a tientas en medio de la oscuridad reinante, lograron encender el fuego. Esta operación tan sencilla les costó grandes trabajos: tuvieron que hacer con los cuchillos un pozo en la húmeda tierra, taparlo luego para que no se anegara, con una carona que sostenían cuatro palitos a modo de columnas, y que el viento derribó dos o tres veces, y hacer después arder la escasa leña a fuerza de fósforos, sebo y pulmones. En fin, la leña ardía alegremente, y ellos gozando de cierto bienestar dentro de sus ponchos de invierno, hablaban de cosas sin importancia, mientras a lo lejos oíanse los silbidos de sus compañeros que rondaban el ganado. De vez en cuando un relámpago iluminaba con lívida luz el horizonte, haciendo surgir de las tinieblas, aquí y allá, ranchos y poblaciones de aspecto huraño, lúgubre, y entonces se veían a los novillos apretados unos contra otros, con las ancas al viento y las cabezas gachas, y a los troperos que, chorreando agua, vagaban alrededor de las bestias.

—¡Tiempo diablo, como no tengamos una disparada! —exclamó de pronto Mansilla, el capataz, mirando en dirección a la tropa.

—Yo estoy "calao" hasta los "güesos"... vida aperreada ésta —articuló Esquivel su compañero, y los dos guardaron silencio un breve rato, pensando tal vez en los trabajos y malandanzas de su fatigoso oficio.

Eran troperos del "Sauce". Cada mes salían un par de veces de la estancia, y siguiendo el paso lento, regular y monótono del ganado, que concluía por adormecerlos, caminaban y caminaban durante días de interminables horas, soportando lo más resigna-

damente que les era dado, las heladas y rigores del invierno o los ardientes rayos de sol canicular, las madrugadas frías y las noches borrascosas y lóbregas, preñadas de extraños ruidos, y en las que, entre relámpago y relámpago, eran presa frecuente de vagos terrores, que despertaban sus oscuras creencias de niños, las viejas y casi olvidadas creencias inculcadas por la bondadosa abuela junto al fogón del rancho paterno...

Al principio menos mal: los preparativos de la partida, sobre todo, tenían para ellos especial encanto. "Tusaban" y componían sus fletes mejores y más gordos; hacían, entre alegres dicharacheos y sonoras carcajadas, el equipaje, compuesto generalmente de una muda de ropa, un par de alpargatas, el recio poncho de paño y la caldera, que llevaban sujeta bajo la barriga del caballo, prenda que junto con la toalla entre los cojinillos caracteriza al tropero; recibían mil encomiendas y encargos, y cerrándoles pierna a los pingos recién aseados, se alejaban a galope tendido de la estancia, para alcanzar a la tropa, que invariablemente pastaba por los alrededores. El cambio de vida y la relativa independencia de que gozaban lejos de los ojos del patrón, los tenía decidores y retozones los primeros días, pero después de algunas noches de ronda y de no interrumpidas marchas bajo los rayos del sol, empezaban a sentirse incómodos y a cambiar de postura sobre el recado, cuyos "pellones" despedían fuego.

La mayor parte de las horas se las llevaban dormitando al compás del fatigoso "jopa - jopa" con que arreaban a las reses, y el resto en un estado de flojera y modorra tales, que los hacía recorrer inmensas zonas de varios paisajes sin que ellos vieran otra cosa, y eso confusamente, que lo que tenían delante de los ojos, allá, muy lejos, en un punto

perdido del horizonte. De tarde en tarde, alzaban la vista para seguir el reposado vuelo de una cigüeña, y luego volvían a canturrear el "jopa - jopa" y a adormilarse nuevamente. Algunas veces, muy raras, apartábanse de la tropa con el ánimo de tomar un mate de a caballo en algún rancho conocido o se apeaban en una "pulpería", para engullir, mirando los barrotes de hierro del mostrador y los artículos suspendidos del techo y cubiertos de polvo y telarañas, media libra de pasas de higo y nueces remojadas con vino seco, pero lo general era que sólo interrumpiese la monotonía de aquella existencia nómada, el vadeamiento de algún río, siempre peligroso, o una "disparada" del ganado, en la que no era extraño que alguno se perniquebrase o pereciera. Había muchos ejemplos de ello. Casualmente Mansilla recordando lo que en aquel mismo sitio le había acaecido dos años antes, dijo, dando vuelta al "churrasco" que se asaba en las brasas:

—Le tengo miedo a la novillada ésta; todavía nos va a pegar un susto. ¿Se acuerda, aparcero, hace dos años aquí?... ¡disparada bárbara aquélla! —y dejándose llevar de la natural y animada locuacidad del paisano, agregó accionando mucho: —Yo gané la punta, y como iba bien "montao" le jugué risa; pero de repente, ¡qué iba a pensar en eso, si iba mirando "pa" atrás! pegó mi overo la pechada contra un "alambrao" y me "vóló" lejos. Esa fue mi suerte; si caigo cerca no cuento el cuento, como el pobre "Benjasmín".

El suceso ocurrió de madrugada, al ponerse en marcha. Los novillos caminaban tranquilamente, pero de pronto, asustados por la brusca aparición de un avestruz, bufaron de espanto y emprendieron la fuga. Uno de los peones que corría delante, tuvo la malhadada suerte de rodar y fué realmente mutilado entre las pezuñas de las reses.

—El pobre indio salió "parao" —dijo el compañero de Mansilla—, pero allí no más lo alcanzó una res en el "garrón" y lo "desjarretó". "Dende" que lo "vide" caer lo conté entre los muertos. Cuando sujetamos la novillada y vinimos a recogerlo estaba como hecho picadillo.

Echóse el sombrero a la nuca, dejando que la luz iluminara de lleno su rostro curtido por el sol, y agregó, triste, pero resignadamente, reflexionando en que las escasas monedas ganadas por ellos en aquella ruda tarea, se les escurrían de las manos no bien llegaban a "Tablada":

—Y todo para no salir de pobres.

Mansilla hizo un gesto de asentimiento y los dos callaron de nuevo.

Después de dos o tres días de fiesta y jolgorio en el Paso del Molino, y de comprar algunas relumbrantes baratijas en las tiendas y "platerías", estas últimas abiertas para ellos nada más, como las trampas para los ratones, regresaban al "Sauce" con los cintos vacíos, pero eso sí, muy bien trajeados y cargados de pañuelos de seda y frascos de olor con que "quedar bien" entre sus conocimientos femeninos. Había quien se gastaba mes a mes el producto entero de su trabajo, en componerse, alhajarse y parecer galante. Y lo hacían por pueril vanidad, por no ser menos que los otros. Sobre todo los que "tropeaban" con Mansilla, contagiados con la liberalidad de éste y el deseo de imitarlo en el vestir, se veían en serios apuros para salvar algunos reales en cada viaje. Mansilla era para ellos el prototipo del gaucho por excelencia, el modelo del criollo que ellos tenían metido en el magín: alegre, decidor, buen compañero en toda suerte de lances, advertido y "camperazo". Y por modelo también era tenido fuera de la estancia; por eso no le llamaban Mansilla a secas, sino el "gaucho Mansilla", como

si quisieran expresar que era, más que una persona, un "hombre-tipo", un ser característico que llevaba en sí "aquello" que distinguía a una raza que iba desapareciendo ya.

Recibíanlo en todos los ranchos en que se apeaba a su regreso de la ciudad, con no disimulado gozo; su franca charla y estruendosa alegría eran gustadas como manjar apetitoso que se saborea de tarde en tarde, casi como favor del cielo... ¡Se reía tan franca y abiertamente, que aquello era una bendición! Además, donde quiera que estuviese veíase la vihuela, y a falta de música, su charla retozona que llenaba de júbilo hasta a los más díscolos y retraídos. Los viejos se complacían en reptir sus dichos y chuscadas, y las mozas lo nombraban riendo y haciéndose guiños, al recuerdo de las "cosazas", que a hurto de sus padres les decía al oído.

Con estas cualidades no es de extrañar que sus compañeros tratasen de seguirle los pasos en todo y aun de sobrepujado en aquello de ir de rancho en rancho, obsequiando a las mozas y conquistándose voluntades, lo cual les costaba muy buenos dineros, sin que obtuvieran los favores que Mansilla, ni la general estimación que éste gozaba; pero donde se arruinaban verdaderamente, era en el empeño tenaz que ponían en vestirse como él y en usar las mismas prendas. Todos ambicionaban tener estribos de "campana", cintos con "pasadores" de oro, riendas con virolas de plata: quién se perecía por copiarle los "punteaos" y floreos que ejecutaba en la vihuela, y quien le tomaba los puntos en el sentarse a caballo y jinetear de "pierna abierta" el potro más fiero. A muchos conducíalos su servil imitación a llevar el chiripá de merino negro con franja colorada, medio arrastrando por los talones, como Mansilla lo usaba para darse el vanidoso gusto de picarlo en las espuelas... Interiormente se avergon-

zaban de ser tan presumidos y gastadores, pero mirándose en las tranquilas y limpias aguas de los arroyos: —"De todos modos no hemos de salir de pobres", decían y sonreían satisfechos.

—Yo pienso "pegar la sentada" —dijo Mansilla, rompiendo el prolongado silencio en que habían caído, y su rostro simpático se iluminó como el de quien se dispone a hablar de asuntos muy íntimos y queridos.

—Pronto no voy a ser solo... hay que mirar pa' adelante —y sonriendo hasta mostrar sus dientes iguales, un poco grandes y apretados, cuya blancura resaltaba sobre las rojas encías que también descubría al reir, añadió: —¿No adivina, aparcero?...

Pero Esquivel, por toda respuesta, le dirigió una mirada indiferente, echándose después el sombrero sobre los ojos, como si quisiera huir las interrogadoras miradas de Mansilla, el cual, sin notarlo, prosiguió:

—A usted quiero confesárselo antes que a nadie; sí, aparcero, he decidido tomar estado.

Silencio glacial. —"¿Por qué, qué quiere decir eso?" —se preguntó viendo que su amigo lo escuchaba sin darle muestra de simpatía ni siquiera de interés, encerrado en un silencio a todas luces hostil. "No le parecía bien",— y al decírselo sintióse apenado por una desazón extraña, y la sonrisa huyó de sus labios.

En silencio cortó un trozo de churrasco, y después de comer algunos bocados, dijo resueltamente:

—Parece que la noticia no ha sido muy de su agrado: ¿no es de su gusto la moza o qué?

Esquivel, eludiendo la pregunta y con tono sentencioso, dejó caer estas palabras:

—El hombre ha de picar de flor en flor y volar.

Y entonces él, precisamente porque comprendía que su compañero no miraba con buenos ojos a Margarita, empezó a ponderársela y a explicarle lo muy obligado que le estaba. —Hablóle de lo buena, económica y laboriosa que era y de lo mucho que parecía quererlo, y concluyó diciéndole que el mismo patrón, aquilatando las perfecciones de la moza, le había aconsejado que se casase.

Al llegar a este punto, tornó Esquivel a dirigirle la mirada fría, casi irónica de antes, y luego, encogiéndose de hombros, repuso:

—Usté es mayor de edad; haga lo que quiera; pero ya le digo: el hombre debe picar de flor en flor y volar.

Mansilla no pudo menos que reírse de la seriedad de su amigo.

—Despáchese, aparcero —le dijo—; usté tiene algo en el buche, suelte prenda de una vez y déjese de andar con rodeos, que a mí no me asustan sombras.

A lo cual contestó Esquivel apeándose de su actitud reservada y mirándolo frente a frente:

—Todas las mujeres son de la "mesma" laya; yo aparcero, soy más viejo que usté y las he "esperimentao". Para mi la suya le anda jugando sucio: ahí tiene lo que tenía en la garganta; yo soy su amigo y cumplo diciéndoselo.

Con las espesas cejas enarcadas y dilatadas las ventanillas de la aguileña nariz, miró Mansilla a su amigo un instante, y luego, haciendo un violento esfuerzo para domar la expresión fiera que le afeaba el rostro, dijo con voz ronca y temblona:

—Usté es mi aparcero y puede decirme lo que quiera... si hubiera sido otro, a estas horas nos habíamos roto los cuernos. Sepa que mi china no es como las demás... Mangacha es Mangacha, y como Mangacha no hay otra.

Como era la hora de relevar a los peones, Esquivel se dirigió a su caballo.

—Está bueno, yo decía lo "mesmo" de Nicolasa —repuso al montar, y después agregó para su capote, mientras que al trotecito se alejaba del fogón: "Bicho zonzo el cristiano cuando se enamora".

Pocos momentos más tarde, Mansilla con el sombrero en la mano y al aire la revuelta melena, montaba también y se perdía en la oscuridad. Esa noche no dormitó sobre el caballo como otras veces; hasta el amanecer oyeron sus silbidos los peones y lo vieron vagar alrededor de la tropa, pasando por delante de ellos sin proferir palabra, como alma en pena.

Al salir el sol entraron en Tablada.

Un cuarto de legua antes, en la costa de un arroyo, Mansilla echó pie a tierra y debajo del poncho se mudó de ropa, como hacía siempre en aquel paraje; dióle un buen limpión, con la arena mojada a los estribos, riendas y freno, y atándole la cola a su pingo tornó a montar entrando en Tablada tan risueño y feliz como siempre, repartiendo saludos y sonrisas a diestra y siniestra.

—¿Qué dice el gaucho Mansilla? —le gritó uno de los compradores—; parece que ha bañao a sus novillos; ¿están muy crecidos esos arroyos?

—Regular: a los patos les da "pue" el pecho; —y después de esta chuscada, acordándose súbitamente por una inexplicable ligazón de ideas, de las palabras de Esquivel, pensó; —"¿Por qué me habrá dicho eso mi aparcero?... y cuando él me lo ha dicho... ¡Ay Mangacha, Mangacha!"— y siguió bromeando con los compradores, que ya lo habían rodeado dispuestos a echar un rato de palique.

Como la escasez de ganado era mucha, la tropa se vendió ese mismo día, y Mansilla pudo verse libre antes de lo que esperaba. Arregló sus cuentas

con el vendedor de las haciendas del Sauce, y capataz y peones se dirigieron al Paso del Molino a gastar alegremente el dinero ganado en el viaje. Pero esta vez él tenía otras miras: iba a comprar el regalo de bodas. Separóse de sus compañeros y se dirigió a una de las más lujosas platerías. Desde el primer momento lo sedujo una gargantilla de filigrana de plata, un trabajo florentino por el cual le pidieron treinta pesos, diez más de los que él tenía; pero como era parroquiano, el platero no tuvo inconveniente en fiarle el resto, y Mansilla se vió en posesión de la bonita alhaja.

"Le va a quedar que ni pintada" —se dijo dos o tres veces, de regreso a la fonda, acariciando mentalmente el cuello morado y bien torneado de Mangacha; pero al divisar a Esquivel en la puerta, y sobre todo, al sentir sobre sí la mirada escrutadora de éste, volvió a sentirse molesto y a ser atormentado por la duda. "¿Y si me jugara sucio?... ¿pero puede ser eso verdad?" —y pensando así, le acometió el vehemente deseo, el fortísimo antojo de regresar para verla, porque viéndola se figuraba que se sentiría inmediatamente tranquilizado. "Sí, sí, lo mejor es verla" —se repitió varias veces.

Cuando le manifestó a los otros troperos su decisión, éstos quisieron acompañarlo, pero él se opuso tenazmente y partió solo, llevándose dos de sus caballos por delante.

A mi pobre aparcero le ha hecho dañito la marca, —murmuró Esquivel viéndolo alejar—; pero ¿qué le hemos de hacer? a casi todos nos pasa lo mesmo; ¡malhaya sean las mujeres!

Mansilla galopó, galopó y galopó. Las dudas que antes le asaltaban de tarde en tarde, iban convirtiéndosele en un pensamiento fijo, en un comecome continuo que le roía las entrañas. Al verse en despoblado quiso precisar sus ideas que en bulli-

cioso tumulto acudían a su cerebro llenándolo de sombras y dudas, y se dijo: "Despacito por las piedras, Mansilla; a este paso no te aguantan los mancarrones" —y pasándose la mano por la frente prosiguió:

"Vamos a ver: ¿a dónde voy yo, qué voy a hacer? Aunque Esquivel me haya dicho eso, ¿será posible que mi Mangacha me engañe?..." y se puso a pensar en los ratos pasados junto a Margarita hasta representársela tal como ella era, con los menores detalles de sus actitudes, gestos y ademanes.

La veía con los brazos al aire y un pañuelo de seda a la cabeza, lavando a orillas del arroyo, en una postura que hacía resaltar sus bellas formas, o ya sentada debajo del ombú que cobijaba el rancho, cebándole mate de leche a la vieja y sonriéndole a él, con aquella boca de expresión graciosa y pura, que era lo que más lo inclinaba a ella y lo que menos le dejaba creer y ahora que le fuese infiel... "Engañarme, ¿y por qué?..." —y recordando su dulce sonrisa, agregaba: "No, no es verdad, no puede ser verdad".

En estas alternativas se le pasaron algunas horas. A eso del medio día mudó caballo y siguió su carrera, pasando por delante de los ranchos donde acostumbraba a detenerse a galope tendido, sin mirar siquiera. "¡Ay Mangacha, Mangacha! —suspiraba, y le metía sin piedad las espuelas al caballo, sintiendo cada vez más imperiosamente la necesidad de verla. Atravesaba los llanos, escalaba los cerros, descendía las cuestas abajo a media rienda siempre, como si huyera de algún enemigo invisible o de su propia sombra.

En una estancia donde era conocido pidió un churrasco, y rehusando apearse allí, fue a asarlo en la falda de una cuchilla, lejos del camino y de las importunas miradas de los transeúntes.

Deseaba estar solo para resolver en el magín aquello que tanto daño le hacía. Contemplando distraídamente, mientras ardía la leña, su bonito apero, cuajado de brillante plata, se preguntó vaga e inconscientemente cómo había podido ganar bastante para adquirir aquellas costosas prendas, y a punto seguido empezó a recordar, de un modo vago también y como pensando en varias cosas a un mismo tiempo, los muchos favores que le debía al patrón.

Sin duda le había caído en gracia. A los seis u ocho meses de haber ingresado como peón, dieron en distinguirlo los superiores, confiándole algunos trabajitos y acarreos de ganado; más tarde lo hicieron puestero, y por último capataz de tropa. Y precisamente la fortuna le sonreía, él lo recordaba bien en aquellos momentos, desde el punto y hora en que entró en relaciones amorosas con Margarita. "Ella, sin duda, es mi buena estrella", —se dijo, y repitiéndose estas palabras con una insistencia ajena a su voluntad, fue poniéndose muy pálido y desencajándose su rostro, hasta adquirir una expresión idiota de sorpresa y abatimiento. "¡Si será el patrón!" —murmuró; y al través de esta cruel sospecha, que no hizo por alejar, creyó explicarse su extraña suerte en el Sauce. "Todo está más clarito que el agua", —y luego, no con la sospecha, sino con el firme convencimiento de que Margarita lo engañaba, agregó fuerte, como para oírse él mismo: "Les he servido de pantalla, he sido un zonzo..." —y parándose, pególe un puntapié al churrasco y montó de nuevo.

Mugiendo blandamente se dirigían las vacas a la querencia, y las lechuzas acompañaban con sus graznidos la lenta y dulce muerte de la tarde. Cuando cerró la noche, el gaucho Mansilla, envuelto en las negras tintas, siguió avanzando al trotecito.

Al amanecer descubrió a lo lejos el rancho de Margarita, medio borroso, casi imperceptible entre las brumas de la mañana; perdiólo de vista en un bajo, y al aparecer de nuevo ante sus ojos le dio un vuelco el corazón. Era que perdía el único resto de esperanza: al pie del ombú escarceaba el "pangaré" de don Gonzalo. Mansilla ahogó su pena con un juramento seco y breve y se detuvo sin saber qué partido tomar; pero a los pocos instantes, sin darse cuenta de ello seguramente, atraído por inexplicable fuerza, fue acercándose al rancho.

Al verlo Margarita, que salía con la "pava" en la mano para llenarla de agua en la "cachimba", quiso huír, pero él la alcanzó y arrojándola al suelo violentamente, le puso el pie en el pescuezo, como hacía con los borregos para señalarlos con entera comodidad. Un hombre de unos cincuenta años salió entonces de la habitación, corriendo en auxilio de la infeliz.

—No te "acerqués", viejito, porque te voy a cortar, —le gritó Mansilla deteniéndolo con un suave planchazo y una torva mirada; y luego, encorvándose sobre Margarita, que gemía bajo la bota, le agarró la trenza y se la cortó a raíz de un solo tajo. Atóla a la cola de su caballo, de modo que se viera bien, y se alejó sin apurarse ni poco ni mucho, en dirección a la estancia.

—Vengo de "rabonar" una "reyuna" —les dijo a los peones al tiempo que despojaba a su caballo del bonito y valioso apero y le ponía el muy humilde con que había llegado a la estancia dos años antes.

—Esto traje y esto me llevo —agregó, disponiéndose a partir.

Los peones lo miraban suspensos, comprendiendo perfectamente por sus palabras y las hermosas trenzas de Margarita que todos conocían, lo que había sucedido.

—¿Adónde va, hermanito? —le preguntó cariñosamente un camarada, acercándosele.

—Qué sé yo: a rodar por ahí; la tierra es grande: —y después, dirigiéndose a todos en general, añadió: —¡Adiós, caballeros! ustedes son testigos de que el gaucho Mansilla se va como vino: con el sombrero en la nuca, —y tomó el camino del monte.

Lo que se vio solo, solo con su dolor, sin tener por qué fingir ni a quien engañar, dejóse caer del caballo, y cogiendo cariñosamente la maltratada trenza, la cubrió de lágrimas y besos. "¡Ay Mangacha, Mangacha!" —suspiraba, sintiendo que a pesar de todo, el alma se le iba tras de ella. Al través de sus lágrimas y de las retorcidas ramas de los "espinillos" veía el rancho de la ingrata, incendiado por las tintas rojas del astro magno, que flotaba en el horizonte con su acostumbrada pompa de rayos y resplandores. Trinaban los pájaros, animábase la naturaleza toda con la salida del vivificante sol... y entre tanto él se moría de pena. "¡Ay Mangacha, Mangacha!" —repetía internándose cada vez más en la espesura del monte, como venado herido que huye del ruido y la luz.

CAPRICHO DE GOYA

La atmósfera opalina, tibia y espesa de uno de los cafés de "cante" y baile "flamenco" más socorridos de Madrid, olía a claveles, a aguardiente y a mosto jerezano. El humo podía cortarse, el polvillo tenue que levantaban con sus "falsetas" y "escobillas" los ágiles pies de los "artistas", subía como el incienso de la juerga, dorándose a la luz de los picos de gas, cuyas llamas, de un amarillo clorótico, parecían estremecerse al igual de los corazones, con los roncos bordoneos de la guitarra y las voces quejumbrosas, apasionadas o libertinas del "cante hondo", válvula por donde escapa en española tierra, lo que la raza de Felipe II tiene aún de violenta, triste y lúbrica.

Los chicos, con el paño al brazo y el indispensable pitillo en la boca, mariposeaban alrededor de las mesas, escanciándoles manzanilla y aguardiente a los parroquianos de "sevillana" y "cordobés", los cuales bebían sin turbarse "chatos" y más chatos, "cañas" y más cañas, pidiendo siempre con tono imperativo y voz aguardentosa:

—¡Eh, tú! dos chatos.

—¡Niño! otra "bateíta".

Y seguían luego, bebiendo, hablando y "abriéndose", con los codos apoyados en la mesa, y el ancho sobre los ojos o en la nuca.

Veíanse bastante coletas, rostros rasurados y tufos relucientes; algunos trabajadores que se gastaban allí las dos pesetas ganadas en el día sobre los andamios o en el obrador; mucha gente del "matute" y del "mataero"; tal cual burgués, de rostro venerable y costumbres licenciosas, y una buena cantidad de "horteras", "golfos", y señoritos chulos.

Las conversaciones recaían siempre sobre los mismos temas. Hablaban de toros, mujeres y valientes, o se referían, con gesticulación meridional, anécdotas y chascarrillos picantes; pero, no bien se oían los preludios de la "vigüela" y el "temple" de algún "cantaor", callaban las bocas, golpes suaves acompañaban el ritmo excitante de las palmas, los olés, los quiebros de cintura y meneos de las mórbidas caderas, y en todas partes, en el "tablao" y la sala, batían las manos, agitábanse los pies, los pechos respiraban ansiosamente, y los nervios se tendían como cuerda de violín.

Sobre el blanco crudo de las paredes, en las que se reflejaban las siluetas de las "bailaoras" como fantasmas de locura y pasión en los sueños de un ninfomaníaco, los movimientos hacíanse más muelles, las ondulaciones más voluptuosas.

Cuando Paco Avila, el novillero que traía locos a los públicos y locas a las hembras de los barrios bajos, ocupó su mesilla frente al "tablao", las miradas cariñosas de los parroquianos, que esa tarde lo habían aplaudido a rabiar en la arena candente, se fijaron en él, el Perote y la Pura, la bailaora de cuerpo flexible y ojos traidores. Levantóse ésta, hizo su salida especial, en la que un desplante muy flamenco ponía de relieve curvas y protuberancias tentadoras y, flechándole los ojos a Paco, se arrancó a bailar por "alegrías", ondulando, suave y voluptuosamente, la cabeza erguida, la mirada lánguida, y la boca húmeda y sonriente, brindando amores y pecados como una rosa abierta sus cálidas aromas.

Los brazos y las manos dibujaban en el aire graciosos arabescos, perezosas caricias de sultana, espasmos eróticos... y el taconeo rítmico de los pies, que seguía el compás de "palmas encontradas", herían el tablao cada vez con más precisión y nervio. Entonces, uno de los "cantaores", con grande apa-

rato de gestos y sacudidas de hombros, dejó oír su voz desgarrada, pero en medio de todo, melodiosa:

"Es mi niña
La flor y canela de Andalucía".

Y empezaron los "olés" y los "jaleos" crapulosos, mientras la Pura, excitada ya, sintiendo arder su sangre de bailaora con las ansias violentas que leía en los rostros congestionados de los hombres, acentuaba los quiebros lascivos, e imprimiéndole con las caderas y las piernas verdaderas ondulaciones carnales a la falda de percal que vestía bailando siempre, encogía y estiraba su cuerpo elástico, retrepaba el opulento busto, parábase en firme, siguiendo los golpes de la guitarra, y tornaba a comenzar el cadencioso movimiento, ya lánguidamente, ya a prisa, como si describiese la batalla amorosa, subrayando, con gestos de orgullo y sonrisas de inteligencia, la picardía y el efecto de las paradas y contrastes.

—¡Viva España! —prorrumpía, fuera de sí la gente de bronce, a quien el baile, lánguido o violento, trasunto fiel del orgullo español y la voluptuosidad árabe, les revolvía en los pliegues más ocultos del alma, los oscuros instintos, las levaduras extrañas de dolor y placer, de abandono e imperio, de vida y de muerte, que fermentan en el fondo de todo erotismo.

Y entretanto, el "cantaor", con graciosas modulaciones, adornos y voz cada vez más cálida y pujante, seguía cantando:

"Mi compañera cuando va andando
Rosas y lirios
Rosas y lirios
Rosas y lirios
Rosas y lirios va derramando".

Al concluir la copla, terminaron los "rasgueos" y las "palmas", y dieron principio las falsetas, que la bailaora seguía con su pie pulido mientras columpiaba desmayadamente los brazos o los retorcía con frenesí. El mantón entallado de un rojo de sangre, rosas rojas que se mecían airosamente en la renegrida cabellera de la Pura, y sus labios, de húmedo coral, fascinaban tanto como los primores del pie o el fuego de los ojos de aquella flor de Triana.

—¡Olé, las bailaoras!

—¡Duro, niña!

—¡Sal y canela!

—¡Huy!... ¡camarones con pelo!

Gritaban unos y otros.

Y empezó otra vez el "toque rasgueao", más a prisa y violento, llegando el baile al paroxismo de su locura. Era una agonía rabiosa, era un frenesí que se comunicaba a todos los asistentes. Los quiebros de talle, los golpes de caderas, los arrestos, arrancaban gritos delirantes, acompañados de golpes de bastón y patadas, que hacían oscilar los vasos y las luces. Y la Pura, ondulando y retorciéndose con verdadera pasión, seguía el ritmo de aquella música frenética, hasta que de pronto, dando una vuelta sobre sí quedó como clavada en el piso, con el palpitante seno erguido orgullosamente, la cabeza echada hacia atrás, los ojos entornados y las manos en las caderas.

Cuando entre aplausos atronadores pasó por delante de sus compañeros para descender del tablao e ir, como de costumbre, a beber una caña en la mesa de Avila, uno de los cantaores, su novio "de cuando era mozita", el hombre que la había "perdío" y abandonado por otra, le dijo muy quedo, mirándola con ojos suplicantes:

—Pura, no tengas malas entrañas.

Pero ella pasó, sin hacerle caso y, a poco, acep-

taba la manzanilla de Sanlúcar que, después de haberla refrescado con mucha sal y maña, le ofrecía el torero.

Y los parroquianos volvieron a fijarse en la Pura, Paco Avila y el Perote, cuyos ojos despedían chispas.

—Venga lo mío —murmuró éste sentándose junto a uno de los tocaores, y suspirando, quedóse con la mirada fija en el suelo.

—¡Ay, pero que "chalaíto" estás, Perote! —le dijo una de sus compañeras.

Encogióse de hombros, y nada respondió. Pensaba en que "ella" iba a ser de otro y los celos le mordían el alma furiosamente. Eran unos celos africanos, rabiosos que, desde el punto y hora en que la Pura, ya célebre, se contrató en el café, avivaban el rescoldo del viejo cariño que el Perote le tuvo un día. En cuatro años de triunfos aturdidores, embriagueces de hembras y vino, juergas y escándalos, no había pensado en la "chiquiya" abandonada por un capricho pasajero; supo que bailaba por tierra andaluza, que se había "liao" con un "bailaor" de cartel, pero todo ello no le causó pena alguna, hasta que la vio victoriosa en el mismo tablao donde él reinaba como monarca absoluto, y recibió los desdenes y desprecios de la paloma inocente, convertida en arisca y peligrosa hembra y en la chula más "juncal" de los madriles.

—Esta tarde tuve el gustito de tocarte las "parmas" —dijo la Pura, después de empinar la caña de un solo golpe.

—Y yo esta noche a ti; vaya con las cosas que te traes bailando, Puriya. No hay que darle vueltas: eres la mejor bailaora de España y la mujer más guapa que han visto estos ojos.

—¡Embustero!

—Por éstas que son cruces —repuso Avila, y continuaron el palique, ella muy risueña, él muy obsequioso y parlanchín.

Después de un preludio largo y triste de las guitarras, el Perote dejó oír su "templa hondo" y compuesto de mil suspiros, que hicieron, como todas las noches palidecer y sentir a la Pura extraña desazón.

¡Cómo sabe el muy "charrán" lo que me llega al alma! —pensó, mirándole de reojo—. Así se templaba cuando lo oí en mala hora, en casa de Pepa "la Honrá". Las que pasé por ese tío feo... porque como feo lo es, pero su "cante" me "gorvió loca perdía", —y recordó la miel y la hiel de sus amores en Sevilla y más tarde en Madrid las juergas en "Critaña", el pasaje de la Magdalena y en los gabinetes de Juanito Catanedo; las meriendas a orillas del Guadalquivir; el pescado frito por las noches, a la salida del café, donde cantaba el Perote; las flores lujuriosas, el vino de oro y la alegría de la tierra andaluza; y luego, en la "Corte de España", las riñas y las reconciliaciones, los celos, los insultos, el engaño, la soledad y la miseria.

¡Ay! no me habías de conocer

rompió a cantar el Perote en aquel instante, con voz trémula, cuyas difíciles inflexiones, cuando lo exigía el canto, se desgarraban hasta convertirse en suspiros y sollozos.

Si me trataras de nuevo
¡Ay! no me habías de conocer

decía, abriendo las notas en la mitad del verso, como si las dilatase y rompiese la onda de la pasión.

Que tengo distinto genio

continuó, y aquí su voz se descompuso en mil modulaciones, que parecían quejidos, gritos del alma y balbuceos, de lo que escapa a la palabra en los oscuros dolores del amor.

Y otro modo de querer

y cuando podía creerse terminada la copla, añadió con más bríos

¡Ay! más cariñoso y más bueno

rematando la malagueña en una serie de lamentos y ayes sostenidos, como el gorjeo de pájaro cuando reclama a la hembra frente a su rival.

Los parroquianos del café, que conocían la historia del Perote y la Pura, oíanle, con la cara entre las manos, los ojos brillantes y dilatadas las ventanillas de la nariz, como para percibir más intensamente las ráfagas de pasión, celos y tristezas que parecían de vez en cuando pasar y remover la atmósfera impura de la sala.

Y el Perote seguía lanzando coplas, con los ojos entornados siempre, y el dedo pulgar metido en el bolsillo del chaleco, del cual iba tirando a medida que cantaba. La Pura, muy nerviosa, fingía oír los requiebros de Paco, pero en realidad, sintiendo cosas muy peregrinas, voces interiores confusas y roncas como las sinfonías del mar, escuchaba los contrastes de la prima y el bordón, y el "cante" apasionado del Perote.

—Puriya, ¿quieres que te diga una cosa? —exclamó repentinamente Paco Avila, echándose el ancho a la nuca.

—Te escucho.

—Me da el corazón que ése te "camela entoavía", y que tú...

—Malas "puñalás" me peguen si me acuerdo de ese "gachó". Lo quise más que a las niñas de mis ojos; pero tan mala sangre tuvo para mí, y tanto pasé por él, que ahora quisiera verlo arrastrando las tripas.

Y una expresión de fiereza salvaje le descompuso el lindo rostro.

—Entonces... ¿por qué no te vienes a la "vera" mía?

La Pura sonrió y dijo:

—Para que al mes me dejases "plantá". A ti te gustan "toas".

—Escucha, Puriya. Que me coja un toro y me "ase a cornás" si lo que te digo no me sale de los redaños del alma —aseguró el torero, muy grave—. A ningúna la he dicho lo que a ti, y por ninguna he "pasao" lo que por ti estoy pasando. Desde que te "endiqué" sobre ese "tablao" me saben mal las "cañas" de vino que no bebo en tu compañía. Tuve muchos líos y corrí muchas juergas, pero ¡muchas! hazte la cuenta: el oficio lo pide: los toros dan dinero y cornás, y cuando se cobran las pesetas hace uno por olvidarse que es menester ir a buscarlas a la cara de los toros... y, vienen las hembras, los líos y lo demás; pero ninguna mujer me ha "quitao" el sueño, ni las ganas de comer, ni hasta la afición como tú, Puriya. Si hoy me "arrimo" y le doy a los toros de "patás", y "hecho más carne abajo" que ninguno de los que gastan coleta, no es por las palmas, sino porque quiero reunir un montón "mu gordo" de duros "pa" satisfacer tus caprichos, quitarte del tablao y llevarte a la "vera" de mi madre.

Los firmes pechos de la Pura bajaban y subían aceleradamente.

—Eres mu requetebueno, Paco, pero me figuro que yo no soy la mujer que te conviene —y su ros-

tro se oscureció como si lo empañase la sombra de una de esas penas que no tienen cura.

El león en su cueva
Rabia de celos

cantaba entretanto el Perote

El ver a su leona
En brazos ajenos
¡Ay, pobrecito,
Ay, pobrecito!
También de celos rabia
El animalito.

"¡Ay! cómo me fríe la sangre "ése", se dijo la Pura... —"y éste también"— agregó luego, notando la mirada inquisidora de Paco Avila, el cual, haciendo un movimiento de impaciencia, propuso:

—¿Quieres que nos vayamos ahí dentro, para bebernos dos cañas juntos y sin testigos? Tengo que hablarte seriamente. Anda, mujer, no me hagas pasar más fatigas.

La Pura dudó un instante, y luego como si tomase una resolución repentina, dijo resueltamente:

—¡Voy!... ¡aunque me rajen de abajo a arriba las malas lenguas!

Y salieron de la sala, hablándose al oído.

El Perote descendió del tablao, y sentándose en un rincón, echóse al coleto, una tras otra, hasta media docena de copas de aguardiente. Estaba lívido, los ojos le brillaban como si tuviera fiebre, y un gesto cruel le crispaba la boca, de labios finos y exangües.

Después de las malagueñas, "serranas", "soleaes" y "polos", vinieron los "tangos" y "tientos", estos últimos recién salidos de la fragua popular. El Perote tuvo que subir otra vez al tablao y el cante nuevo adquirió en sus labios un acento dolorido, rayano a veces en la desesperación.

—¡Pero ¿qué tienes, chiquillo? Mira, si cantas así, vamos a soltar el trapo "toos"! ¡Por éstas que hace daño! —exclamó una de las bailaoras.

—"Chipén" —aseveró otra voz enronquecida y gesto solemne.

El Perote continuó, sin abrir los ojos

Te quiero, te quiero,
Más que a mi mare te quiero
Es tanto lo que te quiero,
Que me ahoga la pasión.
Si me quieres por dinero
Yo me meteré a ladrón.

Sus lamentos y ayes llegaban como ecos lejanos a los oídos de la Pura, la cual, sentada en frente del torero, bebía y bebía para aturdirse y no oír. Se había propuesto vengarse del Perote, hacerle sentir las penas negras de los celos y acibarar su dolor con todos los tormentos que imaginaba su ciencia de pecadora; pero, a veces, mal grado suyo, extraña e impertinente ternura hacíala olvidar tales propósitos y solazarse en pensamientos de olvido y de perdón. De pronto, rabiando contra su propia flaqueza, le dijo a Paco:

—¡Ea! voy a hacerte el gusto; se acabó el tablao... no bailo más. Esta misma noche me iré donde tú quieras llevarme —y se dirigió a la sala a buscar su mantón de "chinos" regalo del mismo torero.

Me ahogo, me ahogo
De pena, niña, me ahogo

cantó el Perote al verla, y la Pura, mirándolo con enojo, más irritada contra ella por su "debiliá" que contra el cantor por el rendimiento que le demostraba, exclamó bastante alto para que todos la oyeran:

—¡Anda... y que te pelen! —y salió taconeando con bríos.

El cuadro flamenco terminó su tarea; los parroquianos empezaron a irse, algunos haciendo eses, y a poco sólo quedaban en la sala el Perote, el chico que dormía a pierna suelta, y el "Nañi", otro "cantaor", el rival, que no pudiendo arrancarle las palmas al Perote en el tablao, ni vencer su cante "hecho de peniyas hondas", obsequiábalo con solícita asiduidad y lo metía en líos y juergas para destruirle la voz y "darle en la cabeza" por medio del placer y el aguardiente.

El "Nañi" se echó la capa sobre los hombros, caló el ancho y acercándose al Perote preguntóle:

—¿Te vienes?

—No.

—¿Tienes herramienta?

Perote hizo un gesto negativo.

—Toma... y buena suerte —agregó el otro dándole su navaja, y embozándose dirigióse hacia la puerta donde se detuvo un momento. Sus ojos grises, pequeños y escondidos en el fondo de las órbitas, brillaban como dos piedras pulidas. "Bueno está", se dijo, sonriendo sarcásticamente, y desapareció en la calle oscura.

El Perote afinó el oído. En medio del silencio del café solitario oía confusamente la conversación de Paco y la Pura. Bebióse el resto de la botella que tenía delante, pensando en las más disparatadas cosas y, con sigilo, se deslizó hasta la puerta del gabinete donde Avila requebraba a la bailaora. Por el agujero de la llave la veía risueña, excitada, dispuesta a entregarse al feliz mortal que la tenía entre sus brazos. Y la idea de que los besos "únicos" de ella serían para otro, y que otros labios voraces beberían en la boca que él había enseñado a besar, el néctar tibio que despierta como un afrodisíaco poderoso las furias eróticas, le estrujó el corazón, le hizo rechinar los dientes, y le puso un nudo en la

garganta. "De otro, de otro", —decíase, y su sangre hervía a borbollones.

La Pura se entregaba, la cosa iba en serio. El Perote sabía bien lo que querían decir aquellos ojos a medio abrir, y aquella boca de labios hinchados y convulsos. Rápida y dolorosamente recordó los mimos, caricias y zalamerías de la "bailaora", y los ataques de amor furioso que, de tiempo en tiempo, los extenuaba a los dos, y les ponía en el rostro la palidez mate y las ojeras de los tísicos. Y las hienas de los celos rugían en el alma de Perote.

—¡Pura, Puriya! —murmuraba apretándose el corazón con ambas manos—. ¡Tú de otro! ¡no, no pue ser! ¡qué no pue ser! —añadía retorciéndose desesperadamente. Vengan las penas, el presidio, el garrote: ¡tú no serás de otro, Puriya!

Mientras tanto, los novios, entre francas risotadas y besos, seguían jugándose eterno amor y combinando mil alegres planes para el porvenir.

—¡Ea! andando —exclamó la Pura por último—; ya no hay nadie en el café. Y ahora, Paco, a nuestra casita. Yo te tendré mi palabra; tú no olvides lo que me has prometido.

—Lo que te he dicho es más "verá" que el Evangelio. Tu Paco será "too" pa ti, como quiero que la Pura sea "toa" pa Paco. Quiero y lo haré, yo tengo una voluntá muy firme, Pura; quiero que en las verbenas nadie luzca mejores mantones que tú, ni más sortijas ni arracadas con más brillantes; quiero, cuando me corte la coleta, comprarme un cortijo en tu tierra, para criar reses bravas, pegar tiros y comer "gazpacho" en tu compañía sin acordarme de "na", ni desear "na"; quiero, en fin, que cuando las mujeres digan: "ahí va Pura la de Paco", sientan una envidia así como de dos o tres leguas de larga. Conque... —agregó con mucha zalamería, dándole a la Pura con el codo— te diré como

Lamparilla a su Paloma: abre, Pura, el pico y pide más, si más quieres.

—¡Qué "salao" eres, Paco! —exclamó ella, posando en el mozo una mirada lánguida y así como pegajosa, que le causó al Perote más daño que cuanto había oído y visto antes.

—Andando.

—Andando.

Convinieron; pero al abrir la puerta les hizo retroceder el rostro horriblemente pálido del Perote.

—¡Tú aquí!... ¿Qué quieres? —balbuceó la Pura.

—En dos palabras te lo diré, Pura.

—No oigo ni media. Vete y déjanos en paz, que "pa" jaquecas tengo bastante con las mías. Tú sabes que no quiero "na" de ti. Conque... no seas "guazón" ni metas la pata.

—Pues, mira, vengo dispuesto a meterla hasta el cuadril.

—Pero, tú ¿qué te has creído? —replicó la Pura, violentamente y con mucho manoteo—. ¿Te debo "argo"? ¿No soy más libre que "er viento"? ¿Eres mi "pare" o cosa parecida para atravesarte en mi camino? Si me voy con Paco es porque me sale de adentro y porque lo quiero más que te quise a ti; ¿te has "enterao"?... bueno, y ahora, ¿qué quieres... "pelmazo"?

—Escucha: de aquí no sales con "ése", como no sea pasando por encima de mi cuerpo —y, después agregó, mirando torvamente a su rival—. Ya lo oye Ud., mal amigo y mal torero.

Paco Avila encogióse de hombros, sonriendo con irónica flema; dióle fuego a su pitillo y, ofreciéndole el brazo a la Pura, exclamó:

—¡Vamos, niña!

El "cantaor", con la navaja abierta, abalanzóse

sobre Avila repentinamente; pero un formidable garrotazo lo hizo rodar por tierra bañado en sangre.

—¡Sangre! ¡Sangre! —gritó la Pura sintiendo extraña conmoción.

Un momento después, los dos hombres reñían a brazo partido. Las manos de Avila, como dos tenazas, se clavaron en el cuello del Perote cuyo rostro empezó a amoratarse. Las luces temblaban, los vasos y las botellas caían con estrépito y la Pura, revolviéndose como una loca y articulando palabras ininteligibles, no acertaba a pedir socorro ni a tomar ninguna decisión. Sus ojos, espantados, sólo veían la sangre del Perote.

—¡Puriya! —gritó éste ahogándose y la "bailaora", fuera de sí, presa de una ternura repentina y apasionada, pudo leer en el rostro ensangrentado del Perote, de su "golfo", los dolores del amor, y las ansias de la muerte. Y el pasado surgió victorioso en el corazón de Pura.

—¡No lo mates "indino"!, ¡no lo mates! —gritó.

Los hombres no la escuchaban: reñían como fieras en celo, a arañazos y dentelladas. Los ojos del Perote salían de las órbitas; su lengua pendía como una piltrafa de carne escarlata en los dientes de un perro.

—¡Ay!... ¡madre! —exclamó de pronto Paco, desplomándose pesadamente.

El Perote quedóse mirando a la Pura sin comprender el gesto heroico ni la mirada trágica de ésta.

—¿Qué has hecho? —gritó luego temblando al ver en la diestra de la Pura la navaja que a él se le había caído y que ahora ella le mostraba teñida en sangre.

—¡Por ti, Perote! ¡por ti!... Y ahora puedes rematar mi perdición echándome a presidio —dijo con voz ronca la Pura.

—¡Por mí ¡por mí! —clamó él delirando y, después de contemplarse atónitos y en silencio por breves segundos, corrieron el uno hacia el otro, con el alma abrasada por el viejo amor que revivía, que estallaba otra vez, como un incendio voraz.

—¡Pura!

—¡Perote!

Y los dos se abrazaron apasionadamente sobre el cuerpo de Paco Avila.

El chico despertó.

"Bronca tenemos, phss... ya pasará", se dijo, y volvióse a dormir, mientras el Perote y la Pura, con su amor y su delito a cuestas, se perdían por las calles temerosas del barrio de Toledo.

INDICE

Este volumen de la colección **Bolsilibros Arca**, fue impreso en los Talleres Gráficos de A. Monteverde y Cía. S. A., Treinta y Tres 1475, Montevideo, en el mes de mayo de 1968.
Comisión del Papel. Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.

Toda la gama creadora de Carlos Reyles -el cuento campero, el decadentista, el apunte español, el recio retrato psicológico- reunida en ocasión del centenario de su nacimiento.